
OLIVIA DARCY
Un bebé para el
COWBOY
MONTANA LES DA UNA
SEGUNDA OPORTUNIDAD...
Y UN BEBÉ

UN BEBÉ PARA EL COWBOY

TENTACIÓN EJECUTIVA
LIBRO 6

OLIVIA DARCY

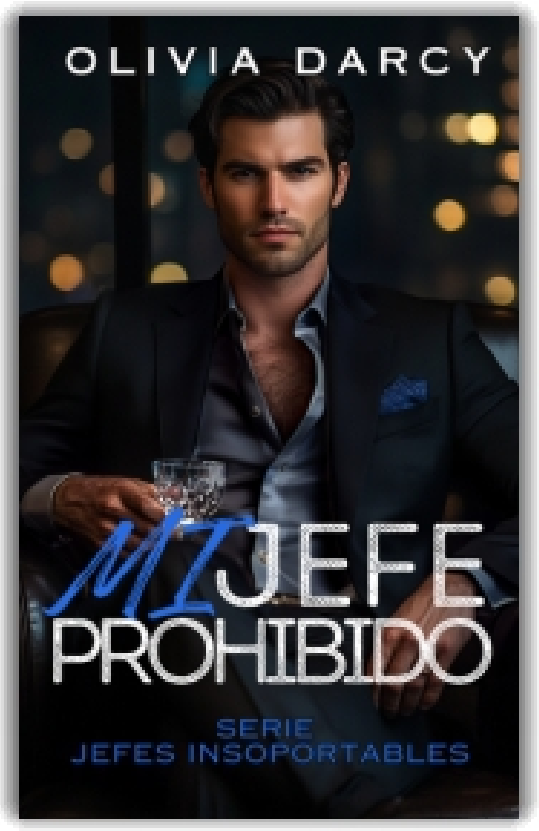
Copyright © 2026 por Olivia Darcy
Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

ÍNDICE

¡**REGALO**!
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30

¡REGALO!



La historia de Audrey y Blake

¡Únete a mis lectoras VIP y consíguela **GRATIS** y en **EXCLUSIVA**!

Escanea el código QR



O pulsa AQUÍ

PRÓLOGO

MAYA

El test de embarazo tiene dos rayas.

Dos.

Rayas.

Rosas.

Parpadeo. Las rayas siguen ahí. Parpadeo otra vez. Nada. Siguen ahí, perfectamente dibujadas, absolutamente inequívocas, burlándose de mí desde el plástico blanco que sostengo entre los dedos.

—No —susurro en el cubículo vacío del baño de Walker Enterprises—. No, no, no, no, no.

Las manos me tiemblan tanto que el test vibra y durante un segundo de pura desesperación me permito pensar que quizá eso significa algo. Que si las rayas tiemblan es que no están bien definidas. Que si no están bien definidas es que el test está estropeado. Que si está estropeado entonces no estoy embarazada del mejor amigo de mi hermano que ni siquiera recuerda haberse acostado conmigo.

Las rayas dejan de temblar.

Pero siguen ahí.

Perfectas.

Dios.

Se me cierra la garganta de una forma que no es metafórica ni bonita. Es real y física y hace que tenga que apoyarme en la puerta del cubículo porque las piernas me van a fallar.

Respiro. Intento respirar. El aire no me llega bien a los pulmones y el cubículo, que hace diez minutos era un espacio perfectamente

razonable, ahora es una caja diminuta en la que no cabe suficiente oxígeno para las dos.

Para mí y para las dos rayas.

Para mí y para el bebé.

El bebé.

Dios mío.

Matt.

La noche del funeral de Ruth.

Y no lo recuerda.

Claro que no lo recuerda.

Me presiono los dedos contra los ojos hasta que veo manchas de colores. Tres meses. Llevo tres meses sin la regla. Tres meses diciéndome que es el estrés, que es Nueva York, que como fatal, que duermo poco, que el cuerpo hace cosas raras cuando trabajas sesenta horas a la semana para Marcus Walker.

Me lo he creído porque quería creérmelo.

Porque la alternativa era comprar un test de embarazo y descubrir exactamente esto.

Las lágrimas me caen por la cara antes de que pueda detenerlas. Ni siquiera me doy cuenta de que estoy llorando hasta que noto el sabor salado en los labios.

Yo no lloro así. Yo no soy de las que lloran en silencio en el baño de la oficina con un test de embarazo en la mano un lunes por la tarde.

Excepto que, aparentemente, sí lo soy.

—Dios —susurro.

Llaman a la puerta.

Dos golpes suaves.

Me quedo paralizada.

—¿Sí? —consigo decir, y me sale la voz como si tuviera papel de lija en la garganta.

—¿Está todo bien ahí dentro?

No.

No está todo bien.

Nada está bien.

Pero abro la puerta del cubículo de todas formas, con el test todavía en la mano, y me encuentro con Emma Walker mirándome desde el otro lado.

Emma Walker.

La mujer del CEO.

La mujer de mi jefe.

La mujer a la que menos quiero ver en este momento de mi vida.

El test se me resbala de entre los dedos y cae al suelo con un ruido seco que suena demasiado fuerte en el silencio del baño.

Las dos nos quedamos mirándolo.

El test está boca arriba en las baldosas blancas, con sus dos rayas rosas perfectamente visibles, obscenamente claras, sin ninguna vergüenza.

El silencio se alarga.

Y se alarga.

Y se alarga.

—Vaya —dice Emma por fin.

Y esa única palabra, pronunciada con tanta calma, con tanta naturalidad, como si encontrarse a la secretaria ejecutiva de su marido llorando en el baño con un test de embarazo positivo fuera algo que le pasa todos los días, hace que algo se me rompa en el pecho.

Las palabras me salen a borbotones antes de que pueda detenerlas.

—Estoy embarazada del mejor amigo de mi hermano que es ocho años mayor que yo y ahora estoy aquí con un bebé creciendo dentro de mí y él no sabe que existe y no sabe que nos hemos acostado y está a dos mil kilómetros de distancia en Montana criando caballos y sin pensar en mí y no tengo ni idea de qué voy a hacer y…

Me quedo sin aire.

Emma me mira durante un momento largo.

Luego se agacha, recoge el test del suelo con toda la calma del mundo, sale y lo deja sobre el borde del lavabo. Abre el grifo del agua fría.

—Primero lávate la cara —dice—. Luego hablamos.

No sé por qué le hago caso. Quizá porque su voz tiene un tono que no admite réplica. Quizá porque necesito desesperadamente que alguien me diga qué hacer porque yo no tengo ni idea.

Me lavo la cara con agua fría que me quema la piel y me aclara un poco el cerebro. Emma me pasa papel. Me seco. La miro en el espejo.

—¿De cuántos meses estás? —pregunta.

—De tres. Creo.

—¿Cómo se llama?

Parpadeo.

—Todavía no tiene nombre.

Emma arquea una ceja.

—El padre.

Ah.

Claro.

El padre.

—Matt —digo, y pronunciar su nombre en voz alta hace que se me apriete algo en el pecho que llevo tres meses intentando ignorar —. Matt Brennan.

Y mientras lo digo pienso en él. En sus manos enormes y en sus ojos azules clarísimos. En cómo huele a cuero y a hierba y a algo limpio debajo que nunca he sabido identificar. En cómo me abrazó esa noche en el velatorio como si yo fuera lo único sólido en el mundo.

Tengo un pedazo de Matt creciendo dentro de mí.

El pensamiento me golpea con tanta fuerza que tengo que apoyarme en el lavabo.

Un pedazo del hombre al que llevo queriendo desde que era lo suficientemente mayor como para saber qué era el amor. Del hombre que me ha roto el corazón una y otra vez sin saber que lo estaba haciendo. Del hombre que me llevó a ver las estrellas cuando tenía dieciséis años y me dijo que era la hermana pequeña de su mejor amigo.

Es una catástrofe.

Es lo más parecido a un milagro que me ha pasado nunca.

Es las dos cosas a la vez, tan juntas que no puedo separarlas, y eso me aterra más que todo lo demás porque significa que ya lo quiero. A este bebé que no es más que dos rayas en un test y tres meses de náuseas que he estado ignorando. Ya lo quiero con todo mi corazón.

Lo quiero.

Y su padre no sabe que existe.

Emma me pone una mano en el hombro.

—Respira —dice.

Respiro.

—Otra vez.

Respiro otra vez.

—Vale —dice—. Ahora cuéntamelo todo desde el principio.

Y porque no tengo a nadie más, porque estoy desesperada, porque Emma Walker me está mirando como si de verdad quisiera ayudarme, se lo cuento todo.

Absolutamente todo.

Y ella me escucha sin interrumpirme ni una sola vez.

Pero yo solo puedo pensar en una cosa.

¿Cómo le dices a alguien que va a ser padre cuando ni siquiera recuerda haberse acostado contigo?

CAPÍTULO 1

MAYA

Diez años — Verano

La cocina de Ruth huele a masa de pan y a canela.

Estoy sentada en la encimera con un vaso de limonada y las piernas colgando, viendo cómo Ruth amasa con esas manos que nunca paran. Mi hermano Aiden me ha traído porque ha venido a ayudar a su mejor amigo Matt con las vallas y no quería dejarme sola en casa.

La puerta trasera se abre de golpe.

Y entonces entra Matt.

Con las botas llenas de barro. Con la camiseta pegada a la espalda por el sudor. Con ese pelo rubio revuelto por el viento.

Huele a caballo y a hierba recién cortada.

Ruth le da un manotazo en el hombro cuando pasa por su lado.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que te quites las botas en el porche?

—Perdón, abuela.

Pero Matt sonríe de esa forma que hace que la gente le perdone cualquier cosa y su abuela Ruth sacude la cabeza mientras vuelve a la masa.

Matt va directo al grifo. Se sirve agua en el vaso y se la bebe entera de un trago. Tiene dieciocho años y es el chico más alto que he visto en mi vida. Más alto incluso que Aiden, que ya es decir.

—Hola, enana —me dice cuando termina, limpiándose la boca con el dorso de la mano.

—No soy enana.

—Sigues siendo más bajita que yo.

—Todo el mundo es más bajito que tú. Eres un gigante.

Matt se ríe y me revuelve el pelo con una mano enorme que huele a cuero y a trabajo.

—¿Qué haces aquí?

—Aiden me ha traído.

—Ah. ¿Y te aburres?

—Un poco.

No es verdad. No me aburro nunca cuando estoy aquí. Me gusta la cocina de la abuela Ruth, que siempre huele a algo bueno. Me gusta ver los caballos desde la ventana. Me gusta estar cerca de Matt, aunque no sepa muy bien por qué.

—¿Quieres venir a ver los potros nuevos? —me pregunta.

—¿Puedo?

—Claro. Pero ponte las botas. Y no se lo digas a tu hermano o va a querer venir y todavía tenemos trabajo.

Me bajo de la encimera de un salto y corro a ponerme las botas que he dejado en el porche. Son rosas con flores amarillas y me quedan un poco grandes, pero me da igual porque son las botas que me compró mi tío para venir al rancho.

Matt me espera en la puerta con las manos en los bolsillos y esa paciencia infinita que tiene con todo el mundo, pero especialmente conmigo.

Caminamos hasta el establo grande y aunque el sol pega fuerte, dentro está fresco y huele a heno y a madera y a ese olor particular que tienen los caballos y que me gusta, aunque probablemente no debería.

—Mira —dice Matt, señalando uno de los boxes del fondo.

Me acerco despacio y ahí está: un potro pequeñísimo con las patas larguísimas y torpes, todo marrón excepto una mancha blanca en la frente que parece una estrella.

—Es precioso —susurro.

—Es una hembra. Nació hace tres días.

—¿Cómo se llama?

—Todavía no tiene nombre. ¿Quieres ponérselo tú?

Me giro a mirarlo tan rápido que casi me caigo.

—¿En serio?

—En serio.

—Pero es tu potro.

—Y tú eres mi ayudante especial. Los ayudantes especiales tienen derecho a poner nombres.

No sé muy bien qué es un ayudante especial, pero me gusta cómo suena. Me gusta que Matt me considere especial de alguna forma.

Miro al potro durante un rato largo, pensando.

—Estrella —digo por fin—. Por la mancha de la frente.

Matt se agacha a mi lado y los dos nos quedamos mirando al potro en silencio. Él es tan grande que incluso agachado sigue siendo más alto que yo de pie.

—Estrella —repite—. Me gusta. Es perfecto.

Y algo cálido y brillante se me instala en el pecho de una forma que no entiendo pero que tampoco quiero que se vaya.

Matt me revuelve el pelo otra vez y se levanta.

—Venga, enana. Vamos a volver antes de que tu hermano venga a buscarte y me eche la bronca por secuestrarte.

Le sigo fuera del establo y el sol me ciega un momento y cuando puedo volver a ver, Matt ya está a medio camino de casa con esas zancadas largas que tiene y yo tengo que correr para alcanzarlo.

No me importa.

Correría detrás de Matt hasta el fin del mundo si me dejara.

Catorce años — Primavera

La tormenta llega de golpe, como llegan todas las tormentas de primavera en Montana, sin avisar y con toda la mala leche del mundo.

Estoy en el rancho de Matt porque he venido a ver a Estrella, que ya no es un potro sino una yegua preciosa de cuatro años que me reconoce cuando llego y que me deja que le acaricie el hocico. He venido sola en bici porque solo son veinte minutos desde mi casa y porque tengo catorce años y ya no necesito que nadie me lleve a ningún sitio.

O eso creía hasta que el cielo se ha puesto negro en cuestión de cinco minutos y ha empezado a llover de una forma que parece que alguien está tirando cubos de agua desde arriba.

Estoy en el establo, empapada hasta los huesos, viendo cómo la lluvia cae con tanta fuerza que apenas veo la casa desde aquí.

No tengo móvil. Bueno, sí tengo, pero me lo he dejado en casa porque soy idiota.

—Joder —murmuro.

—Menudo lenguaje.

Pego un bote y me giro tan rápido que me resbalo en el suelo mojado.

Matt me coge del brazo antes de que me caiga.

—¿Qué haces aquí? —pregunta.

—Venía a ver a Estrella.

—¿En medio de una tormenta?

—No había una tormenta cuando he salido de casa.

Matt sacude la cabeza, pero está sonriendo de esa forma que significa que piensa que soy ridícula pero que no le importa.

—¿Has venido en bici?

—Sí.

—¿Y dónde está?

—Fuera. Tirada en el barro. He intentado meterla, pero estaba demasiado hundida.

—Vale. Pues te vas a tener que quedar hasta que se pase la tormenta. ¿Aiden sabe que estás aquí?

—Le he dejado una nota.

—Seguro que está encantado.

No digo nada porque Matt tiene razón. Aiden no va a estar encantado. Aiden va a estar furioso. Mi hermano lleva años protegiéndome de todo y esto, salir sola en bici y que me pille una tormenta, es exactamente el tipo de cosa que lo saca de quicio.

—Estás empapada —dice Matt, mirándome de arriba abajo de una forma que hace que se me ponga la piel de gallina.

—Ya se me secará.

—Vas a coger una pulmonía. Ven.

Me coge de la mano y me lleva hasta la casa corriendo bajo la lluvia. Sus dedos son cálidos y firmes alrededor de los míos y no me suelta ni cuando llegamos al porche y nos sacudimos el agua como dos perros mojados.

Dentro, la casa huele a café y a madera y está oscura porque las nubes tapan toda la luz del día.

—Ruth está en el pueblo —dice Matt—. No volverá hasta que pase la tormenta. Sube. Te voy a dar ropa seca.

—No hace falta…

—Maya. Sube.

Hay algo en su voz que no admite réplica. Algo que hace que le obedezca sin pensar.

Subo las escaleras hasta su habitación, que está al final del pasillo y en la que he entrado exactamente tres veces en toda mi vida. Es grande y está ordenada y huele a él, a eso limpio y cálido que tiene Matt debajo del cuero y la hierba y que nunca he sabido identificar del todo.

El corazón se me acelera tanto que tengo miedo de que se me pueda salir del pecho.

Matt rebusca en un cajón y me lanza una camiseta gris y unos pantalones de chándal.

—Ponte esto. Voy a hacer café.

Sale y cierra la puerta detrás de él.

Me quedo ahí de pie un momento, con su ropa en las manos y el corazón latiéndome demasiado rápido. Luego me quito la ropa mojada, que cae al suelo con un ruido asqueroso, y me pongo la suya.

La camiseta me llega por los muslos. Los pantalones tengo que enrollarlos tres veces y aun así se me caen. Huelen a él. A detergente y a algo más debajo que es solo Matt y que hace que se me encoja algo en el pecho de una forma que no entiendo del todo.

Bajo las escaleras descalza, con mi ropa mojada hecha un ovillo en las manos.

Matt está en la cocina, de espaldas a mí, sirviendo café en dos tazas. Se ha cambiado de camiseta y tiene el pelo mojado pegado a la nuca.

—¿Quieres leche? ¿Azúcar? —pregunta sin girarse.

—Las dos cosas.

Me mira por encima del hombro y luego aparta la vista de golpe.

—Siéntate —dice.

Me siento en una de las sillas de la mesa de la cocina y él me pone una taza delante. Luego se sienta enfrente, con la suya, y nos quedamos así, en silencio, escuchando la lluvia golpear las ventanas.

—Aiden va a matarte cuando se entere de que has salido con esta tormenta —dice Matt al cabo de un rato.

—Aiden siempre está enfadado.

—Aiden es tu hermano mayor. Es su trabajo preocuparse por ti.

—Es agotador.

Matt se ríe y el sonido es bajo y cálido y hace que se me ponga la piel de gallina otra vez.

—Dale tiempo. Cuando seas mayor lo verás de otra forma.

—Ya soy mayor.

—Tienes catorce años.

—Casi quince.

—Siguen siendo catorce.

Lo miro por encima de la taza y él me sostiene la mirada con esos ojos azules clarísimos que me desarman cada vez que los veo.

Hay algo distinto hoy. En el silencio entre nosotros, en el hecho de que estoy en su cocina con su ropa puesta y él está sentado enfrente de mí como si esto fuera lo más normal del mundo.

—¿Por qué eres siempre tan bueno conmigo? —pregunto, y las palabras se me escapan antes de poder detenerlas.

Matt parpadea, sorprendido.

—¿Qué?

—Eres siempre tan... bueno. Conmigo. Con todo el mundo. Pero conmigo especialmente. ¿Por qué?

Matt deja la taza en la mesa despacio, como si necesitara tiempo para pensar la respuesta.

—Porque me caes bien —dice por fin—. Porque eres la hermana pequeña de mi mejor amigo y porque… no sé. Porque eres tú.

Porque eres tú.

Las palabras se me clavan en algún sitio del pecho y se quedan ahí, cálidas y brillantes y perfectas.

Y en ese momento, en esa cocina oscura con la tormenta rugiendo fuera, me doy cuenta de algo que probablemente debería haber descubierto hace años.

No es solo que Matt me caiga bien.
Es que estoy completamente enamorada de él.
Y probablemente lo he estado durante toda mi vida.

CAPÍTULO 2

MAYA

Dieciséis años — Invierno

El gimnasio del instituto huele a sudor mal disimulado con ambientador de lavanda y a las expectativas de todos los que nos hemos pasado la última semana eligiendo qué ponernos esta noche.

Me ajusto el vestido por tercera vez en cinco minutos. Es azul oscuro, con tirantes finos, y cuando me lo probé en casa me pareció perfecto. Ahora no estoy tan segura. Ahora me parece demasiado corto, demasiado ajustado, demasiado todo.

—Estás preciosa —me dice Lacey, que lleva un vestido rojo que le queda espectacular y que tiene esa seguridad natural que yo no consigo encontrar ni con mapa.

—Gracias.

Intento creerla. De verdad que lo intento. Pero no funciona.

Sigo sintiéndome muy incómoda.

La música está demasiado alta y las luces demasiado bajas y todo el mundo baila como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo. Yo estoy aquí de pie, con un vaso de ponche que sabe a jarabe demasiado dulce y que no me voy a beber, buscando con la mirada a alguien que probablemente ni siquiera va a venir.

Porque Matt no viene a estas cosas.

Porque, aunque sea exalumno, Matt tiene veinticuatro años y mejores cosas que hacer un viernes por la noche que vigilar a un montón de adolescentes bailando canciones malas en un gimnasio decorado con papel crepé.

Pero entonces lo veo.

Está apoyado en la pared del fondo, con los brazos cruzados sobre el pecho en una postura que lo hace parecer enorme. Lleva

vaqueros oscuros y una camisa negra con las mangas enrolladas hasta los codos y el pelo un poco revuelto, como si se hubiera pasado la mano por él antes de salir de casa y luego se hubiera olvidado del tema.

Se me para el corazón.

Literalmente. Hay un segundo completo durante el que no late y yo me quedo ahí, con el vaso de ponche en la mano y la respiración atascada en algún lugar entre los pulmones y la garganta.

Aiden está a su lado, riéndose de algo que acaba de decirle, y los dos parecen completamente fuera de lugar. Mi hermano porque es sheriff adjunto y tiene veintidós años. Y Matt porque es Matt. Porque es imposible que pase desapercibido en ningún sitio y menos en un gimnasio lleno de chicos que parecen niños a su lado.

—Vaya —murmura Lacey junto a mí—. Tu hermano ha traído al vaquero sexy.

No le contesto. No puedo. Porque Matt acaba de levantar la vista y me ha visto.

Y durante un segundo entero, que parece durar una vida, nos miramos fijamente.

Luego él baja la mirada, vuelve a decirle algo a Aiden, y yo respiro por primera vez en no sé cuánto tiempo.

—¿Sabías que iban a venir? —me pregunta Lacey.

—No.

La palabra me sale demasiado rápida. Demasiado tensa.

Lacey me mira de reojo y sonríe de esa forma que significa que sabe exactamente lo que pienso y que no va a decir nada porque es mi amiga pero que se está muriendo de ganas.

—¿Vas a bailar en algún momento o te vas a quedar aquí toda la noche mirando a Matt Brennan como si fuera la última Coca-Cola del desierto?

—No estaba mirando a Matt.

—Claro que no.

Me arde la cara. Odio que me arda la cara. Odio que sea tan evidente que me gusta. Odio que Lacey tenga razón.

—Es el mejor amigo de mi hermano. Y es mayor.

—Es un tío buenísimo y llevas enamorada de él desde siempre.

—No lo estoy.

Miento, y Lacey se ríe tan fuerte que dos chicas que están cerca se giran a mirarnos.

—Joder, Maya.

—Cállate.

Pero estoy sonriendo. No puedo evitarlo. Porque es ridículo que lo niegue y porque es Lacey y puedo decirle estas cosas sin que me juzgue.

—¿Vas a hacer algo al respecto alguna vez?

—¿Como qué?

—No sé. Hablar con él. Decirle que te gusta. Besarlo.

—Tiene veinticuatro años.

—¿Y?

—Y yo tengo dieciséis.

—Casi diecisiete.

—Sigo siendo mucho más joven que él.

Lacey se encoge de hombros como si no fuera un problema. Como si ocho años de diferencia no fueran una montaña insalvable cuando yo todavía estoy en el instituto y él lleva años dirigiendo un rancho, siendo un adulto de verdad.

—Pues espera un par de años y luego dile algo.

—Claro. Porque eso es facilísimo.

—O puedes quedarte aquí mirándolo como una idiota el resto de tu vida.

No le contesto porque no tengo respuesta. Porque tiene razón y yo lo sé y eso no cambia nada.

Tyler Morrison aparece a mi lado con esa sonrisa que practica delante del espejo y que probablemente cree que es irresistible.

—¿Bailas?

Miro a Lacey. Ella me hace un gesto con la cabeza que significa *vete, diviértete, no seas aburrida*.

—Vale.

Tyler me lleva hasta el centro del gimnasio y pone las manos en mi cintura de una forma que intenta parecer casual pero que es demasiado firme, demasiado segura. Yo pongo las mías en sus

hombros y nos movemos al ritmo de una canción lenta que no conozco.

Huele a colonia cara y a gel para el pelo y a algo dulce debajo que no me gusta.

No huele a Matt.

El pensamiento me asalta sin pedir permiso y lo aparto de golpe porque es ridículo. Porque no debería estar pensando en cómo huele Matt mientras bailo con Tyler Morrison en mi primer baile del instituto.

—Estás muy guapa esta noche —me dice Tyler, acercándose un poco más.

—Gracias.

—¿Quieres ir después a ver las estrellas? Hace calor aquí dentro.

Sé lo que significa eso. Todo el mundo sabe lo que significa eso. Ir a ver las estrellas es meterse en un coche, dejar que te bese y probablemente algo más si no paras las cosas antes.

No es que no haya pensado en eso. En cómo sería que alguien me besara de verdad. Pero cada vez que lo pienso es Matt el que aparece en mi cabeza y luego me siento ridícula porque Matt no va a besarme nunca.

—Puede —contesto, porque no sé qué otra cosa decir.

Tyler sonríe como si acabara de ganar algo.

La canción termina. Empieza otra. Esta es más rápida, pero Tyler no me suelta y yo no me aparto porque no quiero parecer maleducada. Así que seguimos ahí, moviéndonos, y yo intento concentrarme en lo que estoy haciendo y no en el hombre que está apoyado en la pared del fondo mirando hacia aquí.

Excepto que cuando levanto la vista otra vez, Matt ya no está mirando hacia aquí.

Está cruzando el gimnasio directamente hacia nosotros.

Se me seca la boca.

Tyler no se ha dado cuenta. Sigue bailando, sigue sonriendo, sigue con las manos en mi cintura de una forma cada vez más desagradable.

Matt llega hasta nosotros y se para.

Tyler levanta la vista. La sonrisa se le congela en la cara.

—Necesito hablar con Maya —dice Matt.

No es una pregunta. No es una sugerencia. Es una afirmación clara y directa que no deja espacio para réplica.

Tyler me mira como esperando que yo diga algo. Que le diga a Matt que se vaya.

No lo hago.

—Vale —murmuro.

Las manos de Tyler se aflojan en mi cintura y yo me aparto, me giro hacia Matt, y el corazón me late tan fuerte que estoy segura de que se me va a salir del pecho.

Matt pone una mano en mi espalda baja y me guía fuera de la pista. Su mano es enorme y cálida y la siento a través de la tela del vestido como si no hubiera nada entre su piel y la mía.

No dice nada hasta que estamos fuera del gimnasio, en el pasillo, donde la música suena amortiguada y el aire es más fresco y puedo volver a respirar.

Entonces me mira.

—¿Qué estabas haciendo?

—¿Bailar?

—Con Tyler Morrison.

—Sí. Me ha pedido bailar.

—Tyler Morrison es un capullo.

—Es simpático.

Matt resopla de una forma que deja muy claro lo que piensa de eso.

—Tyler Morrison quiere meterse en tus bragas, Maya. No es simpático. Es un niñato con las hormonas revolucionadas que va diciendo por ahí que se ha acostado con la mitad del condado.

Se me enciende la cara como si alguien hubiera prendido fuego a algo dentro de mí.

—No es asunto tuyo.

—Claro que es asunto mío.

—¿Por qué?

—Porque tu hermano se ha tenido que ir por un altercado y me ha pedido que te vigile yo.

Las palabras me golpean como un cubo de agua fría.

Por supuesto.

Por supuesto que es por eso. Por supuesto que Aiden le ha pedido que me vigile porque mi hermano no confía en que pueda cuidarme sola y Matt ha aceptado porque es el mejor amigo de mi hermano y haría cualquier cosa por él.

Incluso arruinarme la noche.

No lo está haciendo porque le moleste verme con otro.

—Pues dile a mi hermano que no necesito una niñera.

—Maya…

—No. —Levanto la mano entre los dos como si eso fuera a detener lo que sea que va a decir—. Tengo dieciséis años, Matt. No doce. Puedo bailar con quien me dé la gana sin que tú o Aiden vengáis a rescatarme de niñatos con las hormonas revolucionadas.

—No estoy intentando rescatarte.

—¿Ah, no? Porque desde aquí se ve bastante así.

Matt aprieta la mandíbula y yo me obligo a no mirarlo porque si lo miro voy a recordar todas las veces que he fantaseado con pasar los dedos por ahí, con sentir esa tensión bajo mis manos.

—Tyler Morrison no te conviene —dice, y su voz suena más baja, más áspera.

—¿Y quién me conviene, Matt? ¿Tú?

Las palabras se me escapan antes de poder detenerlas. Antes de poder pensar en lo que significan o en lo que estoy diciendo o en cómo va a reaccionar él.

Matt se queda completamente quieto.

El silencio entre nosotros es tan denso que casi puedo tocarlo.

—Maya —dice por fin, y su voz suena como si le doliera pronunciar mi nombre.

—Olvídalo.

Me doy la vuelta porque no puedo seguir aquí, no puedo seguir mirándolo, no puedo seguir haciendo el ridículo delante del único hombre que me importa de verdad.

Pero Matt me coge del brazo antes de que pueda dar dos pasos.

Su mano es enorme y cálida y firme alrededor de mi brazo y cuando me gira para que lo mire, sus ojos azules están clavados en los míos con una intensidad que me roba el aire.

—¿Te ha pedido algo? —pregunta.

—¿Qué?

—Tyler. ¿Qué si te ha pedido algo?

No entiendo adónde quiere llegar. No entiendo por qué me lo pregunta. No entiendo nada excepto que mi corazón late demasiado rápido y que su mano sigue en mi brazo y que estamos demasiado cerca.

—Me ha pedido que vaya con él a ver las estrellas.

Algo oscuro cruza por la cara de Matt.

—Lo sabía, joder. ¿Y tú qué has dicho?

—Que puede.

Matt suelta el aire despacio, como si estuviera intentando controlarse.

—¿Quieres ir con Tyler Morrison?

—Lo único que quiero es tener una noche preciosa. Ver las estrellas. ¡Disfrutar de mi primer baile sin que me traten como a una niña! —exploto.

Matt me mira durante un momento que parece eterno.

Luego suelta mi brazo y da un paso atrás.

—Voy a llevarte yo —dice.

—¿Qué?

—A ver las estrellas. Voy a llevarte yo. No ese niñato.

—Matt…

—O te vienes conmigo ahora mismo o entro ahí y le digo a Tyler Morrison exactamente lo que pienso de él delante de todo el gimnasio. Tú eliges.

Lo miro sin poder creer lo que acabo de escuchar.

Debería estar enfadada. Debería decirle que se vaya al infierno y que no puede decirme lo que tengo que hacer y que no soy una niña que necesita que la protejan.

Pero la verdad es que lo único que siento es una burbuja de felicidad tan grande en el pecho que apenas puedo respirar.

Porque Matt Brennan va a llevarme a ver las estrellas.

Y eso es lo único que he querido desde que tengo memoria.

—Vale —susurro.

Matt asiente una vez, rápido, como si no confiara en sí mismo si habla.

Luego me pone la mano en la espalda baja otra vez y me guía hacia la salida.

La camioneta de Matt huele a cuero y a hierba seca.

No hablamos en todo el trayecto.

Matt conduce con una mano en el volante y la otra apoyada en la ventanilla, con la vista fija en la carretera y ese perfil que me he aprendido de memoria sin querer. La mandíbula fuerte, la nariz recta, esa forma que tiene de apretar los labios cuando está pensando.

Yo voy con las manos en el regazo, intentando no mirarlo demasiado, intentando no pensar en que estoy aquí, en su camioneta, yendo a ver las estrellas con él.

Salimos del pueblo y cogemos la carretera que lleva hacia las colinas. Matt gira por un camino de tierra que conozco porque lleva al rancho Brennan, pero antes de llegar se desvía hacia la derecha, sube por una pendiente suave, y aparca en lo alto de una loma desde la que se ve todo el valle.

Apaga el motor.

El silencio que nos envuelve es absoluto. Solo se oye el viento y, muy a lo lejos, el sonido de un búho.

—Vamos —dice Matt, bajándose.

Salgo detrás de él. El aire es frío y huele a tierra y a hierba y a esa forma que tiene Montana de oler por la noche que no se parece a nada más.

Matt va hasta la parte de atrás de la camioneta, baja la compuerta, y sube de un salto. Luego me tiende la mano.

La miro un momento antes de cogerla. Su mano es enorme, el doble de grande que la mía, con callos en las palmas y dedos largos y fuertes que se cierran alrededor de los míos con una firmeza que me hace sentir segura y pequeña y protegida de una forma que no debería gustarme tanto como me gusta.

Me sube con un solo movimiento, como si no pesara nada, y durante un segundo estoy demasiado cerca de él, con el pecho casi rozándole el suyo, y puedo sentir su calor y oler su piel y ver ese tono exacto de azul que tienen sus ojos bajo la luz de la luna.

Luego me suelta y da un paso atrás.

—Túmbate —dice, señalando la plataforma del camión.

Obedezco sin pensar. Me tumbo boca arriba, con el metal frío contra mi espalda, y levanto la vista.

Y dejo de respirar.

El cielo está lleno de estrellas. Millones de ellas. Más de las que he visto nunca. Tan brillantes y tan juntas que parece imposible que quepan todas ahí arriba.

Matt se tumba a mi lado.

No dice nada. Yo tampoco. Nos quedamos ahí, los dos mirando el cielo, y el silencio entre nosotros es cómodo y cálido y perfecto.

—Es la Vía Láctea —murmura Matt al cabo de un rato, señalando una franja lechosa que cruza el cielo de un extremo al otro.

—Es preciosa.

—Sí.

Giro la cabeza para mirarlo y me doy cuenta de que él no está mirando el cielo.

Me está mirando a mí.

Se me para el corazón otra vez. Hay un segundo completo en el que no late y yo me quedo ahí, con el aire atascado en los pulmones y el mundo entero reducido a este hombre y a esta mirada y a este momento.

—Matt —susurro.

Él parpadea, aparta la vista, vuelve a mirar el cielo.

—Gracias por traerme —digo, porque necesito decir algo, porque necesito llenar este silencio con palabras antes de que haga algo estúpido como abalanzarme sobre él e intentar besarlo.

—De nada.

—¿Por qué lo has hecho?

Matt tarda un momento en contestar.

—Porque no quería que vinieras aquí con Tyler Morrison.

—¿Por qué?

—Porque no se lo merece.

Las palabras me llegan directas al pecho y se me clavan ahí de una forma que duele y que es maravillosa al mismo tiempo.

—¿Y tú sí? —pregunto, con la voz tan baja que apenas la oigo.

Matt gira la cabeza para mirarme otra vez.

Y durante un segundo entero, veo algo en sus ojos que me hace pensar que va a decir que sí.

Pero luego ese algo desaparece y Matt vuelve a mirar el cielo.

—Eres la hermana pequeña de mi mejor amigo, Maya. Y tienes dieciséis años.

Las palabras me caen encima como una losa.

Por supuesto.

Por supuesto que es eso. Por supuesto que para él solo soy la hermana pequeña de Aiden. La niña a la que tiene que proteger porque se lo ha pedido su mejor amigo.

Soy una estúpida por inventarme cosas en la cabeza.

Debería sentirme dolida. Debería sentirme rechazada. Debería darme cuenta de una vez por todas de que Matt Brennan nunca me va a ver como algo más.

Pero cuando lo miro, tumbado a mi lado con los brazos cruzados debajo de la cabeza y el perfil recortado contra el cielo lleno de estrellas, lo único que siento es una certeza tan absoluta que me atraviesa entera.

Estoy completamente enamorada de Matt Brennan.

Y algún día, cuando sea mayor, cuando él ya no pueda usar mi edad como excusa, voy a conseguir que se enamore de mí también.

O voy a destrozarme el corazón intentándolo.

CAPÍTULO 3

MATT

Presente

La clínica huele a desinfectante y a ese aire reciclado que nunca llega a ser del todo limpio. Cuando llego, mi abuela Ruth está sentada en su sillón junto a la ventana, con las manos en el regazo y la mirada perdida en algún punto del jardín que probablemente no está viendo.

—Hola, abuela —digo, sentándome en la silla a su lado.

Me mira y hay un segundo, solo uno, en el que sus ojos se iluminan con algo parecido al reconocimiento. Luego se apaga y vuelve a estar en ese lugar al que no puedo seguirla.

Se me parte el corazón.

—¿Has venido a buscarme? —pregunta—. Tengo que hacer la cena.

—No hace falta, abuela. Ya está todo hecho.

—Pero los chicos van a llegar con hambre. Siempre llegan con hambre.

Se refiere a Aiden y a mí. A cuando teníamos doce y diez años y llegábamos corriendo del colegio y ella tenía galletas recién hechas esperando en la cocina.

—Los chicos están bien —le digo, cogiéndole la mano—. No te preocupes.

Ruth me mira con esos ojos que antes lo veían todo y que ahora apenas me ven a mí, y algo se me parte en el pecho de una forma que no consigo arreglar por mucho que lo intente.

Paso dos horas con ella. Le hablo del rancho, de los caballos, de cosas que probablemente no va a recordar cuando me vaya pero

que necesito decirle de todas formas. Cuando me levanto para irme, ella me coge del brazo.

—Ese chico Morrison sigue yendo detrás de Maya —dice de repente, con la voz clara y la mirada fija—. Deberías hacer algo.

Me quedo helado.

—¿Qué?

—Maya. La chica Cooper. Es preciosa. Y ese Morrison no es lo suficientemente bueno para ella.

Las palabras me golpean con tanta fuerza que tengo que sentarme otra vez.

—Abuela…

—Deberías ir a buscarla —continúa, como si no me hubiera oído —. Antes de que sea demasiado tarde.

Luego parpadea y la claridad desaparece de sus ojos tan rápido como llegó, y vuelve a mirar por la ventana como si yo no estuviera ahí.

Me quedo un momento más, con el corazón latiéndome demasiado fuerte en el pecho, antes de salir de la habitación.

Cuando llego al rancho ya es de noche. La casa está oscura y silenciosa. Es demasiado grande para una sola persona, como lo ha sido desde que mi abuela se tuvo que ir.

Me quito las botas en el porche porque ella me mataría si no lo hiciera, aunque ya no esté aquí para verlo. Subo las escaleras hasta mi habitación, me ducho, y me tumbo en la cama con el pelo todavía mojado y el móvil en la mano.

No debería hacerlo.

Sé que no debería hacerlo.

Pero abro Instagram de todas formas y busco su nombre como he hecho demasiadas veces en los últimos años.

@mayacooper

Su foto de perfil es de hace unos meses. Está en algún parque de Nueva York, con el pelo recogido en una coleta alta y esa sonrisa que tiene que hace que se le arrugue un poco la nariz. Lleva una

camiseta blanca y vaqueros y parece tan jodidamente feliz que algo se me retuerce en el estómago.

Bajo por su feed. Hay cientos de fotos de plantas. Tiene plantas por todas partes. En el alféizar de la ventana, en la mesa del salón, en la cocina. En una de las fotos está regando un helecho enorme con ese gesto de concentración que pone cuando hace algo que le importa.

Hay una de ella con dos chicas en lo que parece un bar. Las tres tienen copas de vino en la mano y están riéndose de algo. Maya está en el medio, con un vestido negro que le deja los hombros al descubierto y el pelo suelto cayéndole por la espalda.

Me quedo mirando esa foto más tiempo del que debería.

Bajo más. Hay una de un ramo de flores enorme en un jarrón. «Tulipanes en marzo. Mi debilidad», dice el pie de foto. Y luego otra de ella en lo que parece un despacho, con un jersey gris demasiado grande y una taza de café en la mano, mirando a cámara con esos ojos verde avellana que me desarman cada vez que los veo.

Joder.

Dejo el móvil sobre mi pecho y me froto la cara con las manos.

No debería estar haciendo esto. No debería estar aquí tumbado en mi cama a las once de la noche mirando fotos de Maya como un adolescente patético que no sabe qué hacer con lo que siente.

Pero vuelvo a coger el móvil de todas formas.

Vuelvo a la foto del vestido negro. A cómo se le marca la cintura. A cómo sonríe. A cómo me gustaría ser yo el que la hace sonreír así.

La mano me baja por el estómago antes de que pueda detenerla.

Esto es una mala idea. Una malísima idea. Es la hermana de mi mejor amigo. Tiene veintiséis años y vive a dos mil kilómetros de aquí y estoy seguro de que no piensa en mí ni la mitad de las veces que yo pienso en ella.

Pero sigo con la mano bajando, metiéndose en los pantalones del pijama, y los ojos fijos en esa foto.

Me rodeo y aprieto mi dureza, y el alivio es inmediato y culpable al mismo tiempo. Cierro los ojos un momento, intentando convencerme de parar, de que esto está mal, pero cuando los abro

la foto sigue ahí. Maya con ese vestido negro. Maya sonriendo como si el mundo entero fuera suyo.

Me imagino quitándole ese vestido. Despacio. Con ella mirándome de esa forma que tiene, entre divertida y retadora, como diciéndome que me atreva. La cremallera bajando por su espalda bajo mis dedos, la tela deslizándose por sus hombros, cayendo al suelo.

Me acaricio más rápido, con más presión, y la imagen se vuelve más nítida en mi cabeza.

Maya desnuda. Maya con esas pecas que tiene en la nariz bajándole por el cuello, por el pecho, por todas partes donde quiero poner la boca. Maya debajo de mí, con el pelo extendido sobre mi almohada y esos ojos verde avellana mirándome como si yo fuera lo único que existe.

La respiración se me acelera. El móvil se me resbala un poco en la otra mano, pero no lo suelto porque necesito seguir viéndola. Necesito que esa foto sea real, aunque solo sea durante estos minutos en los que me permito pensar en ella sin filtros.

Me imagino sus manos en mi pecho. Pequeñas pero firmes, con esas uñas que siempre lleva cortas arañándome la piel. Me imagino su boca. Cómo sabría. Cómo sonaría mi nombre en sus labios cuando le hiciera exactamente lo que llevo años queriendo hacerle.

La mano se me mueve más rápido ahora, con un ritmo que conozco demasiado bien porque he hecho esto más veces de las que debería admitir. Siempre pensando en ella. Siempre con su nombre a punto de escapárseme entre los labios.

Me imagino tocándola. En esos lugares que sé que la harían temblar aunque nunca haya tenido el privilegio de descubrirlos de verdad. Me imagino metiéndome dentro de ella, despacio primero, viendo cómo se le cierran los ojos y se le abre la boca en ese sonido perfecto que sé que haría.

Y luego no tan despacio.

Luego perdiéndome en ella de una forma de la que nunca querría volver.

La presión se acumula en la base de mi columna, caliente y urgente, y aprieto más fuerte porque estoy cerca, tan jodidamente cerca.

Me imagino a Maya moviéndose conmigo, con las piernas alrededor de mi cintura y las manos en mi pelo, tirando de él de esa forma que me volvería loco. Me imagino sus gemidos. Su piel.

—Maya —susurro al vacío de la habitación, y es lo más cerca que he estado nunca de tenerla de verdad.

Me corro pensando en Maya con los ojos cerrados y la respiración entrecortada. Con su nombre en mis labios y el cuerpo entero tensándose con algo que es placer y vergüenza a partes iguales.

Joder.

Me quedo ahí tirado, con el corazón latiéndome demasiado rápido y la vergüenza instalándose en algún lugar entre las costillas.

Esto tiene que parar.

No puedo seguir así. No puedo seguir pensando en ella cada vez que estoy solo, imaginando cosas que nunca van a pasar, deseando algo que no puedo tener.

Es la hermana de Aiden. Mi mejor amigo. El hombre que confía en mí más que en nadie. Y yo estoy aquí haciéndome pajas pensando en su hermana pequeña como si fuera un capullo sin principios.

Maya se merece algo mejor que esto. Se merece algo mejor que un hombre que no puede darle nada más que un rancho en medio de Montana y una vida que se le quedó pequeña hace años.

Se fue a Nueva York por algo. Se fue porque quería más de lo que este pueblo podía darle. ¿Quién soy yo para pedirle que vuelva? ¿Para pedirle que cambie esa vida que se ha construido por mí?

Nadie.

No soy nadie.

Me levanto, me limpio, tiro el móvil en la mesilla sin mirar la pantalla.

Esta ha sido la última vez.

La última.

Aunque sé, mientras lo pienso, que es mentira.

Que la próxima vez que esté solo y el silencio de esta casa se me haga demasiado grande, voy a volver a buscar su nombre. Voy a volver a mirar esas fotos. Voy a volver a imaginar cómo sería tenerla aquí, conmigo, en este rancho que de repente parece vacío sin ella.

Y voy a odiarme un poco más por no poder dejarla ir.

CAPÍTULO 4

MAYA

El helecho se está muriendo.

Lo sé porque las puntas de las hojas están marrones y crujientes y porque lleva tres días sin levantarse como debería por las mañanas. Los helechos son dramáticos. Te avisan antes de morirse, no como las suculentas, que un día están perfectas y al siguiente son papilla verde en una maceta.

—Venga, preciosa —murmuro, pasándole los dedos por las hojas —. No te rindas ahora.

La saco de su sitio en el alféizar de la ventana del salón y la llevo hasta el fregadero de la cocina. Le quito las hojas muertas con cuidado, compruebo la tierra, y la riego despacio, dejando que el agua empape bien la tierra antes de que empiece a drenar por los agujeros del fondo.

Es miércoles. Mi día libre. El único día de la semana en el que no tengo que estar en Walker Enterprises a las ocho de la mañana con un café en la mano y la agenda de Marcus organizada al milímetro.

Debería hacer algo productivo. Ir al gimnasio. Quedar con las chicas. Salir a pasear por Central Park como hace la gente normal en Nueva York cuando tiene tiempo libre.

Pero estoy aquí, en pijama a las once de la mañana, hablándole a una planta que probablemente no va a sobrevivir a esta semana.

Vuelvo a dejar el helecho en su sitio y me hago un café. El apartamento es pequeño pero luminoso, con ventanas enormes que dan a una calle tranquila de Brooklyn que no se parece en nada a Manhattan pero que me gusta precisamente por eso. Tengo plantas en cada superficie disponible. En el alféizar. En la mesa del salón. En la encimera de la cocina. En estantes que he colgado yo misma en la

pared porque si esperaba a que el casero lo hiciera iba a cumplir ochenta años antes.

Me siento en el sofá con el café humeante entre las manos y miro por la ventana.

Hay un parque al otro lado de la calle. Pequeño, con tres árboles y un par de bancos donde la gente se sienta a leer o a mirar el móvil o a hacer lo que sea que hace la gente cuando tiene tiempo libre y no sabe qué hacer con él.

Echo de menos Montana.

El pensamiento me llega sin avisar y sin pedir permiso, como llega siempre. En los momentos más inoportunos. Cuando estoy bien. Cuando estoy tranquila. Cuando me he pasado semanas enteras sin pensar en el rancho o en las montañas o en ese cielo enorme que no se parece a ningún otro cielo del mundo.

O en Matt.

Especialmente en Matt.

Cierro los ojos y apoyo la cabeza en el respaldo del sofá.

No debería pensar en él. Llevo años sin verlo. Llevo años construyéndome una vida aquí que me gusta y que es mía y que no tiene nada que ver con un rancho en medio de Montana o con un hombre que dejó muy claro hace mucho tiempo que solo me ve como a la hermana de su mejor amigo.

Pero es que me gustaría tanto volver.

Para oler esa mezcla de hierba y tierra y aire limpio que no existe en ningún otro sitio. Para ver las montañas por la mañana cuando el sol sale y todo se tiñe de rosa y naranja de una forma que parece imposible.

Para verlo a él.

Mierda.

Abro los ojos y me obligo a beber un sorbo de café, aunque me quema la lengua.

Tengo que dejar de hacer esto. Tengo que dejar de fantasear con una vida que no voy a tener. Con un rancho que no es mío. Con un hombre que nunca me ha visto de esa forma y que nunca lo hará.

Pero en vez de hacerme caso a mí misma me imagino volviendo. Montando una floristería en el pueblo. Algo pequeño y acogedor, con

flores frescas en la puerta y ese olor a tierra mojada y a pétalos que me encanta. Me imagino yendo al rancho con Matt por las tardes, cuando él termine con los caballos, y sentarme en el porche con un té mientras él me habla sobre su día y yo le cuento el mío.

Me imagino que me mire de una forma que nunca me ha mirado.

Como si fuera algo más que la hermana pequeña de Aiden.

Como si fuera una mujer.

Como si fuera suya.

El móvil vibra en la mesa y pego un bote tan grande que el café se me derrama un poco en los pantalones del pijama.

—Mierda.

Dejo la taza en la mesa y cojo el móvil.

Es Aiden.

Por supuesto.

Contesto antes de que pueda colgar.

—Hola.

—¿Te he despertado?

—Son las once de la mañana.

—Ya. Pero es tu día libre y te conozco.

—Llevo levantada desde las ocho, para que lo sepas.

—¿Haciendo qué?

—Salvando un helecho.

Aiden se ríe al otro lado de la línea y el sonido es cálido y familiar y hace que se me encoja algo en el pecho.

—Claro. ¿Cómo está Nueva York?

—Igual que siempre. ¿Cómo está Millbrook?

—Igual que siempre.

Nos quedamos en silencio un momento. Ese silencio cómodo que solo existe entre hermanos que se conocen demasiado bien.

—¿Estás bien? —pregunta Aiden, y hay algo en su voz que me pone alerta.

—Sí. ¿Por qué?

—No sé. Llevas un par de semanas rara. Casi no me llamas.

—No estoy rara.

—Maya.

—Aiden.

—Sabes que puedes contarme lo que sea, ¿verdad?

Sí. Claro que lo sé. Puedo contarle lo que sea a mi hermano excepto lo único que importa de verdad. Excepto que llevo años enamorada de su mejor amigo y que cada vez que cierro los ojos lo veo a él y ese rancho y esa vida que nunca voy a tener.

—Lo sé —digo—. Estoy bien. De verdad. Solo un poco cansada.

—¿Marcus te está haciendo trabajar demasiado?

—No más de lo normal.

—Deberías venir de visita.

—No puedo. Estoy muy ocupada.

—Ya. Siempre estás ocupada.

No digo nada porque tiene razón. Siempre estoy ocupada. Siempre tengo una excusa para no volver. Porque cada vez que vuelvo es más difícil irme. Cada vez que veo a Matt es más difícil recordar por qué me fui en primer lugar.

—¿Cómo le va todo a Matt? —pregunto, y las palabras se me escapan antes de poder detenerlas.

Mierda.

Aiden tarda un momento en contestar.

—Bien.

Pero hay algo en su tono de voz. Algo que no sé identificar y que me pone nerviosa.

—¿Qué pasa, Aiden?

—Nada. Es solo que... Ruth no está bien.

Se me para el corazón.

—¿Qué le pasa?

—El Alzheimer está avanzando más rápido de lo que pensábamos. Matt la ha tenido que ingresar en la clínica. Ya no podía cuidarla él solo.

—Dios mío.

—Sí.

—¿Cómo está él?

—Como siempre. Callado. Diciendo que está bien cuando claramente no lo está.

Me muerdo el labio porque conozco esa versión de Matt. La conozco demasiado bien. El Matt que se guarda todo dentro y que

no le dice a nadie lo que siente porque cree que tiene que ser fuerte siempre.

Se me encoge algo en el pecho. Una mezcla de tristeza por Ruth que siempre fue una mujer maravillosa conmigo, de preocupación por Matt, y de algo más grande y más complicado que no quiero nombrar.

—Tengo que dejarte, hermanita. Mi turno empieza en diez minutos.

—Vale. Cuídate.

—Tú también. Y Maya...

—¿Sí?

—Vuelve pronto de visita. Te echo de menos.

Se me cierra la garganta.

—Yo también te echo de menos.

Cuelga y me quedo ahí sentada, con el móvil en la mano y el café frío en la mesa, mirando por la ventana sin ver nada.

Ruth está enferma. Matt está solo.

Y yo estoy aquí, a dos mil kilómetros de distancia, fingiendo que no me importa.

Pero sí me importa. Me importa tanto que duele. Me importa de una forma que no debería después de todos estos años intentando construirme una vida que no tenga nada que ver con él.

Me levanto del sofá y voy hasta la ventana. El parque está tranquilo. Una pareja pasea con un perro. Un hombre mayor lee el periódico en un banco. La vida continúa como si nada, como siempre.

Y yo sigo aquí, atrapada entre dos mundos que no consigo reconciliar.

El mundo que tengo: Nueva York, mi trabajo, mi apartamento lleno de plantas, mis amigas, una vida que me he construido yo sola y de la que debería estar orgullosa.

Y el mundo que quiero: Montana, el rancho, una floristería pequeña en el pueblo, el olor a hierba por las mañanas, las montañas, el cielo enorme.

Matt.

Siempre Matt.

Podría volver. Podría coger un avión mañana mismo y estar en Millbrook pasado mañana. Podría abrir esa floristería con la que fantaseo cada vez que riego mis plantas. Podría estar cerca de Aiden otra vez. Cerca de las montañas. Cerca de todo lo que dejé atrás.

Cerca de Matt.

Y ahí está el problema.

Porque estar cerca de Matt y que él no me mire de la forma en que yo lo miro a él es como tener el corazón en carne viva todo el tiempo. Es verlo todos los días y saber que para él solo soy la hermana pequeña de su mejor amigo. Es sentir que me muero un poco cada vez que sonríe y no es para mí. Cada vez que me trata con ese cariño fraternal que me destroza porque no es lo que quiero.

Me fui de Montana para poder respirar.

Para poder construirme una vida en la que no tuviera que verlo todos los días y fingir que no me estaba rompiendo por dentro.

Y ha funcionado. Más o menos. He conseguido días enteros sin pensar en él. Semanas, incluso. He salido con otros hombres. Me he besado con ellos. Me he acostado con alguno.

Y siempre, siempre, ha sido Matt el que aparecía en mi cabeza cuando cerraba los ojos.

Apoyo la frente contra el cristal frío de la ventana y cierro los ojos.

No puedo volver.

No puedo pasar por eso otra vez.

No importa cuánto eche de menos Montana. No importa cuánto me gustaría estar allí, con mis plantas y mi floristería y ese sueño ridículo de postal que nunca he conseguido arrancarme del pecho.

No importa que Ruth esté enferma y que Matt esté solo y que una parte de mí, esa parte idiota y masoquista que lleva años sin aprender la lección, quiera coger el primer avión y presentarme en el rancho para abrazarlo y decirle que todo va a estar bien.

Porque no puedo hacer eso.

No puedo ser su amiga cuando lo que quiero es ser mucho más.

Y él nunca va a querer más.

Lo dejó claro hace años. En muchas ocasiones.

Abro los ojos y miro el parque otra vez. La pareja con el perro ha desaparecido. El hombre mayor sigue con su periódico.

La vida continúa.

Y yo sigo aquí, en Nueva York, a dos mil kilómetros de Montana, diciéndome que es lo mejor.

Aunque cada día que pasa me cueste un poco más creerlo.

CAPÍTULO 5

MATT

El teléfono suena a las tres de la madrugada.

Nadie llama a las tres de la madrugada con buenas noticias.

Lo cojo de la mesilla sin mirar la pantalla, con el corazón ya latiéndome demasiado rápido, y contesto con la voz áspera de sueño.

—¿Sí?

—¿Señor Brennan?

No reconozco la voz. Es una mujer. Joven. Profesional.

—Soy Matt Brennan.

—Le llamo del Centro de Cuidados Maple Grove. Lamento informarle que su abuela, Ruth Brennan, ha fallecido esta noche. Falleció mientras dormía, sin dolor. Lo sentimos mucho.

Las palabras me llegan, pero no consigo procesarlas. Es como si mi cerebro se hubiera desconectado de golpe y ahora estoy aquí sentado en la cama, con el teléfono en la oreja, escuchando a una desconocida decirme que mi abuela ha muerto y no consigo que signifique nada.

—¿Señor Brennan? ¿Está ahí?

—Sí —digo, porque tengo que decir algo—. Sí, estoy aquí.

—¿Necesita que llamemos a alguien? ¿Algún familiar?

—No. Estoy bien. Voy para allá.

—No hace falta que venga ahora. Podemos esperarle por la mañana para...

—Voy para allá —repito, y cuelgo antes de que pueda decir nada más.

Me quedo sentado en el borde de la cama, con el teléfono todavía en la mano, mirando la pared de enfrente sin ver nada.

Ruth ha muerto.

Mi abuela ha muerto.

La mujer que me crio. La que me enseñó a montar a caballo y a hacer galletas y a que está bien llorar cuando algo duele de verdad. La única familia que me quedaba.

Se ha ido.

Y yo estoy aquí, solo, en esta casa demasiado grande y demasiado silenciosa, sin saber qué hacer con las manos o con el aire que no me llega bien a los pulmones o con este agujero enorme que acaba de abrírseme en el centro del pecho.

Debería levantarme. Vestirme. Ir a la clínica. Hacer lo que sea que se hace cuando alguien muere.

Pero no me muevo.

No puedo moverme.

El teléfono sigue en mi mano y antes de poder pensarlo dos veces, antes de poder detenerme, busco su nombre en los contactos.

Maya.

No la he llamado en años. No desde la última vez que vino de visita y pasamos una tarde en el rancho hablando de nada importante y yo tuve que obligarme a no tocarla, a no cruzar esa línea que no puedo cruzar.

Pero ahora Ruth ha muerto y Maya es lo único en lo que puedo pensar.

Pulso llamar.

El teléfono suena una vez. Dos. Tres. Está en Nueva York. Son las cinco de la mañana allí. Probablemente esté dormida. Probablemente debería colgar y dejarla en paz y llamar a Aiden como una persona normal haría.

Pero no cuelgo.

—¿Matt?

Su voz me atraviesa entero. Ronca por el sueño, confundida, preocupada. Pronuncia mi nombre como si no pudiera creer que sea yo el que está llamando.

—Maya —digo, y la palabra me sale rota.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Ruth ha muerto.

Se hace el silencio al otro lado de la línea. Un silencio que dura demasiado y en el que puedo escuchar su respiración acelerándose.

—Matt… —susurra, y hay tanto dolor en esa única palabra que algo se me rompe definitivamente en el pecho—. Dios mío. Lo siento tanto.

—Sí.

No sé qué más decir. No tengo palabras para esto. Para lo enorme que es este vacío.

—¿Estás solo?

—Sí.

—No deberías estar solo. ¿Dónde está Aiden?

—No lo he llamado todavía.

—¿Por qué me has llamado a mí primero?

Porque eres lo único que necesito cuando todo se va al infierno. Porque llevo años intentando no pensar en ti y ahora mismo eres lo único en lo que puedo pensar. Porque escuchar tu voz es lo único que hace que esto sea un poco menos insoportable.

—No lo sé —miento.

Otro silencio. Puedo escucharla moviéndose al otro lado, el sonido de sábanas, el crujido de un suelo de madera.

—Voy a coger el primer vuelo —dice—. Déjame mirar… sí, hay uno que sale a las siete. Puedo estar en Millbrook esta tarde.

—No tienes que…

—Matt. Voy a ir. No te voy a dejar solo en esto.

Las palabras me golpean con tanta fuerza que tengo que cerrar los ojos. No te voy a dejar solo. Como si fuera tan simple. Como si no hubiera dos mil kilómetros entre nosotros y años de cosas sin decir.

—Vale —susurro, porque no confío en mi voz para decir nada más.

—¿Puedes aguantar hasta entonces?

—Sí.

—¿Seguro?

—No lo sé.

La honestidad se me escapa antes de poder filtrarla. Maya hace un sonido pequeño al otro lado de la línea, algo entre un suspiro y un sollozo contenido.

—Quédate al teléfono —dice—. No cuelgues. Voy a ir metiendo cosas en la maleta pero no cuelgues, ¿vale?

—Vale.

La escucho moverse por su apartamento. El sonido de cajones abriéndose. Una cremallera. Agua corriendo. Pasos descalzos sobre madera. Y durante todo ese tiempo ninguno de los dos dice nada, pero tampoco cuelga.

—¿Matt? —dice al cabo de un rato.

—¿Sí?

—¿Recuerdas cuando Ruth me enseñó a hacer sus galletas de chocolate?

Una sonrisa pequeña se me escapa sin permiso.

—Tenías once años. Acabaste con harina hasta en el pelo.

—Fue sin querer.

—Claro que fue sin querer.

—Ruth se rio tanto que tuvo que sentarse —dice Maya, y su voz suena más suave ahora, como si el recuerdo le doliera y le reconfortara al mismo tiempo—. Me dijo que nunca había visto a nadie hacer tanto desastre en su cocina.

—Eso es porque no se acordaba de lo que yo hice a los siete años.

Maya se ríe bajito y el sonido es como luz después de estar horas en la oscuridad. Hace que pueda respirar un poco mejor.

—¿Te acuerdas de cuando Aiden se rompió el brazo y Ruth nos llevó al hospital?

—Se puso furioso porque quería conducir él.

—Tenía diecisiete años y acababa de sacarse el carné. Pensaba que podía con todo.

—Sigue pensando que puede con todo.

—Sí —dice Maya, y hay una sonrisa en su voz—. Pero Ruth le dijo que dejara de ser tan burro y él se calló. Era la única que conseguía que Aiden cerrara la boca.

—Y la única que conseguía que yo comiera verduras.

—¿Sigues sin comer verduras?

—Como las que necesito.

—Eso es un no.

—Es un «como las suficientes».

Maya vuelve a reírse y algo se me afloja en el pecho.

—Ruth era... —empieza, y se le quiebra la voz—. Era maravillosa, Matt.

—Lo era.

—Y te quería muchísimo. Lo sabes, ¿verdad?

Se me cierra la garganta.

—Lo sé.

—Me lo decía cada vez que iba. Que estaba muy orgullosa de ti. Del rancho. De cómo cuidas de todo el mundo.

—Maya…

—Es verdad —insiste—. Me dijo que eras exactamente el tipo de hombre que ella esperaba que fueras. Que tu padre estaría orgulloso.

Las lágrimas me caen por la cara sin permiso. No hago ningún sonido, pero debe notarlo de alguna forma porque se queda callada un momento y luego dice, con la voz muy suave:

—No pasa nada. Estoy aquí.

Y lloro. Por primera vez desde que colgué el teléfono con la clínica. Lloro por Ruth y por todo lo que he perdido y por estar solo en esta casa enorme y por el agujero que acaba de abrirse donde solía estar la única familia que me quedaba.

Maya no dice nada. Solo se queda ahí, al otro lado de la línea, respirando conmigo en el silencio. Puedo escucharla moviéndose despacio, el sonido de una cremallera cerrándose, sus pasos por el apartamento.

—El taxi está aquí —dice al cabo de un rato—. Tengo que colgar.

—Vale.

—Pero en unas horas estaré ahí. Te lo prometo.

—Lo sé.

—Matt…

—¿Sí?

—Gracias por llamarme.

Debería ser yo el que le dé las gracias a ella. Por comprar un billete de avión en mitad de la noche. Por quedarse al teléfono conmigo. Por ser exactamente lo que necesitaba cuando todo se ha derrumbado a mi alrededor.

Pero lo único que digo es:

—Ven pronto.

—Lo haré.

Cuelga y me quedo ahí tumbado, con el teléfono todavía en la oreja, mirando el techo de mi habitación en la oscuridad de la madrugada.

Maya viene.

En unas horas va a estar aquí.

Y por primera vez desde que recibí esa llamada, siento que voy a poder sobrevivir a esto.

CAPÍTULO 6

MATT

Hace 8 años

Maya se va en bici por el camino de tierra que lleva de vuelta al rancho Cooper y yo me quedo en el porche mirándola hasta que desaparece detrás de la curva.

Ha pasado toda la tarde aquí. Ayudando a Ruth con el jardín, hablando de plantas, riéndose de sus propios chistes antes de terminarlos. Tiene dieciocho años y acaba de graduarse del instituto. Se va a ir a la universidad en dos meses y no dejo de pensar en eso cada vez que la miro.

En que se va.

En que debería alegrarme por ella.

En que no me alegro ni un poco.

—¿Vas a quedarte ahí de pie hasta que oscurezca o vas a entrar a ayudarme con la cena?

Me giro. Mi abuela está en la puerta, con los brazos cruzados y una mirada que significa que sabe exactamente lo que estoy pensando.

Mierda.

—Ya entro.

—Claro que sí.

Entro detrás de ella a la cocina. Huele a las hierbas que Maya y ella han estado cortando en el jardín. Romero, tomillo y algo más que no sé identificar. Ruth se pone a cortar verduras en la encimera y yo me apoyo en el marco de la puerta sin saber muy bien qué hacer con las manos.

—Es una chica estupenda —dice Ruth sin mirarme.

—Sí.

—Inteligente. Divertida. Preciosa.

—Abuela.

—Es perfecta para ti.

Las palabras me golpean con más fuerza de la que deberían. No me puedo creer que mi abuela me esté diciendo esto.

—No sé de qué hablas.

Ruth deja el cuchillo en la tabla y se gira para mirarme con esa expresión que usaba cuando tenía diez años y le decía que no había sido yo el que había dejado la puerta del establo abierta.

Se me acelera el pulso.

—Matthew Brennan. Te he criado. Sé perfectamente cuándo te gusta alguien.

—No me gusta Maya.

—Claro que no. Por eso te la has quedado mirando como un idiota cómo se marchaba.

Me arde la cara y lo odio, porque tengo veintiséis años y no debería estar sonrojándome como un adolescente.

—Es demasiado complicado, abuela.

—¿Por qué?

—Porque es la hermana de Aiden.

—¿Y?

—Y es mi mejor amigo. No puedo hacer eso.

Ruth se cruza de brazos y me mira con esa paciencia infinita que tiene cuando sabe que estoy siendo terco.

—¿Hacer qué exactamente? ¿Ser feliz?

—No es tan simple.

—Claro que lo es. Te gusta. Ella claramente también siente algo por ti, aunque hace lo imposible por disimularlo. Podríais…

La sola posibilidad de que Maya pueda sentir algo por mí hace que se me dispare el corazón. No quiero hacerme ilusiones, joder.

No debería pensar en ella de la forma en la que lo hago.

—Tiene dieciocho años, abuela.

—Ya. Y tú veintiséis. Son solo ocho años. No es el fin del mundo.

—Es demasiado joven.

—Es una adulta. Acaba de graduarse. Va a irse a la universidad.

Y ahí está. La razón real por la que no puedo hacer nada de esto.

—Exacto. Se va a estudiar. A vivir su vida. ¿Qué voy a hacer yo? ¿Pedirle que se quede aquí? ¿En un rancho en medio de Montana cuando tiene el mundo entero esperándola?

Ruth me mira durante un momento que se me hace eterno.

—¿Le has preguntado qué quiere ella?

—No hace falta que le pregunte. Se va a estudiar. Eso es lo que quiere.

—¿O es lo que cree que tiene que hacer porque nunca le has dado motivos para pensar que podría quedarse?

Las palabras se me clavan en algún sitio del pecho que no sabía que estaba desprotegido.

—No es justo pedirle eso.

—¿Y es justo dejarla ir sin decirle nada?

—Sí —contesto, aunque no estoy seguro de creerlo—. Ella se merece algo mejor que esto. Mejor que un rancho y un hombre que huele a caballo y que no tiene nada interesante que ofrecerle. Y que encima es demasiado mayor.

Ruth sacude la cabeza.

—Eres idiota.

—Gracias.

—Lo digo en serio, Matt. Esa chica te mira como si fueras el hombre más especial del mundo y tú estás aquí convenciéndote de que no eres suficiente para ella cuando lo que pasa de verdad es que tienes miedo.

—No tengo miedo.

—Claro que lo tienes. Tienes miedo de que te importe demasiado y que luego se vaya de todas formas. Como tus padres. Como todo el mundo que has querido.

Se me cierra la garganta.

—Eso no es justo.

—La vida no es justa, cariño. Pero no puedes pasarte la vida entera protegiéndote de que te hagan daño. A veces tienes que arriesgarte.

—No con ella.

—¿Por qué no?

—Porque si le digo algo y ella se va de todas formas… —Se me quiebra la voz y tengo que parar un momento—. No voy a poder soportarlo, Ruth.

Mi abuela cruza la cocina y me pone una mano en el brazo.

—Si no te arriesgas no vas a poder perdonártelo.

No digo nada porque no tengo respuesta. Porque tiene razón y yo lo sé y eso no cambia nada.

Maya se va en dos meses. Va a conocer gente nueva. Va a tener experiencias que yo no puedo darle. Va a ser feliz.

Y yo voy a quedarme aquí, con los caballos y el rancho. Solo.

—No voy a decirle nada —digo por fin—. Es lo correcto.

Ruth suspira.

—Lo correcto y lo cobarde a veces son la misma cosa.

—Quizá.

—Vas a arrepentirte.

—Probablemente.

—Y vas a pasarte años preguntándote qué habría pasado si hubieras tenido el valor de intentarlo.

—Sí.

Ruth me mira un momento más, con esos ojos que lo ven todo, y luego vuelve a la encimera y coge el cuchillo.

—Pues es tu decisión. Pero no vengas llorando dentro de diez años cuando ella esté felizmente casada con otro y tú sigas solo en este rancho preguntándote por qué nunca te atreviste a decirle que te gustaba.

Las palabras me duelen más de lo que me gustaría admitir.

Pero no digo nada.

Porque Ruth tiene razón en una cosa: soy un cobarde.

Y Maya se merece algo mucho mejor que un cobarde que tiene demasiado miedo de arriesgarse por ella.

CAPÍTULO 7

MAYA

El aeropuerto de Bozeman no ha cambiado nada en todos los años que llevo sin venir.

Sigue siendo pequeño y acogedor. Huele a café recién hecho y a esa mezcla de combustible de avión y aire de Montana que no existe en ningún otro sitio.

Salgo de la terminal con la maleta arrastrándose detrás de mí y los ojos escociendo de no haber dormido en el vuelo, y ahí está Aiden.

Apoyado en su coche patrulla, con los brazos cruzados sobre el pecho y el uniforme de sheriff que le queda de maravilla, mirándome con una expresión entre aliviada y preocupada que solo usan los hermanos mayores cuando llevan demasiado tiempo sin ver a sus hermanas pequeñas.

—Hola —lo saludo, y se me quiebra la voz a mitad de la palabra.

Aiden cruza el aparcamiento en tres zancadas y me envuelve en un abrazo tan fuerte que me levanta del suelo.

—Joder, Maya. Te echaba de menos.

—Y yo a ti.

—Llevas años sin venir.

—He estado ocupada.

—Ya.

Me suelta y me mira de arriba abajo como si estuviera comprobando que sigo entera.

—Estás demasiado delgada.

—Estoy igual que siempre.

—Demasiado delgada —repite, y me coge la maleta de la mano antes de que pueda protestar—. Vamos. Tenemos dos horas de

viaje.

Subo al coche y el olor me golpea de inmediato. Cuero viejo, café y el ambientador de eucalipto que Aiden lleva usando desde que se compró su primer coche. Todo me resulta tan familiar que algo se me encoge en el pecho.

Aiden arranca y salimos del aparcamiento en silencio. La carretera se extiende delante de nosotros, recta y vacía, con las montañas recortándose contra el cielo al fondo. Llevo años sin ver esto. Llevo demasiados años convenciéndome de que Nueva York es suficiente.

No lo es.

—¿Cómo te sientes? —pregunta Aiden al cabo de un rato.

—Cansada.

—No te he preguntado eso.

—Lo sé.

Miro por la ventanilla. Los campos se extienden a ambos lados de la carretera, verdes y enormes y tan absolutamente Montana que tengo que parpadear varias veces para que no se me empañen los ojos.

—Todos la vamos a echar de menos. Ruth era maravillosa —digo por fin.

—Lo era.

—¿Cuándo es el funeral?

—Mañana. Matt ha querido esperar a que llegara todo el mundo.

Matt.

El nombre me atraviesa el pecho como siempre.

—¿Le has visto hoy? ¿Sabes cómo está? —pregunto, intentando que me salga casual.

Aiden suspira.

—Sí. Y está fatal. Peor que fatal. Ruth era lo único que le quedaba de familia.

—Lo sé.

Me muerdo el labio y vuelvo la vista a la ventanilla porque no confío en que mi cara no me delate si sigo mirando a mi hermano.

—Te he echado de menos —dice Aiden de repente.

—Yo también.

—Entonces ven más a menudo.

—Ya sabes cómo es mi trabajo. Marcus me necesita…

—Marcus te explota —me interrumpe—. Trabajar sesenta horas a la semana no es normal, Maya.

—Me paga muy bien.

—El dinero no lo es todo.

—Pero es lo que necesito en este momento de mi vida —replico.

Aiden resopla, pero no dice nada más. Nos quedamos en silencio otro rato largo, con solo el sonido del motor y el viento golpeando las ventanillas.

—Los tíos están deseando verte —dice al cabo de un rato.

—Yo también.

—Tía Ellen ha hecho tu pastel favorito.

—¿El de zanahoria?

—Ese mismo. Dice que estás demasiado delgada y que Nueva York no te está alimentando bien.

A pesar de todo, se me escapa una sonrisa.

—Suena a ella.

—Te ha preparado la habitación de siempre. Dice que te quedes todo el tiempo que necesites.

—Solo voy a estar unos días. Tengo que volver al trabajo.

—Claro. El trabajo.

Hay algo en su tono que me pone alerta.

—¿Qué?

—Nada.

—Aiden.

—Es solo que… no sé. A veces me pregunto si de verdad te gusta tanto Nueva York o si simplemente te has convencido de que sí.

Sus palabras me encogen el estómago.

—Me gusta Nueva York.

—¿Te gusta o te gusta que esté lejos de aquí?

—¿Qué se supone que significa eso?

Aiden se encoge de hombros sin apartar la vista de la carretera.

—Nada. Olvídalo.

—No puedo olvidarlo si lo has dicho.

—Es solo que este pueblo no es tan malo como crees, Maya. Tiene sus cosas buenas. Podrías montar tu floristería aquí. Tener una

vida aquí. Estar cerca de la familia.

Se me cierra la garganta.

—Ya tengo una vida. En Nueva York.

—Ya. Con tus plantas y tu apartamento minúsculo y un jefe que te tiene trabajando como si no existieran los fines de semana.

—No es así.

—¿No?

—No.

—Me gusta mi vida —digo, más para convencerme a mí misma que a él.

—Vale —dice Aiden—. Si tú lo dices.

El resto del viaje lo hacemos en silencio. Veo pasar los campos, las vallas, las casas dispersas que marcan el camino a Millbrook. Todo me resulta tan familiar que duele. Es como volver a casa después de mucho tiempo y darte cuenta de que nunca te fuiste del todo.

Cuando veo el cartel de Millbrook algo se me instala en el estómago que no sé si es nervios o anticipación o las dos cosas.

Matt está aquí.

En algún lugar de este pueblo y en algún momento de los próximos días voy a tener que verlo y no tengo ni idea de cómo voy a conseguir mantenerme entera cuando lo haga.

Aiden gira por la calle principal y luego toma el desvío que lleva al rancho de los tíos. La casa aparece al final del camino, con su porche enorme y las macetas que tía Ellen cuida con esmero.

Aparca y antes de que pueda bajarme, la puerta de la casa se abre y tía Ellen sale corriendo.

—¡Maya!

Me bajo del coche justo a tiempo para que me envuelva en un abrazo que huele a canela y a ese perfume que lleva usando desde que tengo memoria.

—Déjame verte —dice, apartándose un poco—. Estás muy pálida. ¿Es que no duermes bien?

—Duermo perfectamente.

—Ya. Por eso tienes esas ojeras.

Tío Robert aparece en el porche, más despacio que su mujer pero con la misma sonrisa cálida de siempre.

—Bienvenida a casa, pequeña.

—Gracias.

Ellen me coge de la mano y me arrastra hacia el interior.

—Tienes que contármelo todo. Cómo estás en Nueva York, qué tal el trabajo, si has conocido a alguien…

—Ellen, déjala respirar —dice Robert—. Acaba de llegar.

—Quiero saberlo todo.

Entramos en casa y el olor me golpea de inmediato. Café, pastel recién hecho, ese olor a hogar que no se puede replicar en ningún otro sitio.

Se me llenan los ojos de lágrimas antes de poder evitarlo. Los recuerdos me golpean con fuerza.

—Oh, cariño —dice Ellen, abrazándome otra vez.

—No me puedo creer que se haya muerto —digo de repente, porque ya no puedo aguantarlo más.

—Ni yo. Ruth era maravillosa.

—Lo era.

—Y Matt está destrozado. El pobre chico.

El corazón se me encoge al oírselo decir a mi tía.

—¿Cómo está?

—Como puedes imaginar. Solo. Encerrado en ese rancho. Intentando ser fuerte cuando está claro que se está cayendo a pedazos.

Algo se me retuerce en el estómago.

—¿Ha ido alguien a verlo?

—Aiden ha estado con él. Y nosotros. Pero ya sabes cómo es Matt. No deja que nadie lo ayude de verdad.

Sí. Sé exactamente cómo es Matt.

—Venga —dice Ellen, soltándome por fin—. Vamos a alimentarte. Luego puedes descansar. El funeral es mañana y vas a necesitar fuerzas.

Me dejo llevar a la cocina, me dejo sentar en la mesa donde he desayunado mil veces, me dejo servir un trozo de pastel que no

tengo hambre para comer pero que como de todas formas porque es más fácil que explicar por qué se me ha cerrado el estómago.

Y mientras Ellen habla, Robert asiente y Aiden se sirve café, yo solo puedo pensar en una cosa.

Matt está solo en su rancho.

Y muy pronto voy a tener que verlo.

Y no tengo ni idea de cómo voy a sobrevivir a eso.

CAPÍTULO 8

MAYA

Hace 6 años

La película es mala.

No mala de forma entretenida. Mala de verdad. De esas en las que los efectos especiales parecen hechos con Paint y los diálogos suenan como si los hubiera escrito alguien que nunca ha mantenido una conversación real en su vida.

—Esto es horrible —digo, hundida en el sofá de Matt con un cuenco de palomitas en el regazo.

—Has sido tú la que ha querido verla.

—Porque la sinopsis sonaba bien.

—La sinopsis mentía.

—Claramente.

Matt está sentado en el otro extremo del sofá, con los pies descalzos apoyados en la mesita de café y una cerveza en la mano. Lleva una camiseta gris desgastada y vaqueros y el pelo revuelto de haberse pasado la mano por él demasiadas veces. Huele a jabón y a algo limpio debajo que se me ha quedado grabado en algún lugar del cerebro del que no consigo sacarlo.

He venido porque Ruth está en el pueblo y Matt estaba solo y Aiden tenía turno de noche y yo soy idiota.

Soy completamente y absolutamente idiota.

Porque llevo demasiados años enamorada de este hombre y sigo viniendo aquí como si no me estuviera matando por dentro cada vez que me mira y no ve lo que yo quiero que vea.

—Vamos a poner otra —digo.

—No.

—Matt.

—Tú has elegido la película. Ahora te aguantas hasta el final.

—Eso es cruel.

—Son las reglas.

—Tus reglas son una mierda.

Matt se ríe y el sonido es bajo y cálido y hace que se me ponga la piel de gallina.

—Dame el mando —digo, extendiendo la mano.

—No.

—Matt.

—Maya.

—Dame. El. Mando.

—Ven a por él.

Me quedo mirándolo un momento. Hay algo en su cara. Algo en la forma en que me está mirando, con esa sonrisa pequeña en la comisura de los labios, que hace que el corazón se me acelere.

Dejo el cuenco de palomitas en la mesita y me muevo por el sofá hacia él.

—No te atreverás —dice Matt, levantando el mando por encima de su cabeza.

—Pues claro que me atrevo.

Me lanzo sobre él antes de que pueda reaccionar. Matt se ríe y me bloquea con el otro brazo, pero yo soy más rápida y consigo rodearle el torso con las piernas mientras intento alcanzar el mando que sigue sosteniendo en alto.

—No vas a llegar —dice, y puedo sentir la risa vibrando en su pecho.

—Subestimas mi determinación.

Me estiro más, con una mano apoyada en su hombro para mantener el equilibrio, y durante un segundo mis dedos rozan el mando.

Luego Matt mueve la mano y pierdo el equilibrio y caigo sobre él con todo mi peso.

Y de repente estamos muy cerca.

Demasiado.

Mi cara está a centímetros de la suya. Mi pecho contra el suyo. Sus manos, que me han cogido por la cintura para estabilizarme y

que ahora están ahí quietas, cálidas y firmes, me queman a través de la camiseta.

El mundo se detiene.

Matt me mira y yo lo miro a él y hay algo en sus ojos. Algo oscuro y caliente y completamente nuevo que hace que se me olvide respirar.

—Maya —dice, y su voz suena diferente. Más baja. Más áspera.

Me inclino hacia delante sin pensar. Sin poder detenerme. Mi mirada baja a su boca y vuelve a sus ojos y está tan cerca que puedo sentir su aliento en mi cara.

Y entonces Matt me aparta.

Me coge por los hombros, me separa de él con firmeza, y se levanta del sofá de golpe.

—Tienes que irte —dice, dándome la espalda.

Me quedo ahí sentada, con el corazón latiéndome tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo.

—¿Qué?

—Es tarde. Deberías irte a casa.

—Matt…

—Maya, por favor.

Hay algo en su voz. Algo roto y tenso que no he escuchado nunca.

—¿Qué acaba de pasar?

—Nada —dice, y sigue sin mirarme—. No ha pasado nada.

Las palabras me golpean como una bofetada.

Nada.

No ha pasado nada.

Me levanto del sofá con las piernas temblando.

—Vale.

—Maya.

—No. Tienes razón. Es tarde. Me voy.

Cojo mi bolso de la silla donde lo he dejado y me dirijo a la puerta. Matt no dice nada. No se gira. No me detiene.

Y eso es peor que cualquier cosa que pudiera decir.

Salgo de la casa y el aire frío de la noche me golpea en la cara, pero no me ayuda a relajarme. Nada ayuda. Porque acabo de hacer

el ridículo más grande de mi vida delante del único hombre que me importa.

Subo al coche y arranco y no miro atrás.

No puedo mirar atrás.

Llego al rancho de los tíos y aparco en el camino de entrada. Las luces están apagadas. Todo el mundo está durmiendo. Me quedo ahí sentada en el coche, con las manos en el volante y las lágrimas cayéndome por la cara sin permiso.

Me he lanzado sobre él.

Literalmente me he lanzado sobre Matt e iba a besarlo y él me ha apartado.

No me ha dejado acercarme siquiera.

Me presiono las manos contra los ojos hasta que me duele.

Soy idiota. Una idiota completa. ¿Qué pensaba que iba a pasar? ¿Que de repente se daría cuenta de que llevo años esperándolo? ¿Que me miraría y vería algo más que a la hermana pequeña de su mejor amigo?

«No ha pasado nada», ha dicho.

Como si esos segundos en los que he estado sobre él, con su cara a centímetros de la mía y sus manos en mi cintura, no significaran absolutamente nada.

Y quizá para él no significan nada.

Quizá nunca han significado nada.

La verdad me cae encima como un cubo de agua helada.

Matt nunca me va a ver como a una mujer.

Nunca.

No importa cuánto tiempo espere. No importa cuánto lo quiera. No importa que para mí sea el centro de mi universo desde que era una niña.

Para él solo soy Maya. La hermana pequeña de Aiden. La niña que corría detrás de él con botas demasiado grandes.

Nada más.

Y si me quedo aquí, si sigo viviendo en este pueblo y viéndolo todos los días, voy a terminar destrozándome por completo.

La decisión se forma en mi cabeza con una claridad que me asusta.

Me voy.

A Nueva York. A vivir mi vida lejos de aquí. Lejos de Montana. Lejos de Matt.

Es la única forma de sobrevivir a esto.

La única forma de no convertirme en alguien que espera algo que nunca va a llegar.

Salgo del coche y entro en casa sin hacer ruido. Subo las escaleras hasta mi habitación y me tumbo en la cama sin quitarme la ropa.

Y ahí, en la oscuridad, tomo la decisión más difícil de mi vida.

Me voy a ir.

Y esta vez no voy a regresar.

Porque si vuelvo, si lo veo otra vez, si tengo que fingir que no me está rompiendo el corazón cada vez que me trata como a una amiga, no voy a poder soportarlo.

Matt puede quedarse con su rancho y sus caballos y su vida perfecta en medio de Montana.

Yo voy a construirme algo propio.

Algo que no tenga nada que ver con él.

Aunque me cueste el resto de mi vida conseguir olvidarlo.

CAPÍTULO 9

MAYA

El velatorio es en el rancho de Matt.

Aiden aparca en el camino de entrada y me quedo mirando la casa a través de la ventanilla. Hay coches por todas partes. Gente en el porche. El mismo porche donde me senté mil veces con un vaso de limonada mientras Ruth me contaba historias de cuando su marido le pidió matrimonio bajo ese mismo roble que sigue ahí, enorme y viejo, dando sombra a la entrada.

—¿Lista? —pregunta Aiden.

—Sí.

No lo estoy. No estoy ni remotamente lista. Pero me bajo del coche de todas formas porque no tengo otra opción.

El aire huele diferente aquí. Más limpio. Más real. Como si Nueva York fuera una versión diluida de lo que el mundo debería oler y Montana fuera la verdad bajo todo lo demás.

Subo los escalones del porche detrás de mi hermano. Reconozco todas las caras. La señora Patterson del supermercado. Los Henderson de la granja de al lado. El doctor Morrison, que me curó aquella intoxicación alimentaria en el campamento de verano cuando tenía quince años.

Todos me saludan. Todos me dicen cosas amables. Todos me preguntan por Nueva York con esa curiosidad educada que significa que no entienden por qué alguien se iría de Montana voluntariamente.

Y yo sonrío y asiento y digo las cosas que se supone que tengo que decir mientras el corazón me late cada vez más rápido porque sé que en cualquier momento voy a verlo.

Entramos en el salón y hay más gente. Más caras conocidas. Más condolencias. Más abrazos que huelen a perfume anticuado y a ese jabón de lavanda que todo el mundo usa aquí.

Y entonces lo veo.

Está al fondo, cerca de la ventana que da al establo, hablando con el padre Jenkins de la iglesia, y cuando levanta la vista y me ve, todo se detiene.

No metafóricamente.

Literalmente.

El mundo entero se congela en ese segundo exacto en el que sus ojos se encuentran con los míos y el aire desaparece de mis pulmones de golpe, como si alguien me hubiera dado un puñetazo en el estómago.

Pensaba que estaría preparada.

Pensaba que todos estos años de distancia serían suficientes. Que la distancia habría hecho que esto fuera más fácil. Que podría verlo y sentir algo normal. Algo manejable. Algo que no fuera esta necesidad primitiva y aterradora de cruzar el salón corriendo y no soltarlo nunca.

Pero no estoy preparada.

No lo estoy ni un poco.

Porque Matt no es el mismo hombre que dejé hace años.

Es más grande. Más ancho de hombros de una forma que hace que la camisa negra se le tense sobre los pectorales de una forma indecente. Tiene una barba de varios días que le marca la mandíbula y que nunca le había visto antes y que hace que parezca mayor, más duro, absolutamente devastador.

Tiene el pelo más largo, despeinado como si se hubiera levantado esta mañana y no se hubiera molestado en peinárselo. Hay unas ojeras profundas bajo esos ojos azules clarísimos que me están mirando ahora mismo con una intensidad que me atraviesa entera.

Y yo no puedo respirar.

Literalmente no puedo hacer que el aire entre en mis pulmones.

Porque acabo de darme cuenta de algo.

De algo enorme y aterrador y absolutamente cierto.

No he superado lo que siento por él.

Ni un poco.

Sigo estando tan perdida, tan completa y absolutamente enamorada de Matt como lo estaba cuando casi lo besé en esta misma casa.

Más, incluso.

Porque ahora sé lo que es vivir sin él. Sé lo que es despertarse cada mañana en una ciudad que no huele bien y trabajar sesenta horas a la semana para no pensar en lo mucho que echo de menos esto. En lo mucho que le echo de menos a él.

Y todo ese trabajo, todos estos años intentando construirme una vida que no tuviera nada que ver con Montana, se acaban de venir abajo en el segundo exacto en el que nuestros ojos se han encontrado.

Matt se disculpa con el padre Jenkins. Dice algo que no oigo. Cruza el salón hacia mí.

No camina rápido. No corre. Pero cada paso que da hace que el corazón se me acelere más. Cada metro que se acerca hace que sea más difícil fingir que estoy bien. Que puedo hacer esto. Que puedo estar en la misma habitación que él sin que se me caiga la máscara que llevo tantos años construyendo.

La gente se aparta a su paso. No sé si lo hacen conscientemente o si es que Matt tiene esa presencia que hace que el espacio se abra para él automáticamente.

Y cuando llega hasta mí, cuando está lo suficientemente cerca como para que pueda ver esa pequeña cicatriz que tiene en la ceja derecha de cuando se cayó del caballo a los doce años, cuando puedo oler ese aroma a cuero y a aire limpio y a algo que es solo él, me envuelve en un abrazo tan fuerte que me levanta del suelo.

MATT

Maya está en mis brazos.

No es un pensamiento. Es un hecho. Una certeza absoluta que me golpea con tanta fuerza que tengo que cerrar los ojos y aferrarme a ella como si fuera lo único real en el mundo.

Porque quizá lo es.

Sus pies no tocan el suelo. La he levantado sin pensar, sin pedir permiso, y ahora la tengo presionada contra mi pecho con los brazos rodeándola completamente y la cara hundida en su pelo.

Y estoy llorando.

Las lágrimas me caen por la cara sin permiso—calientes y silenciosas—empapándole el pelo mientras la sostengo como si fuera lo único que me mantiene de pie.

Y quizá lo es.

Porque Ruth ha muerto y estoy completamente solo. Maya está aquí y huele exactamente como la recordaba—a gardenia y a algo dulce debajo—y no me importa que haya gente mirando o que Aiden esté a tres metros o que esto probablemente sea la peor idea que he tenido nunca.

Lo único que me importa es que ella está aquí.

Que ha venido.

Que después de tantos años sin verla, sin hablar con ella más allá de mensajes cortos en Navidad, ha cogido el primer avión porque Ruth ha muerto y está aquí, en Montana, en mi rancho, en mis brazos.

—Has venido —digo contra su pelo, y la voz me sale rota. Completamente destrozada.

—Claro que he venido —responde, y sus manos se cierran en mi espalda, aferrándose a mi camisa.

Algo se me rompe definitivamente en el pecho.

Debería soltarla. Debería apartarme. Debería recordar que es la hermana de mi mejor amigo y que lleva años construyéndose una vida en Nueva York que no tiene nada que ver conmigo y que no tengo ningún derecho a necesitarla así.

Pero no puedo.

No puedo soltarla.

No todavía.

Así que me permito un momento más. Solo uno. Con ella en mis brazos y su peso contra mi pecho y su aliento cálido contra mi cuello.

Y luego, porque tengo que hacerlo, porque la gente está mirando y Aiden me va a matar si no la suelto ya, la bajo despacio hasta que

sus pies tocan el suelo otra vez.

Pero no la suelto del todo. Mantengo las manos en su cintura un segundo más de lo necesario, mirándola a esos ojos verde avellana que me han perseguido durante toda la vida.

Tiene pecas nuevas. O quizá siempre las ha tenido y yo nunca me había fijado porque nunca me he atrevido a estar tan cerca de ella. Cruzan el puente de su nariz y bajan por sus mejillas. Tengo que obligarme a no contarlas.

—Perdón —digo, limpiándome la cara con el dorso de la mano y soltándola por fin—. No debería…

—No te disculpes —me interrumpe.

Pero debería. Porque no tengo ningún derecho a abrazarla así. A necesitarla así. A sentir este alivio tan enorme de verla que casi me duele físicamente.

—¿Salimos fuera? —pregunto, porque necesito aire. Necesito espacio. Necesito no estar rodeado de gente mientras intento procesar que Maya está aquí y que es real y que no ha cambiado nada excepto que ahora es aún más imposible ignorar lo que siento.

—Claro.

Le pongo una mano en la espalda baja—solo para guiarla, me digo, solo porque hay mucha gente. No porque disfrute de hacerlo—y la llevo hacia la puerta trasera.

Su espalda es cálida bajo mi palma. Puedo sentir cada respiración que toma. Cada paso que da.

La puerta se cierra detrás de nosotros y el ruido del velatorio se amortigua de golpe. Aquí fuera solo está el viento y el sonido lejano de los caballos en el establo y el sol poniéndose sobre las montañas.

Maya se sienta en una de las sillas de madera que Ruth puso aquí hace años. Yo me dejo caer en la otra, con las piernas extendidas y los brazos colgando a los lados, más agotado de lo que he estado en mi vida.

—Los últimos meses fueron muy duros —digo, porque alguien tiene que romper el silencio y aparentemente voy a ser yo—. El Alzheimer avanzó más rápido de lo que los médicos esperaban.

—Lo siento tanto, Matt.

—Hubo días en los que me miraba y no tenía ni idea de quién era. Me llamaba por el nombre de mi abuelo. O pensaba que tenía que preparar la cena porque los chicos iban a llegar del colegio.

Me paso una mano por la cara. Las palabras me salen más fácil de lo que esperaba. Como si llevara días necesitando decirlas y Maya fuera la única persona a la que podía contárselas.

—Pero había momentos —continúo—. Destellos. En los que volvía a ser ella de verdad. Lúcida. Consciente. Y esos eran peores de alguna forma. Porque sabía que se iba. Que la estaba perdiendo poco a poco y no podía hacer nada para detenerlo.

—¿Qué decía? —pregunta Maya en voz baja—. En esos momentos.

Me giro a mirarla. Tiene lágrimas cayéndole por las mejillas, pero no hace ningún esfuerzo por limpiárselas.

—La última vez que estuvo lúcida me hizo prometerle algo.

—¿Qué?

—Que cuidaría de ti. Que me aseguraría de que estabas bien en Nueva York. Que no dejaría que te perdieras.

Maya parpadea y más lágrimas le caen por la cara.

—Eso suena exactamente a ella.

—Sí.

Nos quedamos en silencio un momento. El tipo de silencio que solo existe entre personas que se conocen desde hace tanto tiempo que no necesitan llenar cada segundo con palabras.

—¿Te acuerdas de cuando intentó enseñarnos a bailar? —pregunto de repente.

Maya se ríe a pesar de las lágrimas.

—Yo tenía trece años. Tú veintiuno. Y los dos éramos malísimos.

—Tú eras peor.

—Mentira. Tú me pisaste el pie cuatro veces.

—Tres.

—Cuatro. Lo recuerdo perfectamente porque a Ruth le dio un ataque de risa.

Sonrío a pesar de todo.

—Decía que dos personas que habían crecido en un rancho deberían saber bailar como es debido.

—Y nos obligó a practicar hasta que conseguimos dar una vuelta entera sin tropezarnos.

—Lo cual nos llevó horas.

El recuerdo se queda flotando entre nosotros, cálido y doloroso al mismo tiempo.

—Era una mujer increíble —dice Maya.

—Lo era.

—Y te quería muchísimo.

—Lo sé.

Más silencio. Pero este es diferente. Más pesado. Como si hubiera cosas sin decir acumulándose entre nosotros.

—Te he echado de menos —digo de repente, sin mirarla.

No debería haber dicho eso. No debería admitir nada que pueda hacer esto más complicado de lo que ya es.

Pero es verdad. Y estoy cansado de fingir que no lo es.

—Yo también —responde Maya después de un momento, tan bajo que casi no la oigo.

Me giro a mirarla y hay algo en su cara. Algo que no sé identificar pero que hace que el corazón se me acelere.

—Nueva York te sienta bien —digo, porque necesito decir algo normal. Algo seguro.

—Gracias.

—¿Eres feliz?

La pregunta se me escapa antes de poder filtrarla y Maya se queda muy quieta.

—Estoy… ocupada. El trabajo es exigente pero me gusta. Tengo amigas. Tengo una vida.

No ha contestado a mi pregunta y los dos lo sabemos.

—Me alegro —miento—. Te mereces ser feliz.

—Tú también.

—Ya.

Pero no lo soy. No lo he sido en años. No desde que Maya se fue y el rancho se volvió demasiado silencioso y las noches demasiado largas.

El sol termina de ponerse y las primeras estrellas empiezan a aparecer. Las mismas estrellas que vimos juntos hace años desde la

plataforma de mi camioneta.

—Debería volver adentro —digo, aunque es lo último que quiero hacer—. Hay gente que…

—Claro. Sí. Ve.

Me levanto, pero no me muevo. Me quedo ahí de pie, mirándola, intentando memorizar este momento porque no sé cuándo voy a volver a tenerla así. Sentada en mi porche. Bajo las estrellas de Montana.

—Me alegro de que hayas venido, Maya.

—Yo también.

Entro antes de poder hacer algo estúpido como quedarme ahí toda la noche.

Y mientras cruzo el salón y la gente me para para darme el pésame, lo único en lo que puedo pensar es en Maya sentada sola en mi porche.

Y en que sigo tan jodidamente enamorado de ella como lo estaba antes de que se fuese.

Y en que eso no va a cambiar nunca.

CAPÍTULO 10

MAYA

El cementerio está en lo alto de una colina desde la que se ve todo el valle.

Ruth eligió este sitio hace años. Me lo contó una tarde mientras plantábamos tulipanes en su jardín. Dijo que quería un lugar desde donde pudiera ver las montañas. Que cuando llegara el momento, quería estar donde el viento soplara libre y el cielo fuera lo suficientemente grande como para no sentirse atrapada.

Ahora estoy aquí, con un vestido negro que me he comprado esta mañana en la única tienda del pueblo que vende ropa de verdad, viendo cómo bajan el ataúd a la tierra mientras el padre Jenkins dice palabras que se las lleva el viento antes de que pueda procesarlas.

Matt está a mi lado.

No sé cuándo se ha acercado. No sé en qué momento ha dejado de estar al otro lado del grupo de gente para aparecer junto a mí. Solo sé que de repente su mano está buscando la mía y cuando nuestros dedos se entrelazan, algo se me afloja en el pecho que llevaba días apretado.

Su mano es enorme. Cálida. Firme. Me envuelve los dedos completamente y aprieta con una fuerza que no es delicada pero que tampoco me hace daño. Es la mano de alguien que necesita anclarse. Que necesita algo sólido a lo que aferrarse mientras el mundo se desmorona a su alrededor.

Y yo se la devuelvo. Aprieto sus dedos con los míos y no lo suelto.

No voy a soltarlo.

El padre Jenkins termina. La gente empieza a acercarse al ataúd. A dejar flores. A decir adiós.

Matt no se mueve.

Me quedo con él, con nuestras manos entrelazadas entre los dos, viendo cómo uno a uno todos se despiden de Ruth mientras el viento sopla y el sol calienta y Montana se extiende debajo de nosotros en todas direcciones.

—No quiero alejarme —dice Matt de repente, tan bajo que casi no lo oigo.

—No tienes que hacerlo todavía.

—Si me alejo voy a tener que verlo. Ver cómo la entierran. Ver cómo la tapan con tierra y…

Se le quiebra la voz y tiene que parar.

—Entonces nos quedamos —digo—. El tiempo que necesites.

Matt me mira por primera vez desde que ha llegado al cementerio. Tiene los ojos rojos. Secos, pero rojos. Como si hubiera llorado tanto que ya no le quedaran lágrimas.

—Gracias.

—No tienes que dármelas.

—Sí tengo.

No digo nada más. Solo me quedo ahí, con mi mano en la suya, esperando a que esté listo.

La gente empieza a irse. Primero los vecinos. Luego los amigos. Aiden se acerca y me mira con esa expresión que significa *¿estás bien?* y yo asiento porque no confío en mi voz para salir entera.

Mi hermano le pone una mano en el hombro a Matt.

—Te veo en el rancho.

Matt asiente sin hablar.

Y entonces solo quedamos nosotros dos. Y los enterradores, esperando a una distancia respetuosa a que nos vayamos para poder terminar su trabajo.

—Vale —dice Matt por fin—. Podemos irnos.

Caminamos hasta su camioneta en silencio. Todavía no me suelta la mano. Ni cuando llegamos. Ni cuando me abre la puerta. Ni cuando me ayuda a subir.

Solo cuando tiene que rodear el vehículo para subirse por el otro lado me deja ir.

Y cuando arranca y salimos del cementerio por el camino de tierra, vuelve a coger mi mano. La pone sobre la palanca de

cambios, con la suya encima, como si necesitara ese contacto para poder conducir.

No digo nada. Solo dejo que me sostenga la mano mientras vemos pasar Montana por las ventanillas.

MATT

Hay demasiada gente en mi casa.

No es una crítica. Es una observación. Un hecho. La cocina está llena de vecinas que han traído comida. El salón está lleno de gente que habla en voz baja y que me mira con esa expresión de pena que me está volviendo loco.

Y Maya está en el centro de todo, organizándolo.

No sé cuándo ha tomado el control. No sé en qué momento ha pasado de estar a mi lado a estar en la cocina dirigiendo a las señoras sobre dónde poner cada fuente. Solo sé que de repente está ahí, con el pelo recogido en una coleta y las mangas del vestido negro enrolladas hasta los codos, diciendo a todo el mundo exactamente qué hacer.

Y todos le hacen caso.

La señora Patterson le pregunta dónde quiere los sándwiches. Maya señala la mesa del comedor. Ellen Cooper—su tía Ellen—le pregunta si necesita ayuda con el café. Maya le dice que sí, que sería estupendo, y las dos desaparecen en la cocina juntas como si llevaran años haciendo esto.

Y yo me quedo ahí de pie, con un vaso de whisky en la mano que no recuerdo haberme servido, viendo cómo Maya se mueve por mi casa como si fuera suya.

Como si siempre hubiera sido suya.

Como si esto—ella aquí, organizando, cuidando de todo el mundo, llenando los espacios vacíos que Ruth ha dejado—fuera lo más natural del mundo.

Y algo se me instala en el pecho. Algo cálido y doloroso al mismo tiempo.

Porque esto es exactamente lo que quiero.

No este momento. No el funeral. No la tristeza.

Sino esto.

Maya en mi casa. Maya en mi cocina. Maya riéndose de algo que acaba de decir su tío Robert mientras sirve café en tazas que sabe exactamente dónde están porque las ha usado mil veces.

Maya como parte de mi vida.

Maya como mi mujer.

El pensamiento me golpea con tanta fuerza que tengo que apoyarme en la pared.

Mi mujer.

Maya como mi mujer.

Despertándome cada mañana con ella a mi lado. Volviendo del establo y encontrándola en el porche con un libro. Cenando juntos en esta mesa que ahora mismo está llena de gente pero que en mi cabeza solo nos tiene a nosotros dos.

Maya en mi cama por la noche. Maya entre mis brazos. Maya susurrando mi nombre en la oscuridad de una forma que nunca he escuchado pero que sé exactamente cómo sonaría.

Joder.

Me bebo el whisky de un trago y me sirvo otro.

Esto es una mala idea. Una malísima idea. No debería estar pensando esto. No hoy. No cuando acabo de enterrar a Ruth. No cuando Maya está aquí siendo amable y ayudándome y siendo exactamente lo que necesito sin que tenga que pedírselo.

Pero no puedo parar.

Porque en el cementerio ha sido lo único que ha conseguido que no me derrumbase. Porque ha venido desde Nueva York sin pensárselo dos veces. Porque está aquí, en mi casa, cuidando de mí.

Y porque llevo años negándome a mí mismo lo que siento.

Diciéndome que se me pasará. Que es solo que la echo de menos. Que si la viera otra vez me daría cuenta de que la he idealizado en mi cabeza y que la realidad no es tan intensa.

Pero la realidad es peor.

La realidad es que Maya está en mi cocina con ese vestido negro que se le ciñe en todos los sitios correctos y con el pelo cayéndole por la espalda y con esa sonrisa que reserva para cuando alguien le cae bien, y yo estoy aquí completamente enamorado de ella.

Me sirvo otro whisky.

La gente empieza a irse. Primero los vecinos. Luego los amigos de Ruth. Luego el tío y la tía de Aiden y Maya, que me abrazan y me dicen que les llame si necesito cualquier cosa.

Pero Aiden se queda. Y Maya también.

Los tres terminamos en el porche de atrás mientras el sol se pone y las sombras se alargan sobre el valle. Aiden está apoyado en la barandilla con una cerveza en la mano. Maya está sentada en una de las sillas de madera. Y yo estoy en los escalones con otro vaso de whisky que no recuerdo haberme servido pero que se ha convertido en el cuarto. O el quinto. He perdido la cuenta.

—Deberías comer algo —dice Maya.

—No tengo hambre.

—Matt…

—Estoy bien.

Pero no estoy bien. No estoy ni remotamente bien. Y el whisky está empezando a hacer su trabajo, difuminando los bordes de todo, haciendo que el mundo sea un poco menos afilado.

Me sirvo otro.

Aiden me mira, pero no dice nada. Maya tampoco. Los dos me dejan beber en silencio mientras la noche cae sobre Montana y las estrellas empiezan a aparecer una a una.

Y yo sigo ahí sentado, con el vaso en la mano y la botella al lado, pensando en Ruth y en Maya y en lo jodidamente solo que voy a estar cuando ella se vaya.

Me sirvo otro whisky.

Y otro.

Y cuando levanto la vista, Maya me está mirando con esos ojos verde avellana llenos de preocupación, y lo único que puedo pensar es en lo mucho que la quiero.

Y en lo absolutamente jodido que estoy.

CAPÍTULO 11

MAYA

Cuando todos se marchan nos quedamos los tres solos en el porche.

—¿Necesitas algo, Matt? —le pregunto porque empieza a preocuparme lo callado que está.

—Estoy bien.

Pero no está bien. Y el whisky está empezando a afectarle, haciendo que sus movimientos sean más lentos, sus palabras más arrastradas.

Se sirve otro.

Miro a Aiden, pero mi hermano se encoge de hombros como diciéndome *déjalo, hoy tiene derecho*.

Y tiene razón. Hoy Matt tiene derecho a emborracharse todo lo que le dé la gana.

Nos quedamos en silencio mientras la noche cae sobre Montana y las estrellas empiezan a aparecer una a una. El tipo de silencio que debería ser cómodo pero que no lo es porque Matt sigue bebiendo y yo sigo contando vasos y Aiden sigue mirándolo con esa expresión de preocupación que no se le quita de la cara.

—Sabéis qué es lo gracioso —dice Matt de repente, con la voz más espesa de lo normal—. Que ahora los tres somos huérfanos.

Se me para el corazón.

—Matt...

—Es verdad —me interrumpe, girándose a mirarnos con esos ojos azules que ya no están del todo enfocados—. Primero perdimos a nuestros padres y yo ahora he perdido a mi abuela también.

—Tenemos a nuestros tíos —dice Aiden con voz tensa.

—Pero yo ya no tengo a nadie —Matt se pasa una mano por la cara—. Ruth era… era todo lo que me quedaba de familia. Y ahora

está muerta y yo estoy aquí sentado emborrachándome como un imbécil mientras vosotros dos me miráis con pena.

—No te miramos con pena —replico—. Te miramos con preocupación. Que es diferente.

Matt resopla y bebe otro trago.

El silencio vuelve a caer entre los tres. Pesado. Incómodo.

Aiden mira su reloj y suspira.

—Tengo turno a las seis de la mañana. Debería irme.

—Vete —dice Matt sin mirarlo—. Estoy bien.

—No estás bien. Estás borracho.

—Exacto. Estoy borracho. Pero estoy en mi casa. En mi porche. No voy a conducir a ningún sitio. Así que vete tranquilo.

Aiden me mira y luego vuelve a mirar a Matt.

—Te voy a ayudar a subir a la cama antes de irme.

—No.

—Matt.

—He dicho que no —repite con más firmeza—. No me quiero ir a la cama todavía. Me quiero quedar aquí. Bebiendo. Pensando en Ruth.

La crudeza de las palabras me golpea en el pecho.

Aiden abre la boca para replicar, pero yo me adelanto.

—Yo me encargo.

Mi hermano se gira a mirarme.

—Maya…

—En serio. Vete. Tienes que madrugar. Yo me quedo con él. Me aseguro de que suba cuando esté listo.

—No sé si es una buena idea. Este tío es enorme. Y muy cabezón.

—Aiden —le interrumpo con más firmeza—. Puedo hacerlo. Vete a casa. Descansa. Matt va a estar bien.

Mi hermano duda. Puedo verlo en sus ojos. La lucha interna entre irse y quedarse. Entre confiar en mí y proteger a su mejor amigo.

—Si necesitas ayuda me llamas —dice por fin—. A la hora que sea. Me llamas y vengo.

—Lo haré.

—Lo digo en serio, Maya.

—Lo sé.

Aiden se acerca a Matt y le pone una mano en el hombro.

—Cuídate, tío.

Matt asiente sin decir nada, con la mirada perdida en algún punto del horizonte.

Mi hermano me mira una última vez antes de irse.

Luego se va.

Y de repente estamos solos.

Matt y yo. El silencio. Las estrellas. Y esa botella de whisky que está casi vacía.

Me siento otra vez en la silla y lo miro. Sigue en los escalones con la espalda apoyada en el poste del porche y el vaso en la mano. Parece más pequeño de lo que es. Más perdido.

Completamente roto.

—¿Quieres hablar de algo? —pregunto al cabo de un rato.

—No.

—¿Quieres que me calle y te deje en paz?

—Tampoco.

—Entonces dime qué quieres.

Matt levanta la vista hacia mí y hay algo en sus ojos. Algo oscuro y doloroso que me retuerce el estómago.

—Quiero que Ruth no esté muerta. Quiero que esto sea una pesadilla y poder despertarme. Quiero... —Se calla y sacude la cabeza—. Da igual. No importa lo que quiera. Nada de eso va a pasar.

Se bebe el resto del whisky de un trago e intenta servirse más, pero la botella está vacía.

—Joder.

Deja el vaso en el suelo y se pasa las manos por la cara.

—Creo que es hora de que subas —digo con suavidad.

—No quiero.

—Lo sé. Pero necesitas dormir.

—No quiero dormir solo en esta casa enorme.

La voz se le quiebra en la última palabra y tengo que parpadear varias veces para que no se me empañen los ojos.

—Matt…

—Pero tienes razón —me interrumpe, intentando levantarse—. Debería… debería ir a la cama.

Se pone de pie, pero sus piernas no responden como deberían. Se tambalea y tengo que levantarme de golpe para cogerlo del brazo antes de que se caiga.

—Venga. Te ayudo.

—Puedo solo.

—Claro que puedes. Pero no vas a hacerlo. Así que déjame ayudarte.

Matt me mira un momento como si estuviera considerando discutir. Luego asiente despacio.

—Vale.

Lo guío hacia dentro. Por el salón que todavía huele a café y a comida. Hacia las escaleras.

Y ahí es cuando me doy cuenta de lo borracho que está de verdad.

Subir las escaleras es como intentar mover una montaña. Matt pesa una tonelada y aunque intenta colaborar, sus piernas no le responden bien. Tengo que sostenerlo del brazo con las dos manos y empujar con todo mi peso para que suba cada escalón.

Llegamos a mitad de camino y tiene que parar.

Se apoya en la pared y cierra los ojos.

—Perdón.

—No te disculpes.

—Soy un desastre.

—Estás de duelo. Y borracho. Pero no eres un desastre.

Matt abre los ojos y me mira con esos ojos azules que ya no enfocan del todo bien.

—Has venido.

—Claro que he venido.

—Desde Nueva York. Cogiste un avión. Lo dejaste todo.

—Matt…

—Gracias —dice, y antes de que pueda reaccionar me envuelve en un abrazo tan fuerte que me aprieta contra la pared.

El corazón se me acelera tanto que me duele. Estamos en medio de la escalera, con Matt abrazándome como si fuera lo único sólido

en su mundo, y yo no sé dónde poner las manos.

Se las pongo en la espalda. Le devuelvo el abrazo.

Porque no puedo no hacerlo.

Matt no dice nada. Solo me aprieta fuerte durante un momento largo antes de soltarme.

—Venga —digo, intentando que la voz no me tiemble—. Vamos arriba.

Llegamos al descansillo. Luego al pasillo. Su habitación está al final y cuando llegamos y abro la puerta, la cama parece estar a kilómetros de distancia.

—Siéntate —le digo, guiándolo hacia el borde del colchón.

Obedece. Se deja caer con todo su peso y el colchón se hunde debajo de él.

Me arrodillo delante y le cojo la pierna para quitarle la primera bota.

—No hace falta —dice.

—Claro que hace falta. No vas a dormir con las botas puestas.

Tiro de la bota, pero está bien puesta y Matt tiene los pies enormes. Tengo que tirar con fuerza y cuando por fin sale casi me caigo hacia atrás.

Voy a por la segunda.

Y entonces Matt me coge por la cintura y tira de mí hacia arriba.

Pierdo el equilibrio completamente. Caigo sobre él en la cama con un sonido de sorpresa que no consigo contener y de repente estoy medio tumbada sobre su pecho con las manos apoyadas en sus hombros.

—¿Qué haces? —consigo decir, aunque el corazón me late tan fuerte que apenas puedo oírme.

—No te vayas —dice, y su voz suena diferente. Más baja. Más desesperada—. Por favor. No te vayas todavía.

—Matt, tengo que quitarte las botas.

—Me dan igual las botas.

Me rodea con los brazos y me atrae más hacia él de forma torpe por la borrachera. Sus manos están en mi espalda, grandes y cálidas, presionándome contra su pecho.

—No quiero que te vayas nunca —repite, y una de sus manos sube hasta mi nuca.

El contacto me quema. Sus dedos se enredan en mi pelo. Su pulgar me roza detrás de la oreja.

No puedo respirar.

—Me moría de ganas de verte —dice, mirándome con esos ojos azules que no están del todo enfocados pero que siguen siendo devastadores—. Pienso tanto en ti, Maya. Todo el tiempo. Cada jodido día.

El mundo se detiene.

Las palabras me golpean con tanta fuerza que tengo que cerrar los ojos un momento porque si no lo hago voy a ponerme a llorar ahora mismo.

Esto es todo lo que he querido escuchar durante años.

Todo.

Que piensa en mí. Que le importo. Que no soy solo la hermana pequeña de su mejor amigo.

Pero no quiero que lo haga porque no sabe lo que dice.

No cuando está completamente borracho. No cuando está destrozado y confundido y aferrándose a mí porque soy lo único que tiene cerca.

—Estás borracho —consigo decir, y la voz me sale rota.

—Hueles tan bien. Te he echado tanto de menos.

Hunde la cara en mi pelo y respira hondo, como si estuviera intentando memorizarme, y algo se me parte definitivamente en el pecho.

—Matt —Intento apartarme, pero sus brazos me sostienen con firmeza—. Para. Por favor.

—¿Por qué?

—Porque estás confundido. Porque…

—No estoy confundido —me interrumpe, aunque sus palabras salen un poco arrastradas—. Sé exactamente lo que siento.

—No lo sabes. Estás borracho y triste y…

Se quita la segunda bota con el pie sin soltarme. Cae al suelo con un ruido sordo.

—Ya está. Botas fuera.

—Matt, tienes que soltarme…

—No quiero.

Su mano sigue en mi nuca, cálida y firme, manteniéndome cerca. Demasiado cerca. Tan cerca que puedo ver las motas doradas que tiene en los ojos. Tan cerca que puedo sentir su aliento contra mi cara.

—Hueles tan bien —murmura, y antes de que pueda reaccionar presiona la nariz contra mi cuello justo debajo de la oreja.

Me quedo completamente helada.

El corazón se me dispara de una forma que debe ser peligrosa. Las manos me tiemblan donde las tengo apoyadas en sus hombros. El aire se me atasca en algún lugar entre los pulmones y la garganta.

Matt tiene la cara presionada contra mi cuello.

Matt está respirando contra mi piel.

Matt acaba de decir que huelo bien y que piensa en mí todo el tiempo.

Y yo no sé qué hacer con ninguna de esas cosas.

—Tan jodidamente bien —repite, y su voz suena más baja, más ronca, vibrando contra mi piel de una forma que me hace temblar entera.

Y yo me quedo ahí.

Paralizada.

Sintiendo.

Porque esto es todo lo que he querido durante años y no sé cómo resistirme a ello.

CAPÍTULO 12

MAYA

Debería irme.

Lo sé. Sé que debería apartarme, levantarme de esta cama, salir de esta habitación antes de que esto vaya más allá.

Pero Matt tiene la cara presionada contra mi cuello y está respirando contra mi piel de una forma que me hace temblar entera y sus manos están en mi espalda, grandes y cálidas, manteniéndome contra él.

Y yo no puedo moverme.

—No te vayas —murmura otra vez, y sus labios rozan mi piel cuando habla.

El corazón me late tan fuerte que estoy segura de que puede sentirlo.

—Matt.

—Hueles tan bien —repite, y esta vez sus labios se presionan contra mi cuello. No es exactamente un beso. Es más como una caricia. Como si estuviera probándome—. Tan jodidamente bien.

Se me escapa un sonido que no reconozco. Algo entre un suspiro y un gemido que hace que Matt se tense debajo de mí.

—Me vuelves loco —dice contra mi piel, y esta vez sí es un beso. Lento. Deliberado. En el punto justo debajo de mi oreja que hace que se me doblen las rodillas—. Llevas años volviéndome loco.

Sus manos suben por mi espalda, arrastrando la tela del vestido con ellas, y de repente puedo sentir sus dedos contra mi piel desnuda.

Debería detenerlo.

Debería recordarle que está borracho. Que esto es un error enorme. Que no es lo que quiere de verdad.

Pero sus labios siguen en mi cuello, subiendo despacio hacia mi mandíbula, y sus manos están en mi espalda, cálidas y firmes, y todo mi cuerpo está vibrando con algo que llevo años intentando ignorar.

—Maya —dice, y la forma en que pronuncia mi nombre hace que algo se me derrita por dentro.

Levanto la cabeza para mirarlo y sus ojos están clavados en los míos. No están del todo enfocados, pero hay algo primitivo en ellos. Algo oscuro y hambriento que hace que se me corte la respiración.

—Eres tan preciosa —murmura, llevando una mano a mi cara—. Tan jodidamente preciosa.

Su pulgar me roza el labio inferior y yo no puedo evitarlo. Abro la boca ligeramente y él se queda completamente quieto.

Durante un segundo entero no pasa nada.

Y luego Matt tira de mí hacia abajo y me besa.

El mundo desaparece.

No hay nada más que sus labios contra los míos, cálidos y firmes. Que saben a whisky y a algo que es solo él. Sus manos están en mi cara, sosteniéndome como si fuera algo precioso. Su lengua roza mi labio inferior, pidiendo permiso.

Y yo se lo doy.

Abro la boca y Matt gime contra mis labios, un sonido bajo y gutural que me atraviesa entera. Su lengua encuentra la mía y de repente el beso cambia. Se vuelve más profundo. Más desesperado. Como si llevara años esperando esto y ya no pudiera contenerse más.

Sus manos bajan por mi espalda otra vez y me atraen más contra él. Puedo sentir todo su cuerpo debajo del mío. El calor. La solidez. La dureza creciendo contra mi cadera que hace que se me dispare el pulso.

—Joder —murmura contra mi boca—. Maya…

Me besa otra vez. Y otra. Como si no pudiera parar. Como si yo fuera el aire que necesita para respirar.

Y yo le devuelvo cada beso con la misma intensidad. Con años de deseo contenido. Con todo lo que he querido decirle y nunca me he atrevido.

Las manos de Matt encuentran el borde de mi vestido de nuevo y empiezan a subirlo. Despacio al principio. Como si me estuviera dando tiempo para detenerlo.

No lo detengo.

Dejo que me suba el vestido por los muslos. Por las caderas. Por el estómago. Y cuando sus dedos rozan mi piel desnuda, ambos nos quedamos sin aliento.

—Eres perfecta —dice, intentando centrar su mirada en mi cuerpo, como si nunca hubiera visto nada más hermoso—. Una jodida diosa —balbucea.

Me quita el vestido por la cabeza y lo tira al suelo sin mirar dónde cae. Sus ojos recorren mi cuerpo con una intensidad que me quema. El sujetador negro. Las bragas a juego. Las pecas que me bajan por el pecho.

—Sabía que serías así —murmura, llevando una mano a mi cintura—. Lo sabía.

Sus dedos trazan líneas invisibles por mi piel. Subiendo por mi estómago. Rozando el borde del sujetador. Bajando otra vez.

Y yo estoy temblando. Literalmente temblando bajo su toque.

—Matt.

Debería decirle que pare. Que está borracho. Que no quiero aprovecharme de él. Pero no soy capaz.

No puedo decirle que pare cuando llevo años soñando con esto. Con él. Con sus manos en mi piel y su boca en la mía y su cuerpo junto al mío.

En lugar de eso, llevo mis manos a los botones de su camisa.

Los abro uno por uno, con dedos temblorosos, hasta que puedo deslizarla por sus hombros. Se la quita a trompicones y luego la tira al suelo junto a mi vestido y me quedo ahí, mirándolo.

Es incluso más perfecto de lo que imaginaba.

Ancho de hombros. Con músculos que no vienen de un gimnasio sino de años de trabajo duro. Con una línea de vello que baja por su estómago y desaparece bajo la cinturilla de los vaqueros.

Y esa cicatriz pequeña en el costado de cuando se cayó de una valla a los quince años.

Paso los dedos por ella y Matt se estremece.

—Maya... —Mi nombre sale como una advertencia. Como una súplica.

Me inclino y presiono los labios contra su pecho. Matt gime y sus manos se clavan en mis caderas con tanta fuerza que sé que mañana voy a tener marcas.

No me importa.

Quiero sus marcas en mi piel. Quiero algo tangible que pruebe que esto ha pasado de verdad.

Matt me da la vuelta en un movimiento torpe que me deja sin aliento. De repente estoy debajo de él, con su peso presionándome contra el colchón y sus ojos clavados en los míos.

Se inclina y me besa de nuevo. Más duro esta vez. Más desesperado. Como si todas las barreras que había entre nosotros acabaran de desmoronarse de golpe.

Sus manos están por todas partes. En mi pelo. En mi cuello. Bajando por mi pecho hasta encontrar el cierre del sujetador.

Lo abre con dificultad y lo tira al suelo. Luego se aparta un momento para mirarme.

—Joder —susurra—. Eres perfecta.

Se inclina y toma uno de mis pezones en su boca. El placer me atraviesa tan fuerte que tengo que morderme el labio para no gritar.

Matt trabaja con su lengua y sus dientes de una forma que me está volviendo loca. Cada succión hace que se me tense todo el cuerpo. Cada mordisco suave hace que gima su nombre.

Y cuando pasa al otro pecho, cuando sus dedos encuentran el que acaba de abandonar y lo pellizcan suavemente, tengo que aferrarme a sus hombros para no desmoronarme.

Algo oscuro cruza por sus ojos. Algo posesivo y primitivo que hace que se me dispare el pulso.

Sus manos bajan por mi estómago hasta encontrar el borde de mis bragas. Las engancha con los dedos y tira de ellas hacia abajo. Despacio. Demasiado despacio.

Levanto las caderas para ayudarlo y Matt gime al verme completamente desnuda debajo de él.

—Una diosa —repite—. Una jodida diosa.

Sus dedos me rozan entre las piernas y ambos nos quedamos sin aliento. Estoy empapada. Tan empapada que debería darme vergüenza, pero no puedo sentir nada más allá del placer cuando Matt desliza un dedo dentro de mí.

—Maya —gruñe con los ojos desenfocados.

Añade otro dedo y empieza a moverlos despacio. Dentro. Fuera. Frotando un punto que hace que vea estrellas.

No voy a durar nada. Llevo años imaginando esto y la realidad es mil veces mejor que cualquier fantasía.

—Matt... voy a...

—Déjate ir —dice, presionando el pulgar contra mi clítoris.

Y me corro.

El orgasmo me atraviesa con tanta fuerza que tengo que taparme la boca con la mano para no gritar. Todo mi cuerpo se tensa y luego se deshace bajo sus dedos mientras Matt me mira como si estuviera presenciando algo sagrado.

Cuando puedo volver a respirar, llevo mis manos a su cinturón. Lo abro con dedos temblorosos y bajo la cremallera de sus vaqueros.

Matt se aparta el tiempo suficiente para quitárselos junto con los bóxers. Y cuando lo veo completamente desnudo, el aire se me atasca en la garganta.

Es enorme.

En todos los sentidos.

Y por un segundo tengo miedo de que no quepa.

Pero entonces Matt se coloca entre mis piernas y me mira con esos ojos azules llenos de algo que no sé identificar. Que están entrecerrados por el alcohol.

Se posiciona en mi entrada y empuja despacio. Tan despacio que puedo sentir cada centímetro de él llenándome.

Es demasiado. Es perfecto. Es todo lo que he querido y más.

Cuando está completamente dentro, los dos nos quedamos quietos un momento. Respirando. Ajustándonos.

—Joder —dice Matt, con la voz tensa—. Eres perfecta. Tan estrecha. Tan…

Empuja y el resto de la frase se pierde en un gemido.

Empieza a moverse. Despacio al principio. Con embestidas largas y profundas que me hacen ver estrellas.

Pero pronto el ritmo se acelera. Se vuelve más duro. Más desesperado.

Me corro con su nombre en los labios mientras él sigue moviéndose dentro de mí, persiguiendo su propio orgasmo.

Lo siento cuando llega. La forma en que se tensa. El gemido bajo que escapa de su garganta. El calor llenándome por dentro.

Se derrumba sobre mí, con la cara hundida en mi cuello, respirando fuerte.

Y yo lo sostengo. Paso los dedos por su pelo. Por su espalda.

Sabiendo que esto probablemente ha sido un error enorme.

Pero incapaz de arrepentirme.

Porque acabo de acostarme con Matt.

Y ha sido perfecto.

CAPÍTULO 13

MAYA

Me despierto con el sol golpeándome en la cara y tardo un momento entero en recordar dónde estoy.

La habitación de Matt.

La cama de Matt.

Con Matt dormido a mi lado.

Y entonces me acuerdo de todo.

De sus manos en mi cuerpo. De su boca en mi cuello. De cómo me dijo que pensaba en mí todo el tiempo. De cómo me llamó diosa mientras se movía dentro de mí.

Oh, Dios.

Oh, Dios mío.

El pánico me golpea con tanta fuerza que tengo que taparme la boca con la mano para no hacer ningún ruido.

¿Qué he hecho?

¿Qué demonios he hecho?

Giro la cabeza despacio, con el corazón latiéndome tan fuerte que me duele, y ahí está.

Matt.

Dormido boca abajo, con un brazo por encima de la cabeza y el otro extendido hacia donde estaba yo hace un momento. El pelo revuelto. La espalda desnuda subiendo y bajando con cada respiración. Las sábanas enrolladas en la cintura dejando ver esa línea de músculos que recorrí con las manos anoche.

Está dormido.

Completamente dormido.

Y yo estoy desnuda en su cama.

En la cama del mejor amigo de mi hermano.

Del hombre del que llevo enamorada desde que era una niña.

Del hombre que va a despertarse en cualquier momento y me va a mirar y va a saber exactamente lo que hice.

Que me aproveché de él.

Que me dejé llevar cuando estaba vulnerable y destrozado y necesitaba consuelo.

Se me cierra la garganta de una forma que no tiene nada que ver con las náuseas y todo que ver con el terror que me está trepando por el pecho como algo vivo.

Tengo que salir de aquí.

Tengo que vestirme y bajar y prepararme para enfrentarme a esto antes de que él se despierte y me vea así. Desnuda. En su cama. Con su olor en mi piel y sus marcas en mis caderas.

Me levanto con tanto cuidado que apenas respiro. El colchón se mueve ligeramente bajo mi peso y me quedo helada, con los ojos clavados en Matt esperando a que se mueva.

No lo hace.

Sigue dormido, con la respiración lenta y profunda de alguien que está completamente inconsciente.

Busco mi ropa con manos que tiemblan tanto que casi no puedo controlarlas. El vestido está en el suelo, arrugado y hecho una bola. El sujetador cerca de la puerta. Las bragas debajo de la cama.

Me visto como puedo, con dedos torpes y un cerebro que no deja de gritar que me dé prisa, que salga de aquí antes de que Matt se despierte y me vea y se dé cuenta de lo que ha sucedido.

La cremallera del vestido se me atasca a mitad de espalda. Tiro de ella con demasiada fuerza y el sonido parece un trueno en el silencio de la habitación.

Matt se mueve.

Me quedo completamente quieta, con la cremallera a medio subir y el corazón a punto de salírseme del pecho.

Pero solo se da la vuelta, murmura algo ininteligible, y vuelve a quedarse dormido.

Termino de vestirme. Cojo los zapatos del suelo y salgo de la habitación descalza, cerrando la puerta detrás de mí con tanto cuidado que me tiemblan las manos.

Bajo las escaleras intentando no hacer ruido, aunque no sé muy bien por qué. Como si el simple hecho de ser silenciosa pudiera deshacer lo que pasó anoche.

Llego a la cocina y me paro en medio de la habitación sin saber qué hacer.

Debería irme.

Debería salir por esa puerta, ir hasta la casa de los tíos y no volver a poner un pie aquí nunca más.

Pero no puedo.

No puedo huir de esto. De él.

Tengo que enfrentarme a Matt cuando baje. Tengo que mirarlo a los ojos y… y qué. ¿Disculparme? ¿Decirle que no debería haber pasado? ¿Fingir que no ha significado nada?

Esta conversación se merece un café.

Aunque lo único que quiero es salir corriendo y no parar hasta llegar a Nueva York.

Busco el café en el armario donde Ruth siempre lo guardaba. El simple hecho de ver el bote me aprieta algo en el pecho porque Ruth lo compraba cada semana y ahora Ruth no está y Matt está solo y anoche yo me aproveché de que estaba borracho para acostarme con él.

No.

No puedo pensar en eso ahora.

Preparo la cafetera con manos que todavía tiemblan. Mido el café. Lleno el depósito de agua. Pulso el botón de encendido.

El sonido del agua hirviendo llena el silencio y me concentro en eso. En el borboteo. En el olor a café que empieza a invadir la cocina.

En cualquier cosa que no sea el hecho de que Matt va a bajar esas escaleras en cualquier momento.

Y va a mirarme.

Y va a saber.

Va a saber que me aproveché de él cuando estaba en su momento más vulnerable. Que lo toqué y lo besé y dejé que me tocara cuando no estaba en condiciones de tomar decisiones.

Y va a odiarme.

O peor.

Va a decirme que lo siente. Que fue un error. Que estaba borracho y destrozado por Ruth. Que no debería haber pasado. Que me quiere pero no así. Nunca así.

Y yo voy a tener que asentir y decir que lo entiendo y fingir que no se me está partiendo el corazón en mil pedazos mientras lo hago.

El café está listo. Me sirvo una taza con manos que no dejan de temblar y me la llevo a los labios aunque está demasiado caliente para beberla.

Me quemo la lengua pero apenas lo siento.

Porque lo oigo.

Pasos arriba. El sonido de una puerta abriéndose. El crujido de las escaleras bajo su peso.

Se me para el corazón.

Dejo la taza en la encimera porque no confío en mis manos para sostenerla sin que se me caiga.

Los pasos se acercan.

Más cerca.

Más.

Y entonces Matt aparece en la puerta de la cocina.

Está vestido. Lleva unos vaqueros y una camiseta gris que se está poniendo sobre el pecho desnudo mientras entra. Tiene el pelo revuelto de dormir y los ojos entrecerrados como si la luz le molestara.

Se detiene cuando me ve y parpadea un par de veces.

—Eh —dice, con la voz ronca—. Buenos días.

¿Buenos días?

Como si nada.

Como si anoche no hubiera pasado lo que pasó.

El corazón me late tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo desde donde está.

—Buenos días —consigo decir, aunque la voz me sale más aguda de lo normal.

Matt se acerca al armario y saca un vaso. Lo llena de agua del grifo y se lo bebe entero de un trago. Luego se pasa una mano por la cara y hace una mueca.

—Joder —murmura—. Me va a explotar la cabeza.

Sigue sin mirarme. Sigue actuando como si esto fuera normal.

¿Me está evitando? ¿Está tan avergonzado que no puede ni mirarme?

Se sirve otro vaso de agua y este se lo bebe más despacio.

—Gracias por venir tan pronto —dice, girándose por fin hacia mí —. Y por hacer café. Eres un ángel.

Las palabras me golpean como una bofetada.

Gracias por venir tan pronto.

Como si acabara de llegar.

Como si no hubiera pasado la noche aquí.

En su cama.

Debajo de él.

—No… no pasa nada —balbuceo, mirándolo sin entender.

Matt se acerca a la cafetera y se sirve una taza. Le echa azúcar. Remueve. Bebe un sorbo y cierra los ojos como si le doliera.

—No me merezco que me cuiden —dice, dejando la taza en la encimera—. Emborracharse en un funeral. Menuda mierda. Soy un cliché andante.

Se me olvida respirar.

Emborracharse en un funeral.

Como si eso fuera lo único que pasó anoche.

Como si…

No.

No puede ser.

—¿Matt? —Mi voz suena rara. Distante.

—¿Mmm? —Bebe otro sorbo de café sin mirarme.

—¿Qué… qué es lo último que recuerdas de anoche?

Matt se queda quieto con la taza a medio camino de los labios.

Luego frunce el ceño, como si estuviera intentando recordar.

—No sé. ¿El porche? Creo. Aiden se fue y tú… —Se calla y se frota la sien—. Joder. No me acuerdo bien. ¿Subí las escaleras solo?

El mundo se detiene.

No lo recuerda.

Matt no recuerda nada de anoche.

No recuerda haberme besado. No recuerda haberme desnudado. No recuerda haber estado dentro de mí mientras me decía que era perfecta.

No recuerda nada.

—No —consigo decir, aunque la voz me sale como un susurro—. Te… te ayudé a subir.

—Ya. Eso pensaba. —Se lleva una mano a la nuca—. ¿Dije algo raro? Cuando estoy borracho a veces digo tonterías.

Sí.

Me dijiste que pensabas en mí todo el tiempo. Me dijiste que te morías de ganas de verme. Me besaste como si llevaras años esperándolo.

Y luego hicimos el amor.

Y tú no lo recuerdas.

—No —miento, y la palabra me raspa la garganta al salir—. No dijiste nada raro.

—Bien. Eso está… bien. —Matt bebe otro sorbo de café y me mira por primera vez de verdad—. ¿Te quedaste mucho después de que me durmiera?

Después de que me durmiera.

No después de que hiciéramos el amor.

Después de que se durmiera.

—Un rato —digo, porque no puedo decir la verdad.

No puedo decirle que me he quedado toda la noche. Que me he despertado en su cama. Que tengo sus marcas en las caderas y su olor en la piel.

—Gracias. No tenías que hacerlo. —Sonríe y hay algo en esa sonrisa que me destroza—. Eres una buena amiga, Maya. La mejor.

Amiga.

La palabra me atraviesa como un cuchillo.

Y de repente lo entiendo.

Entiendo lo que acaba de pasar.

La noche más importante de mi vida para Matt no es más que un agujero negro en su memoria.

Me dijo que pensaba en mí y no lo recuerda.

Me tocó como si fuera algo precioso y no lo recuerda.

Estuvo dentro de mí y no lo recuerda.

No lo recuerda.

Y nunca lo recordará.

—¿Estás bien? —pregunta Matt, frunciendo el ceño—. Estás muy pálida.

—Sí —miento, aunque siento que me voy a desmayar—. Solo estoy un poco cansada.

—Ya. Claro. Siento haberte hecho quedarte hasta tarde. Aiden me ha escrito esta mañana que te ofreciste voluntaria. No tenías que hacerlo.

Aiden.

Mi hermano.

Que confía en Matt.

Que confía en mí.

Y que nunca puede saber lo que pasó anoche.

Nadie puede saberlo.

Porque para el resto del mundo, incluido Matt, no pasó nada.

—Quería hacerlo —susurro.

Y es verdad.

Quería hacerlo.

Quería estar con él de esa forma aunque fuera solo una vez.

Aunque él no lo recuerde.

Aunque para él nunca haya pasado.

Matt asiente y bebe más café. Hace otra mueca.

—Joder. La resaca es brutal.

—Deberías comer algo.

—Sí. Probablemente. ¿Te quedas a desayunar?

No.

No puedo.

No puedo quedarme aquí ni un minuto más mirándolo actuar como si anoche no hubiera cambiado todo.

Como si mi corazón no se estuviera rompiendo en pedazos delante de él.

—No puedo —digo, y la voz me tiembla—. Tengo que… tengo que volver con los tíos. Tía Ellen me está esperando.

Mentira.

Pero es más fácil que la verdad.

—Vale. Claro. —Matt deja la taza en la encimera—. ¿Cuándo vuelves a Nueva York?

—Mañana.

—Tan pronto.

—Tengo trabajo.

—Sí. Claro. Marcus te necesita.

Marcus.

Mi jefe.

Mi vida en Nueva York.

La vida que construí para olvidar a Matt y que acabo de destruir en una noche que él ni siquiera recuerda.

—Sí.

Matt se acerca y por un momento pienso que va a abrazarme y no sé si voy a poder soportarlo.

Pero solo me pone una mano en el hombro.

—Gracias por venir, Maya. De verdad. Ruth te quería mucho. —Se calla un momento y hay algo en su mirada que no sé identificar—. Y yo también te quiero. Como a una hermana. Como a mi familia.

Como a una hermana.

Como a su familia.

Las palabras se me clavan en el pecho y se quedan ahí, sangrando.

—Yo también —susurro.

Porque es verdad.

Lo quiero.

Lo he querido toda mi vida.

Y él nunca lo va a saber.

Matt sonríe, me aprieta el hombro una vez más, y se aparta.

Salgo de la cocina con las piernas temblando. Cruzo el salón. Abro la puerta de entrada.

Y cuando estoy fuera, con el aire frío de Montana golpeándome la cara, me permito llorar.

En silencio.

Con lágrimas que me caen por la cara y que no intento detener.

Porque anoche me acosté con el hombre del que llevo enamorada toda mi vida.

Y él no lo recuerda.

Y yo voy a tener que vivir con eso para siempre.

CAPÍTULO 14

MATT

Maya está en el asiento del copiloto mirando por la ventanilla.

No ha dicho nada desde que hemos salido del rancho hace veinte minutos.

Yo tampoco.

No sé qué decir. No sé cómo llenar este silencio que se ha instalado entre nosotros desde ayer por la mañana, cuando bajé a la cocina y la encontré haciendo café.

Me duele la cabeza todavía. No tanto como ayer, pero lo suficiente como para recordarme que emborracharme en el funeral de mi abuela es de las peores ideas que he tenido nunca.

Y lo peor no es el dolor.

Lo peor son las imágenes.

Fragmentos que aparecen sin avisar y que no tienen ningún sentido.

Maya.

Su piel.

El pelo extendido sobre algo oscuro.

Parpadeo y aprieto el volante con más fuerza.

Joder.

Para.

Me avergüenzo de mí mismo por tener estos pensamientos. Por ver a Maya así cuando lo único que ha hecho es cuidarme. Estar ahí. Dejar su vida en Nueva York para venir al funeral. Ayudarme a subir las escaleras cuando estaba demasiado borracho para hacerlo solo.

Y mi cerebro me paga con esto.

Cambio de marcha y el motor hace ese ruido que lleva haciendo desde hace un año y que sigo sin llevar al mecánico.

—¿Cuándo fue la última vez que le hiciste una revisión a este trasto? —pregunta Maya sin girar la cabeza.

Su voz rompe el silencio de golpe y casi pego un bote en el asiento.

—Hace un tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Un tiempo.

—Matt.

—No lo sé. ¿Dos años?

Maya se gira a mirarme por primera vez desde que hemos salido.

—¿Dos años?

—Puede que tres.

—Vas a quedarte tirado en mitad de la carretera un día de estos.

—Lleva funcionando treinta años. No va a romperse ahora.

—Así no es cómo funcionan los coches.

—Así es exactamente cómo funciona este coche.

Maya sacude la cabeza, pero veo que se le escapa algo parecido a una sonrisa.

—Eres imposible.

—Soy práctico.

—Eres un cabezota.

No discuto eso porque tiene razón.

El silencio vuelve, pero este es diferente. Menos tenso. Como si acabáramos de cruzar algún tipo de barrera invisible.

Conduzco durante otros diez minutos sin decir nada. Maya vuelve a mirar por la ventanilla. El paisaje de Montana se extiende a ambos lados de la carretera. Las montañas al fondo. Los campos verdes. El cielo enorme que no se parece a ningún otro cielo del mundo.

—¿Sigues teniendo plantas por todo el piso? —pregunto solo para volver a escucharla.

Está a punto de marcharse de nuevo de mi vida y no quiero que lo haga. Ojalá las cosas fueran diferentes. Ojalá siguiese viviendo en el pueblo. Ojalá pudiera decirle que la quiero.

Ojalá me quisiera de vuelta.

Maya me mira con sorpresa.

—¿Cómo sabes eso?

—Por Instagram.

—¿Miras mi Instagram?

—A veces.

—¿Eres un cotilla?

—¿Qué? Yo no tengo la culpa de que me notifique tu contenido.

Maya se ríe y el sonido es tan inesperado que me hace sonreír también.

—Vale. Sí. Sigo teniendo plantas. Cada vez más.

—¿Cuántas?

—He perdido la cuenta. Veinte. Treinta. Creo que al final voy a acabar viviendo en una selva.

—Suena a ti.

—Ruth me enseñó a cuidarlas.

La mención de mi abuela hace que se me apriete algo en la garganta.

—Lo hacía bien.

—Sí.

Nos quedamos en silencio otra vez. Este pesa más.

—¿Hay alguna que te guste especialmente? —pregunto al cabo de un rato.

—Tengo un helecho en el salón que está siempre al borde de la muerte, pero nunca termina de morirse. Es mi proyecto constante.

—¿Le has puesto nombre?

Maya me mira de reojo.

—¿Tú le pones nombre a todos tus caballos?

—A veces.

—Pues yo a veces le pongo nombre a mis plantas.

—Venga. Confiesa. ¿Cómo se llama el helecho?

—No te lo voy a decir.

—¿Por qué no?

—Porque te vas a reír.

—No me voy a reír.

—Sí lo harás.

—Maya.

—Fernando.

Me quedo callado un momento.

Luego me río.

No puedo evitarlo. Me sale desde algún lugar del pecho que llevaba días cerrado.

—Te has reído —dice Maya, pero está sonriendo.

—No me he reído.

—Te acabas de reír.

—Solo he sonreído.

—Es lo mismo.

—No lo es.

Maya sacude la cabeza, pero sigue sonriendo y yo sigo sonriendo también y durante un momento todo es más fácil.

Hasta que vuelve.

Otra imagen.

La curva de su cuello. Mi boca ahí. Un sonido entrecortado…

Aparto la vista de golpe y me concentro en la carretera con tanta intensidad que me duelen los ojos.

Para.

Joder.

Para.

—¿Estás bien? —pregunta Maya.

—Sí.

—Pareces distraído.

—Estoy bien. Solo me duele la cabeza todavía.

—Deberías haber dejado que condujera yo. Siento que Aiden haya tenido esa llamada urgente y no haya podido llevarme él al aeropuerto.

—No lo sientas.

—Matt. ¿De verdad estás bien?

—De verdad, Maya.

Mi voz sale más cortante de lo que pretendía.

Maya no dice nada más. Vuelve a mirar por la ventanilla y el silencio que cae ahora es diferente otra vez. Más frío.

Mierda.

—Perdona —digo al cabo de un rato—. No debería haberte hablado así.

—No pasa nada.

—Sí pasa. Has venido desde Nueva York para el funeral. Has estado cuidándome. Y yo...

—Matt. De verdad. No pasa nada.

Pero sí pasa. Puedo sentirlo en la tensión de sus hombros. En cómo no me mira.

Conduzco durante otros quince minutos sin decir nada. Adelanto a dos coches. Pongo el intermitente. Cambio de carril.

Todo mecánico. Todo automático.

—Espero no haber dicho nada molesto el otro día —digo de repente.

Maya se queda muy quieta.

—¿Qué?

—Cuando estaba borracho. Espero no haber dicho… no sé. Alguna tontería.

—No dijiste ninguna tontería.

—¿Estás segura? Porque te noto rara conmigo desde ayer.

—Completamente. Y no estoy rara. Solo estoy cansada.

Hay algo en su voz que no consigo identificar. Algo tenso.

—Vale. Bien. Es que a veces, cuando bebo, digo cosas que no debería. Y no quiero que… no quiero que pienses que soy un desastre.

Me callo porque no sé cómo seguir. Ni siquiera sé lo que le quiero decir.

Maya no dice nada durante tanto tiempo que empiezo a pensar que no va a contestar.

—No lo pienso —dice por fin.

Pero hay algo en su tono que dice lo contrario.

El aeropuerto aparece a lo lejos. El edificio blanco recortándose contra el cielo azul.

Se me encoge el estómago.

No quiero que se vaya.

No quiero volver al rancho y que esté vacío. Sin Ruth. Sin Maya. Sin nadie más que yo y los caballos y ese silencio enorme que se traga todo.

Pero no puedo decirle eso.

No puedo pedirle que se quede.

Tiene su vida en Nueva York. Su trabajo. Sus plantas. Su vida.

No puedo pedirle que deje todo eso por mí.

Aparco en la zona de salidas y apago el motor.

Ninguno de los dos se mueve.

Nos quedamos ahí sentados, mirando el edificio del aeropuerto a través del parabrisas, como si el simple hecho de bajarnos fuera a hacer esto más real.

—Deberías irte ya o vas a perder el vuelo —digo, aunque me cuesta pronunciar cada palabra.

—Lo sé.

Pero sigue sin moverse.

Me giro a mirarla y tiene los ojos fijos en el aeropuerto. La mandíbula tensa. Las manos cerradas en puños sobre el regazo.

—Maya…

—Dame un segundo.

—Vale.

El segundo se convierte en cinco. En diez.

—Odio despedirme —dice por fin.

—Lo sé.

—Siempre lo he odiado.

—Yo también.

Se gira a mirarme y tiene los ojos brillantes.

—Voy a echarte de menos.

Las palabras me golpean en el pecho con mucha fuerza.

—Yo también voy a echarte de menos.

No sé qué más decirle que no sea la verdad. No sé cómo hacer que esto sea más fácil para ninguno de los dos.

Maya abre la puerta y baja de la camioneta.

Yo hago lo mismo. Voy a la parte de atrás y saco su maleta. Se la doy y nuestros dedos se rozan durante un segundo.

Ese segundo dura demasiado.

—Gracias por traerme —dice.

—De nada.

Nos quedamos ahí de pie, mirándonos, con un metro de distancia entre nosotros que parece un kilómetro.

Y entonces Maya da un paso adelante y me abraza.

No es un abrazo normal.

Es torpe. Tentativo. Como si los dos estuviéramos intentando aferrarnos a algo que se nos escapa.

Le devuelvo el abrazo. La aprieto contra mí y cierro los ojos y huelo ese olor a gardenias que siempre lleva y que me vuelve loco.

El abrazo dura más de lo que debería.

Mucho más.

Pero ninguno de los dos se aparta.

—Cuídate —susurra Maya contra mi pecho.

—Tú también.

—Y llama a Aiden si necesitas algo.

—Lo haré.

—Lo digo en serio, Matt. No te quedes solo en ese rancho sin hablar con nadie.

—No lo haré.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

Maya se aparta por fin. Tiene los ojos llenos de lágrimas y se me parte el corazón.

—Nos vemos.

—Nos vemos.

Coge su maleta y se da la vuelta.

Y yo me quedo ahí de pie, viéndola alejarse hacia el aeropuerto, con el corazón rompiéndoseme en el pecho.

Se detiene en la puerta.

Se gira.

Me mira.

Y durante un segundo pienso que va a volver. Que va a soltar la maleta y va a correr hacia mí y va a decirme que no se va. Que se queda.

Pero solo levanta la mano en un gesto de despedida.

Yo hago lo mismo.

Y entonces desaparece dentro del edificio.

Me quedo ahí un momento más.

Dos.

Tres.

Luego subo a la camioneta y arranco.

Y mientras salgo del aparcamiento y cojo la carretera de vuelta a Millbrook, lo único que puedo pensar es en lo vacía que va a estar mi vida sin ella.

Y en esas malditas imágenes que no dejan de aparecer.

Como una sombra que no puedo ver del todo pero que me persigue de todas formas.

CAPÍTULO 15

MAYA

Nueva York huele diferente cuando vuelves de Montana.

Más a cerrado. Más a humo de tubo de escape y a comida rápida. Huele a demasiada gente viviendo demasiado cerca. El aire no se mueve igual. No tiene ese frescor que tiene el viento cuando cruza los campos abiertos.

Han pasado tres semanas desde el funeral.

Tres semanas desde que me desperté en la cama de Matt.

Tres semanas de noches sin poder dormir pensando en ello.

Estoy en mi escritorio en Walker Enterprises mirando la pantalla del ordenador sin ver realmente nada. Marcus me ha mandado tres emails en la última hora que todavía no he contestado. Mi compañera Danika ha pasado dos veces por mi mesa y me ha preguntado si estoy bien con una mirada que significa que sabe perfectamente que no lo estoy.

No lo estoy.

No he estado bien desde que volví.

El piso está lleno de plantas que necesitan agua. Fernando el helecho está más marrón que verde y probablemente no va a sobrevivir a esta semana. Los potos se están muriendo. Incluso las suculentas parecen tristes.

Y yo no consigo concentrarme en nada que no sea en Montana.

En el rancho.

En las montañas.

En Matt.

Siempre en Matt.

Cierro los ojos y me froto la cara con las manos. Llevo tres cafés esta mañana y sigo sin poder concentrarme. Marcus va a matarme si

no le mando esos informes antes del mediodía.

Pero cada vez que intento leer las cifras lo único que veo es la cara de Matt cuando me dejó en el aeropuerto.

Tengo el corazón completamente dividido. No puedo estar cerca de Matt porque me mata no ser nada para él más que una amiga, pero tampoco puedo estar lejos porque me duele cada kilómetro de distancia que nos separa.

Pero tengo que ser fuerte. Tengo que volver a centrarme en mi vida en Nueva York. Tengo que conseguir volver a sentirme igual que antes de haberme acosado con Matt.

Necesito olvidarme de él.

MATT

El caballo bajo mis piernas es puro músculo y energía contenida.

Romeo tiene dos años y es el más temperamental de los tres potros de este año. Le gusta probar límites. Ver hasta dónde puede llegar antes de que yo le pare los pies.

Hoy está especialmente cabrón.

—Tranquilo —murmuro, ajustando las riendas.

Romeo sacude la cabeza y resopla, pero obedece. De momento.

Estamos en el picadero grande con Jake y Tom observando desde la valla. Les he pedido que se queden cerca por si acaso. Romeo no es peligroso, pero tampoco es predecible todavía.

Lo hago trotar en círculo. Despacio primero. Luego un poco más rápido. Romeo responde bien pero puedo sentir esa tensión en sus músculos. Esa necesidad de correr.

—Dale un poco más —grita Jake desde la valla.

Le doy más rienda y Romeo acelera de inmediato. El trote se convierte en galope y de repente estamos cruzando el picadero a toda velocidad con el viento golpeándome la cara y el corazón bombeando en el pecho.

Esto es lo que necesitaba.

Velocidad. Movimiento. Algo que me saque de mi cabeza durante cinco minutos.

Porque llevo tres semanas sin poder dejar de pensar en Maya.

En cómo me sentí al volver a tenerla cerca.

En esas malditas imágenes que siguen apareciendo y que no tienen sentido.

Romeo intenta girar bruscamente hacia la izquierda, pero tiro de las riendas y lo corrijo. No con dureza. Solo lo suficiente para recordarle quién está al mando.

—Buen chico —murmuro cuando obedece.

Lo hago dar otra vuelta al picadero. Luego otra. Y otra.

Y mientras cabalgamos lo único que puedo pensar es en si alguna vez voy a dejar de pensar en ella.

Si algún día voy a despertarme y Maya no va a ser lo primero que aparezca en mi cabeza.

Si voy a poder mirar mi móvil sin buscar su nombre en Instagram para ver qué está haciendo.

Si voy a poder dormir toda la noche sin soñar con ella.

Romeo ralentiza sus movimientos y yo le dejo. Pasamos al trote y luego al paso. Está sudando y respirando fuerte pero contento. Puedo sentirlo en la forma en que se mueve bajo mis piernas.

—Buen trabajo —le digo, palmeándole el cuello.

Me bajo y Jake se acerca para coger las riendas.

—Está respondiendo bien —comenta.

—Sí. Solo necesita tiempo.

—¿Y tú? —pregunta Tom desde la valla—. ¿Tú también necesitas tiempo?

Lo miro sin entender.

—¿Qué?

—Llevas tres semanas de mal humor y más callado de lo normal. Que ya es decir.

—Estoy bien.

—Claro. Por eso parece que te han dado una paliza.

Jake me mira con una expresión que dice que está de acuerdo con Tom pero que no va a decir nada porque me conoce desde hace años y sabe cuándo dejarme en paz.

—Es por Ruth —respondo, pero es una verdad a medias.

—No —dice Tom—. Es por la chica.

Me quedo helado.

—¿Qué chica?

—La Cooper. La hermana de Aiden. La vi en el funeral. Y vi cómo la mirabas.

—No la miraba de ninguna forma.

—Claro que sí. Como si fuera lo único real en toda la habitación.

Las palabras me golpean más fuerte de lo que debería.

—Es la hermana de mi mejor amigo.

—¿Y?

—Y nada. No hay nada que decir.

Tom se encoge de hombros.

—Si tú lo dices.

Se va hacia el establo con Jake y yo me quedo ahí de pie en medio del picadero con el sol pegándome en la nuca y el corazón latiéndome demasiado rápido.

Como si fuera lo único real en toda la habitación.

Joder.

¿Soy tan evidente?

¿Tan jodidamente evidente que hasta Tom se ha dado cuenta?

Me paso una mano por la cara y camino hacia la casa. Necesito una ducha. Necesito café. Necesito dejar de pensar en esto.

Pero no puedo.

Porque Tom tiene razón.

Llevo tres semanas pensando en Maya constantemente. En cómo sería mi vida si ella estuviera aquí. Si viviera en el rancho. Si pudiera verla cada día.

Y cada noche me pregunto lo mismo.

¿Y si cojo el primer vuelo a Nueva York y le digo la verdad?

¿Y si le digo que pienso en ella todo el tiempo? ¿Que llevo años pensando en ella de una forma que probablemente no debería? ¿Que no puedo seguir así?

¿Y si le digo que la amo?

Porque es eso.

Lo que he estado intentando no admitir durante años.

Estoy enamorado de Maya Cooper.

Completamente. Absolutamente. De una forma que no tiene vuelta atrás.

Pero entonces recuerdo quién es y me obligo a contenerme.

Es la hermana de Aiden. Ocho años más joven. Con una vida entera en Nueva York. Con un futuro prometedor por delante. Con sueños que no incluyen quedarse atrapada en un rancho en medio de Montana con un hombre que huele a caballo y que no tiene nada interesante que ofrecerle.

No tengo derecho a pedirle eso.

No tengo derecho a truncar su vida solo porque yo no puedo dejar de pensar en ella.

Entro en la casa y el silencio me golpea como siempre. Demasiado grande. Demasiado vacía. Demasiado llena de ausencias.

Ruth.

Maya.

Subo las escaleras hasta mi habitación y me quito la camiseta. Voy hacia el baño, pero me detengo en la puerta.

Mi cama está hecha. Las sábanas limpias. Todo en orden.

Pero puedo verla ahí.

Maya con el pelo extendido sobre mi almohada.

Solo es mi cabeza jugándome malas pasadas.

Pero se siente tan real.

Tan jodidamente real que me duele.

Me obligo a apartar la vista y entro en el baño. Abro el grifo de la ducha y dejo que el agua se caliente mientras me quito el resto de la ropa.

Y mientras el vapor llena el espacio lo único que puedo pensar es en que esto no puede seguir así.

Algo tiene que cambiar.

Tengo que encontrar la forma de olvidarla.

Así que me quedo aquí. En este rancho. En esta vida. Esperando a que el tiempo haga lo que yo no puedo. Olvidarla.

Esperando a que algún día deje de dolerme tanto.

CAPÍTULO 16

MAYA

Me despierto con náuseas.

No es la primera vez esta semana. Ni la segunda. Es la séptima mañana consecutiva que abro los ojos y lo primero que siento es el estómago revolviéndose como si estuviera en una montaña rusa.

Me quedo quieta un momento, respirando despacio, intentando convencer a mi cuerpo de que se calme. A veces funciona. Esta mañana no.

Me levanto de la cama más rápido de lo que debería y camino hacia el baño con pasos torpes. Llego justo a tiempo de arrodillarme delante del váter antes de que mi estómago se vacíe por completo.

Cuando termino me siento en el borde de la bañera y apoyo la cabeza entre las manos. El azulejo está frío contra mi piel y me concentro en eso. En algo tangible. En algo que no sea el hecho de que esto lleva pasando demasiado tiempo como para seguir ignorándolo.

Se me cierra algo en el pecho que tiene muy poco que ver con las náuseas.

No he querido pensarlo. He estado tan ocupada intentando sobrevivir a cada día en la oficina, intentando no pensar en Matt cada segundo que estoy despierta, que no he querido mirar de frente lo que mi cuerpo lleva intentando decirme durante semanas.

Pero ya no puedo seguir ignorándolo.

Me levanto y voy hasta el lavabo. Me enjuago la boca con agua fría que me sabe a metal. Me miro en el espejo y la mujer que me devuelve la mirada tiene ojeras profundas y la piel tan pálida que parece que no ha visto el sol en meses.

Cojo el móvil del borde del lavabo y abro el calendario. Cuento hacia atrás con el corazón latiéndome cada vez más fuerte.

Abril.

Marzo.

Febrero.

Tres meses completos.

Dejo el móvil en la encimera antes de que se me caiga de las manos.

Vale.

Vale, Maya.

Respira.

Puede que no sea lo que piensas. Puede que sea el estrés. El trabajo. Nueva York. El cuerpo hace cosas raras cuando estás bajo presión constante y apenas duermes y comes fatal porque nunca tienes tiempo para cocinar como es debido.

Pero incluso mientras me lo digo sé que me estoy mintiendo.

Porque no usamos protección.

La noche del funeral. En la cama de Matt. Con él moviéndose dentro de mí y mis manos en su espalda y su boca en mi cuello. No hubo ningún momento en el que me parara a pensar en condones o en consecuencias o en nada más allá de lo mucho que le necesitaba en ese instante.

Joder.

Tengo que saberlo.

Tengo que comprar un test y hacérmelo. Tengo que enfrentarme a esto de una vez.

Pero no ahora.

No cuando tengo que estar en la oficina en una hora y media. No cuando Marcus tiene esa reunión importante con los inversores japoneses y me necesita concentrada y eficiente como siempre.

A la hora del almuerzo.

Iré a la farmacia a la hora del almuerzo, compraré un test, y me lo haré en el baño de la oficina. Y entonces sabré la verdad. Y entonces ya pensaré qué hacer.

Me obligo a ducharme. El agua caliente me ayuda un poco con las náuseas, pero no con el nudo que tengo en el estómago. Me visto

con un traje gris que hace que parezca más profesional de lo que me siento. Me recojo el pelo en un moño bajo. Me pongo los pendientes que me compré cuando conseguí este trabajo.

Todo mecánico. Todo automático.

Fernando me mira desde su esquina cuando paso por el salón de camino a la puerta. Sigue completamente marrón. Llevo días sin regarlo.

—Lo sé —le digo—. Soy una madre terrible.

Fernando no contesta. Nunca lo hace. Pero juraría que su silencio es de reproche.

El trayecto hasta la oficina es un borrón de metro, gente y ruido que apenas proceso. Llego veinte minutos antes de lo habitual. El edificio está casi vacío todavía. Solo el equipo de limpieza terminando su turno y un par de personas madrugadoras del departamento de finanzas.

Subo hasta mi planta y enciendo el ordenador. Tengo treinta y dos emails nuevos desde anoche. Empiezo a contestarlos de forma automática mientras una parte de mi cerebro está completamente en otro sitio.

En un test de embarazo que todavía no me he hecho.

En dos rayas rosas que podrían cambiar mi vida entera.

—Has llegado pronto.

Levanto la vista tan rápido que el cuello me cruje.

Marcus está de pie junto a mi escritorio con su maletín de piel italiana en una mano y el móvil en la otra. Lleva ese traje azul marino que le hace parecer más intimidante de lo que ya es y esa expresión de estar pensando en mil cosas a la vez.

—Buenos días.

—Buenos días, Maya. —Me mira un momento más de lo normal—. ¿Estás bien? Te veo pálida.

—Estoy bien. Solo un poco cansada.

—¿Estás durmiendo suficiente?

La pregunta me pilla desprevenida. Marcus no es de los que preguntan por tu vida personal. Marcus es de los que te pagan bien y esperan que funciones como un reloj suizo sin importar lo que esté pasando fuera de la oficina.

—Sí. Claro.

—Bien. Te necesito al cien por cien hoy. La reunión con los inversores japoneses es a las diez. ¿Están los informes listos?

—Los dejé en tu mesa ayer por la tarde. Todo está preparado.

—Buen trabajo.

Se va hacia su despacho y yo vuelvo a mirar la pantalla del ordenador sin ver realmente lo que hay en ella.

Las horas pasan con una lentitud que me está volviendo loca. Cada minuto se arrastra como si estuviera atascado en melaza. Contesto emails. Organizo tres reuniones para la semana que viene. Actualizo la agenda de Marcus para el mes de abril. Llamo al servicio de catering para confirmar el pedido del viernes.

Todo de forma automática mientras una parte de mí cuenta los minutos que faltan para las doce.

Me obligo a terminar el informe que estaba revisando. A contestar dos emails más de gente que quiere reunirse con Marcus y que va a tener que esperar porque su agenda está completa hasta junio. A no pensar en lo que voy a hacer en veinticinco minutos.

En veintitrés.

En veinte.

A las doce en punto me levanto de mi silla. Cojo el bolso. Me aliso la falda, aunque no tiene ninguna arruga. Bajo en el ascensor con otras tres personas que hablan de sus planes para el fin de semana y que no me prestan ninguna atención.

Salgo a la calle y el aire de mediodía me golpea en la cara. Hace más calor del que debería para la fecha en la que estamos. La acera está llena de gente en su hora del almuerzo. Oficinistas con sus tuppers. Turistas con sus cámaras. Vendedores ambulantes pregonando sus perritos calientes.

Camino dos manzanas hasta la farmacia que he localizado esta mañana en Google Maps. El corazón me late tan fuerte que estoy segura de que la gente puede oírlo cuando paso a su lado.

La farmacia está más llena de lo que esperaba. Me abro paso entre la gente hasta la parte de atrás donde están los tests de embarazo. Hay una pared entera llena de cajas con nombres que suenan todos igual y promesas de resultados rápidos y precisos.

Cojo el primero que veo. No miro el precio. No leo las especificaciones. Solo lo cojo y voy directa a la caja antes de que pueda arrepentirme o pensar demasiado en lo que estoy haciendo.

Hay tres personas delante de mí en la cola. Una señora mayor comprando medicamentos para la tensión. Un hombre de mi edad con una bolsa llena de ibuprofeno y tiritas. Una chica que no debe tener más de veinte años con un paquete de condones que sostiene como si le quemara en las manos.

Cuando llega mi turno la cajera escanea el test sin mirarme siquiera. Como si vendiera tests de embarazo todo el día. Como si esto no fuera potencialmente lo más importante que me ha pasado nunca.

—Ocho con noventa y nueve.

Le doy un billete de diez con dedos que tiemblan más de lo que me gustaría admitir. Ella me devuelve el cambio y mete el test en una bolsa de papel marrón que parece demasiado pequeña para algo tan enorme.

—Buena suerte —dice mientras me tiende la bolsa.

No sé muy bien a qué se refiere. Si al test. O a lo que venga después. O a la vida en general.

—Gracias —consigo decir.

Salgo de la farmacia con la bolsa apretada contra mi pecho como si fuera algo frágil. Como si pudiera romperse si no tengo cuidado. La calle sigue llena de gente, pero ahora me parece que todos me miran. Que todos saben lo que llevo en esta bolsa y lo que significa.

Que todos pueden ver que mi vida está a punto de cambiar para siempre.

Vuelvo a la oficina caminando más rápido de lo normal. El edificio está más vacío ahora. La mayoría de la gente sigue fuera comiendo. Subo en el ascensor sola. Paso por mi escritorio solo para dejar el bolso. Luego voy directa al baño de mujeres.

Está vacío.

Gracias a Dios.

Entro en el último cubículo. El más alejado de la puerta. Cierro el pestillo y me apoyo contra la puerta un momento intentando que el corazón se me calme.

No funciona.

Saco el test de la bolsa con manos que siguen temblando. Leo las instrucciones aunque son tan simples que hasta un niño las entendería. Tres minutos. Tengo que esperar tres minutos después de hacerlo.

Ciento ochenta segundos entre esta versión de mí y la que voy a ser cuando sepa la verdad.

Abro el envoltorio.

Y me quedo ahí de pie con el test en la mano sintiendo el peso de este momento de una forma que no puedo describir.

Porque en cuanto me haga esto voy a saber lo que me está pasando.

Y no sé si estoy preparada para eso.

Pero tampoco puedo seguir sin saberlo.

Respiro hondo. Una vez. Dos. Tres.

Luego lo hago.

Me bajo la ropa. Me siento. Hago lo que las instrucciones dicen que haga. Dejo el test sobre el portarrollos de papel higiénico que hay al lado del váter.

Tres minutos.

Me quedo de pie mirando el test como si fuera una bomba a punto de explotar.

Saco el móvil y pongo el temporizador.

Tres minutos.

Ciento ochenta segundos.

Empiezo a contar.

Y cuando llega el momento de mirar el resultado no puedo creer lo que estoy viendo.

El test de embarazo tiene dos rayas.

Dos.

Rayas.

Rosas.

Parpadeo. Las rayas siguen ahí. Parpadeo otra vez. Nada. Siguen ahí, perfectamente dibujadas, absolutamente inequívocas, burlándose de mí desde el plástico blanco que sostengo entre los dedos.

—No —susurro en el cubículo vacío del baño de Walker Enterprises—. No, no, no, no, no.

Las manos me tiemblan tanto que el test vibra y durante un segundo de pura desesperación me permito pensar que quizá eso significa algo. Que si las rayas tiemblan es que no están bien definidas. Que si no están bien definidas es que el test está estropeado. Que si está estropeado entonces no estoy embarazada del mejor amigo de mi hermano que ni siquiera recuerda haberse acostado conmigo.

Las rayas dejan de temblar.

Pero siguen ahí.

Perfectas.

Dios.

Se me cierra la garganta de una forma que no es metafórica ni bonita. Es real y física y hace que tenga que apoyarme en la puerta del cubículo porque las piernas me van a fallar.

Respiro. Intento respirar. El aire no me llega bien a los pulmones y el cubículo, que hace diez minutos era un espacio perfectamente razonable, ahora es una caja diminuta en la que no cabe suficiente oxígeno para las dos.

Para mí y para las dos rayas.

Para mí y para el bebé.

El bebé.

Dios mío.

Matt.

La noche del funeral de Ruth.

Y no lo recuerda.

Claro que no lo recuerda.

Me presiono los dedos contra los ojos hasta que veo manchas de colores. Tres meses. Llevo tres meses sin la regla. Tres meses diciéndome que es el estrés, que es Nueva York, que como fatal, que duermo poco, que el cuerpo hace cosas raras cuando trabajas sesenta horas a la semana para Marcus Walker.

Me lo he creído porque quería creérmelo.

Porque la alternativa era comprar un test de embarazo y descubrir exactamente esto.

Las lágrimas me caen por la cara antes de que pueda detenerlas. Ni siquiera me doy cuenta de que estoy llorando hasta que noto el sabor salado en los labios.

Yo no lloro así. Yo no soy de las que lloran en silencio en el baño de la oficina con un test de embarazo en la mano un lunes por la tarde.

Excepto que, aparentemente, sí lo soy.

—Dios —susurro.

Llaman a la puerta.

Dos golpes suaves.

Me quedo paralizada.

—¿Sí? —consigo decir, y me sale la voz como si tuviera papel de lija en la garganta.

—¿Está todo bien ahí dentro?

No.

No está todo bien.

Nada está bien.

Pero abro la puerta del cubículo de todas formas, con el test todavía en la mano, y me encuentro con Emma Walker mirándome desde el otro lado.

Emma Walker.

La mujer del CEO.

La mujer de mi jefe.

La mujer a la que menos quiero ver en este momento de mi vida.

El test se me resbala de entre los dedos y cae al suelo con un ruido seco que suena demasiado fuerte en el silencio del baño.

Las dos nos quedamos mirándolo.

El test está boca arriba en las baldosas blancas, con sus dos rayas rosas perfectamente visibles, obscenamente claras, sin ninguna vergüenza.

El silencio se alarga.

Y se alarga.

Y se alarga.

—Vaya —dice Emma por fin.

Y esa única palabra, pronunciada con tanta calma, con tanta naturalidad, como si encontrarse a la secretaria ejecutiva de su

marido llorando en el baño con un test de embarazo positivo fuera algo que le pasa todos los días, hace que algo se me rompa en el pecho.

Las palabras me salen a borbotones antes de que pueda detenerlas.

—Estoy embarazada del mejor amigo de mi hermano que es ocho años mayor que yo y ahora estoy aquí con un bebé creciendo dentro de mí y él no sabe que existe y no sabe que nos hemos acostado y está a dos mil kilómetros de distancia en Montana criando caballos y sin pensar en mí y no tengo ni idea de qué voy a hacer y…

Me quedo sin aire.

Emma me mira durante un momento largo.

Luego se agacha, recoge el test del suelo con toda la calma del mundo, sale y lo deja sobre el borde del lavabo. Abre el grifo del agua fría.

—Primero lávate la cara —dice—. Luego hablamos.

No sé por qué le hago caso. Quizá porque su voz tiene un tono que no admite réplica. Quizá porque necesito desesperadamente que alguien me diga qué hacer porque yo no tengo ni idea.

Me lavo la cara con agua fría que me quema la piel y me aclara un poco el cerebro. Emma me pasa papel. Me seco. La miro en el espejo.

—¿De cuántos meses estás? —pregunta.

—De tres. Creo.

—¿Cómo se llama?

Parpadeo.

—Todavía no tiene nombre.

Emma arquea una ceja.

—El padre.

Ah.

Claro.

El padre.

—Matt —digo, y pronunciar su nombre en voz alta hace que se me apriete algo en el pecho que llevo tres meses intentando ignorar —. Matt Brennan.

Y mientras lo digo pienso en él. En sus manos enormes y en sus ojos azules clarísimos. En cómo huele a cuero y a hierba y a algo limpio debajo que nunca he sabido identificar. En cómo me abrazó esa noche en el velatorio como si yo fuera lo único sólido en el mundo.

Tengo un pedazo de Matt creciendo dentro de mí.

El pensamiento me golpea con tanta fuerza que tengo que apoyarme en el lavabo.

Un pedazo del hombre al que llevo queriendo desde que era lo suficientemente mayor como para saber qué era el amor. Del hombre que me ha roto el corazón una y otra vez sin saber que lo estaba haciendo. Del hombre que me llevó a ver las estrellas cuando tenía dieciséis años y me dijo que era la hermana pequeña de su mejor amigo.

Es una catástrofe.

Es lo más parecido a un milagro que me ha pasado nunca.

Es las dos cosas a la vez, tan juntas que no puedo separarlas, y eso me aterra más que todo lo demás porque significa que ya lo quiero. A este bebé que no es más que dos rayas en un test y tres meses de náuseas que he estado ignorando. Ya lo quiero con todo mi corazón.

Lo quiero.

Y su padre no sabe que existe.

Emma me pone una mano en el hombro.

—Respira —dice.

Respiro.

—Otra vez.

Respiro otra vez.

—Vale —dice—. Ahora cuéntamelo todo desde el principio.

Y porque no tengo a nadie más, porque estoy desesperada, porque Emma Walker me está mirando como si de verdad quisiera ayudarme, se lo cuento todo.

Absolutamente todo.

Y ella me escucha sin interrumpirme ni una sola vez.

Pero yo solo puedo pensar en una cosa.

¿Cómo le dices a alguien que va a ser padre cuando ni siquiera recuerda haberse acostado contigo?

CAPÍTULO 17

MATT

El despacho del abogado huele a madera vieja y a papel. Está cargado de ese tipo de silencio que solo existe en los sitios donde se toman decisiones importantes.

Estoy sentado en una silla de cuero que cruje cada vez que me muevo, con las manos en las rodillas y la mandíbula tensa, mirando al señor Peterson mientras rebusca entre un montón de papeles en su escritorio.

—Aquí está —dice por fin, sacando un sobre grande de color manila—. El testamento de Ruth Brennan.

Se me aprieta algo en el pecho al oír su nombre.

Ruth.

Mi abuela.

La mujer que me crio. Que me enseñó todo lo que sé. Y que ahora está muerta y yo estoy aquí sentado esperando a que un abogado me diga qué es lo que dejó atrás.

El señor Peterson abre el sobre y saca varios documentos. Se pone las gafas y empieza a leer con esa voz monótona que tienen los abogados cuando leen cosas oficiales.

—«Yo, Ruth Eleanor Brennan, en pleno uso de mis facultades mentales, dejo por la presente mi última voluntad y testamento…»

Dejo de escuchar durante un momento. Las palabras se me desdibujan. Me concentro en respirar. En mantener la compostura. En no dejarme llevar por eso que me está trepando por el pecho y que tiene demasiado que ver con la pérdida.

—… dejo el rancho Brennan, incluyendo todas las tierras, edificios, animales y pertenencias, a ser dividido de la siguiente manera…

Me enderezo en la silla.

—Cincuenta por ciento a mi nieto, Matthew James Brennan.

¿El cincuenta por ciento? Eso no tiene sentido. El rancho es mío. Siempre ha sido mío. Ruth me lo dijo mil veces. Que algún día sería mío y que tenía que cuidarlo como ella lo cuidó. Como su marido lo cuidó antes que ella.

—Y cincuenta por ciento a Maya Rose Cooper.

El mundo se detiene.

—¿Qué?

El señor Peterson levanta la vista por encima de las gafas.

—La señorita Maya Cooper. La sobrina de Robert Cooper. Ruth la nombra específicamente en el testamento como beneficiaria del cincuenta por ciento del rancho.

—Eso no… no tiene sentido.

—Ruth fue muy específica sobre esto, señor Brennan. La señorita Cooper hereda el cincuenta por ciento de la propiedad. Sin embargo, hay una condición para que cualquiera de los dos pueda ejercer derechos plenos sobre su parte.

Se me tensa algo en el estómago.

—¿Qué condición?

El señor Peterson vuelve al documento.

—Para que cualquiera de los dos pueda vender, donar o transferir su parte del rancho, primero deben cumplir con la siguiente cláusula: Matthew Brennan y Maya Cooper deben convivir en el rancho durante un período de un año completo. Trescientos sesenta y cinco días consecutivos viviendo bajo el mismo techo en la casa principal de la propiedad.

Me quedo mirándolo sin poder procesar lo que acabo de oír.

—¿Cómo que tenemos que vivir juntos?

—Sí. Durante un año completo, señor Brennan. Viviendo juntos en el rancho. La cláusula es muy específica. No pueden vivir en edificios separados de la propiedad. Tienen que compartir la casa principal. Y el ayuntamiento de Millbrook tiene derecho a verificar que se está cumpliendo la condición mediante visitas periódicas sin previo aviso.

—¿Y si alguno de los dos no cumple?

—Si cualquiera de los dos abandona el rancho antes de que se cumpla el año, o si no se presenta en los siguientes treinta días desde la lectura de este testamento, la propiedad completa pasa automáticamente al ayuntamiento de Millbrook para ser utilizada como parque público.

La realidad me golpea como un puñetazo en el estómago.

—Eso es… eso es una locura.

—Es legal y vinculante, señor Brennan. Y muy clara en sus términos.

Me paso una mano por la cara intentando procesar esto.

Ruth le ha dejado la mitad del rancho a Maya. Y nos ha obligado a vivir juntos durante un año o lo perdemos todo.

¿Es que se había vuelto loca?

¿En qué demonios estaba pensando?

¿Cómo voy a vivir con Maya sin que se dé cuenta de que estoy enamorado de ella?

Joder. Esto es una catástrofe. Pero no puedo negarme y perder el rancho familiar.

¿Cómo ha podido hacerme esto la abuela?

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Treinta días naturales desde hoy para que ambos estén residiendo permanentemente en el rancho. Si no se cumple el plazo, se activa la transferencia automática.

Treinta días.

Un mes para convencer a Maya de que deje su vida entera en Nueva York y se venga a vivir conmigo a Montana durante un año.

—¿Hay algo más que necesite saber?

—Solo que el ayuntamiento ya ha sido notificado de las condiciones del testamento. Van a estar vigilando de cerca el cumplimiento de la cláusula.

Perfecto. Justo lo que necesitaba. Tener a todo el pueblo pendiente de si Maya y yo cumplimos con la locura que Ruth decidió dejarnos.

Salgo del despacho en una especie de aturdimiento. Subo a la camioneta y me quedo ahí sentado con las manos en el volante sin arrancar.

¿Cómo se supone que voy a llamar a Maya y decirle esto?

«Eh, por cierto, mi abuela te ha dejado la mitad del rancho, pero tienes que venir a vivir conmigo durante un año o lo perdemos todo. ¿Te viene bien?»

Es una locura.

Una completa y absoluta locura.

Pero no tengo otra opción.

Saco el móvil del bolsillo. Busco su nombre en los contactos. El dedo me tiembla sobre el botón de llamar.

Pulso antes de poder arrepentirme.

MAYA

Estoy en el sofá de mi piso mirando el test de embarazo por decimoquinta vez cuando suena el móvil.

Han pasado tres horas desde que salí del baño de Walker Enterprises con este pedazo de plástico en el bolso. Tres horas desde que Emma me encontró llorando y se lo conté todo. Tres horas intentando procesar que estoy embarazada de Matt.

Y ahora mi móvil está sonando.

Miro la pantalla.

Es Matt.

Se me para el corazón.

No puede ser. Es imposible que lo sepa. Solo se lo he contado a Emma. No hay forma de que Matt se haya enterado.

Pero me está llamando.

Matt, que no me ha llamado ni una sola vez en tres meses, me está llamando ahora mismo el mismo día que me he enterado de que estoy embarazada de él.

El móvil sigue sonando.

Contesto antes de poder pensarlo mejor, con el test todavía en la otra mano.

—¿Matt?

—Maya. —Su voz suena tensa. Más grave de lo normal—. ¿Estás ocupada?

—Yo… no. Estoy en casa. ¿Qué pasa?

Por favor que no sea lo que creo que es. Por favor que no se haya enterado de alguna forma imposible de que estoy embarazada.

—Tengo que contarte algo. Es sobre Ruth.

Ruth.

Claro.

No es sobre el bebé. No puede ser sobre el bebé porque es imposible que lo sepa.

Respiro por primera vez desde que he visto su nombre en la pantalla.

—¿Qué pasa?

—Acabo de salir del despacho del abogado. Han leído el testamento.

—Vale.

—Ruth te ha dejado algo.

Me quedo muy quieta. Bajo la vista hacia el test que sigo sosteniendo. Dos rayas rosas perfectamente definidas que me recuerdan que mi vida ya era suficientemente complicada antes de esta llamada.

—¿Cómo que me ha dejado algo?

—Sí. Te ha dejado la mitad del rancho. Te ha dejado el cincuenta por ciento de la propiedad. La casa, las tierras, los caballos. Todo.

Las palabras me llegan, pero no consigo procesarlas. Dejo el test en la mesa con más cuidado del necesario y me paso la mano libre por la cara.

—Eso no… Matt, yo no puedo aceptar eso.

—No tienes elección. Ya está en el testamento. Es legal. Es tuyo.

—Pero es tu rancho. Tu casa. Tu vida. Yo no puedo…

—Hay más —me interrumpe—. Hay una condición.

Algo en su tono hace que se me encoja el estómago.

—¿Qué condición?

Matt tarda un momento en contestar. Puedo oírlo respirar al otro lado de la línea. Puedo sentir su tensión incluso a través del teléfono.

—Para que cualquiera de los dos pueda hacer lo que quiera con su parte, primero tenemos que cumplir una cláusula del testamento.

—¿Qué tipo de cláusula?

—Tenemos que vivir juntos en el rancho durante un año. Trescientos sesenta y cinco días completos. Si no lo hacemos, si alguno de los dos se va antes o si no nos presentamos en los próximos treinta días, el rancho entero pasa al ayuntamiento de Millbrook.

Mi mirada vuelve al test que descansa en la mesa.

Al test de embarazo positivo.

Al bebé de Matt que está creciendo dentro de mí.

Y ahora tengo que irme a vivir con él durante un año.

—¿Qué? —consigo decir, aunque la voz me sale como un graznido.

—Lo sé. Es una locura. Pero es lo que dice el testamento. Y el ayuntamiento va a estar verificando que se cumple la condición. Van a hacer visitas sin previo aviso. No podríamos fingir que estamos viviendo juntos. Tendríamos que hacerlo de verdad.

No puedo respirar.

Literalmente no puedo hacer que el aire entre en mis pulmones.

Tengo que volver a Montana. Tengo que irme a vivir con Matt. Con el hombre del que estoy embarazada. Con el hombre que no sabe que nos acostamos juntos.

Durante un año.

Trescientos sesenta y cinco días.

En la misma casa.

Durmiendo bajo el mismo techo.

Con su bebé creciendo dentro de mí sin que él lo sepa.

—Maya, sé que es mucho pedir. Sé que tienes tu vida ahí y que esto es… complicado. Pero necesitaba que lo supieras. Necesitaba contártelo antes de…

—No puedo —le interrumpo, y la voz me sale demasiado aguda—. Matt, yo no puedo… tengo trabajo aquí. Tengo mi vida. No puedo dejar todo y…

—Lo sé. Lo entiendo perfectamente. No te estoy pidiendo que lo hagas.

—¿Y si no voy? —pregunto de repente—. ¿Qué pasa si simplemente no voy?

Se hace el silencio al otro lado de la línea.

—Pierdo el rancho —dice por fin, y hay algo en su voz que me parte el corazón—. Pero no es tu responsabilidad, Maya. No puedo pedirte que cambies tu vida por esto.

Cierro los ojos con fuerza.

Estoy embarazada de él. Tengo su bebé creciendo dentro de mí. Y él va a perder su casa, su rancho, todo lo que le queda de su familia si yo no voy.

Pero ¿cómo voy a ir? ¿Cómo voy a vivir con él durante un año entero ocultándole que estoy embarazada? Va a notarlo. Claro que va a notarlo. En unos meses voy a empezar a tener barriga y entonces ¿qué? ¿Cómo voy a explicarle eso?

Y lo peor es que ni siquiera sabe que nos acostamos. Que esa noche pasó algo entre nosotros. Para él sigo siendo solo la hermana de su mejor amigo que lo ayudó a subir las escaleras cuando estaba borracho.

—Necesito pensarlo —consigo decir.

—Claro. Por supuesto. Tómate todo el tiempo que necesites. Bueno, no todo el tiempo. Tenemos treinta días, pero… ya sabes. Lo que necesites dentro de eso.

Tengo treinta días para decidir si voy a arruinar mi vida o la suya.

Menuda elección.

—Vale.

—Maya. De verdad que lo entiendo si no puedes. No quiero que te sientas obligada a estar conmigo.

—Lo sé. Solo… déjame procesarlo, ¿vale?

—Vale. Te mando la información que me ha dado el abogado. Por si acaso. Y… bueno. Hablamos.

—Sí. Hablamos.

Cuelga y yo me quedo ahí sentada en el sofá mirando el test que descansa en la mesa.

Dos rayas rosas.

Un bebé.

Matt.

Un año viviendo juntos.

Treinta días para decidir.

Me echo a reír.

Es una risa histérica que no puedo controlar. El tipo de risa que aparece cuando las cosas son tan absurdamente complicadas que la única alternativa es ponerse a llorar y no parar nunca.

Cojo el test de la mesa y lo miro otra vez como si las rayas fueran a desaparecer mágicamente.

No lo hacen.

Siguen ahí. Perfectas. Inequívocas. Burlándose de mí.

—Menuda movida —le digo al test—. Menuda puta movida.

El test no contesta. Pero si pudiera hablar estoy segura de que estaría de acuerdo conmigo.

Estoy embarazada del mejor amigo de mi hermano.

Del hombre del que llevo toda la vida enamorada.

Él no recuerda haberse acostado conmigo.

Y ahora tengo que irme a vivir con él durante un año o va a perder su rancho.

Fernando el helecho me mira desde su esquina.

—Tú y yo estamos igual —le digo—. Los dos estamos jodidos.

Fernando no discute.

Me levanto del sofá porque quedarme sentada no va a resolver nada. Voy a la cocina. Abro la nevera. La cierro sin coger nada porque las náuseas han vuelto y la idea de comer me revuelve el estómago.

Vuelvo al salón y me dejo caer en el sofá otra vez.

Treinta días.

Tengo un mes para decidir qué hacer con mi vida.

Un mes para encontrar la forma de decirle a Matt que estoy embarazada.

Un mes para prepararme para volver al lugar del que llevo años huyendo.

O un mes para ver cómo Matt pierde todo lo que le importa por mi culpa.

CAPÍTULO 18

MAYA

El pasillo de la planta ejecutiva está vacío.

Y yo estoy dando vueltas frente a la puerta de mi jefe como si estuviera loca.

Dios mío.

Son las cinco y media y la mayoría de la gente sigue en sus cubículos fingiendo trabajar mientras miran el reloj esperando que sean las seis. Yo estoy aquí, frente a la puerta de cristal esmerilado que dice **MARCUS WALKER — CEO** en letras plateadas, intentando recordar cómo se respira.

La moqueta gris bajo mis pies está impoluta. Las luces halógenas del techo zumban con ese sonido casi imperceptible que solo notas cuando todo lo demás está en silencio. El aire acondicionado me congela la nuca.

Levanto la mano hacia el pomo.

La bajo.

Se me ha olvidado lo que iba a decir.

No. Eso es mentira. Sé exactamente lo que tengo que decir. Lo que pasa es que las palabras se me atascan en algún lugar entre el cerebro y la boca y no consigo que salgan.

Necesito un año de excedencia para irme a Montana a vivir con el hombre del que estoy embarazada y que no recuerda haberse acostado conmigo.

Sí. Eso va a sonar estupendamente.

Sigo dando vueltas.

Me paso las manos por la falda del traje gris. Está arrugada. No sé cuándo se ha arrugado, pero lo está. Y el maquillaje que me he puesto esta mañana intentando parecer una persona funcional

probablemente ya no existe después de las náuseas de esta mañana.

Respiro hondo.

Una vez.

Dos.

El aire me sabe a ese té que me he obligado a beber a las tres de la tarde y que ha sido un error monumental porque el estómago me ha estado dando la lata desde entonces.

Tres semanas y media.

Eso es lo que tengo para presentarme en Montana o Matt pierde el rancho.

Y yo pierdo cualquier oportunidad de… ¿de qué exactamente? ¿De que me vea? ¿De que se enamore de mí? ¿De decirle que voy a tener un bebé suyo?

La puerta se abre de golpe y casi me da en la cara.

Retrocedo de un salto con el corazón disparado.

Marcus sale de su despacho con el móvil en la oreja y esa expresión que tiene cuando alguien le está diciendo algo que no quiere oír. Me ve. Levanta un dedo en un gesto de *espera un momento* y se aleja por el pasillo con zancadas largas.

Me quedo ahí plantada sin saber muy bien qué hacer.

¿Me voy? ¿Me quedo?

—Estás muy pálida.

Me giro tan rápido que el mundo se me inclina un poco hacia la izquierda.

Emma Walker está a tres metros de mí con los brazos cruzados y la cabeza ladeada. Lleva un vestido azul marino que le queda perfecto y unos zapatos de tacón. El pelo recogido en un moño bajo. Pendientes discretos.

Parece salida de una revista.

—Estoy bien —consigo decir.

—No lo pareces.

—Gracias. Muy amable.

Emma se acerca con pasos silenciosos. Se para a mi lado y me mira de una forma que me hace sentir como si me estuviera radiografiando.

—¿Has dormido?

—Un poco.

—¿Cuánto es un poco?

—No lo sé. ¿Dos horas?

—Maya…

—Estoy bien. De verdad.

Mentira. No estoy bien. No he estado bien desde que me hice esa prueba y aparecieron dos rayas rosas burlándose de mí.

—¿Qué haces aquí? —pregunto antes de que Emma pueda seguir interrogándome.

—Venía a ver a mi marido. Pero te he visto dando vueltas por el pasillo y he pensado que quizá necesitabas… no sé. Compañía moral.

—No estaba dando vueltas.

—Claro que no.

Las dos nos quedamos en silencio un momento. Emma me mira. Yo miro la puerta del despacho de Marcus como si fuera a resolverme la vida.

No lo hace.

—¿Vas a decirme qué te pasa o voy a tener que adivinarlo? —dice Emma al cabo de un rato.

—No me pasa nada.

—Maya. Te encontré llorando en el baño de la oficina con un test de embarazo positivo. Algo pasa.

Tiene razón. Por supuesto que tiene razón. Pero no sé cómo explicarle esto sin que suene a locura.

—Matt me ha llamado —suelto de golpe.

Emma parpadea.

—¿El padre del bebé?

—Sí.

—¿Y?

—Ruth, su abuela, le ha dejado el rancho en el testamento. Bueno. No todo el rancho. La mitad.

—Vale.

—La otra mitad me la ha dejado a mí.

El silencio que cae entre nosotras es tan denso que casi lo puedo tocar.

Emma me mira sin decir nada durante tres segundos completos. Luego:

—¿Qué?

—Ha dejado el cincuenta por ciento para él. Cincuenta por ciento para mí.

—Eso es…

—Raro. Lo sé.

—Iba a decir increíble. Pero raro también funciona.

Me apoyo en la pared porque las piernas me están empezando a temblar otra vez. Ese temblor que no consigo que se me pase.

—Hay una condición —añado.

—¿Qué tipo de condición?

—Para que cualquiera de los dos pueda venderle al otro su parte del rancho, primero tenemos que vivir juntos allí durante un año. Si no lo hacemos la propiedad entera pasa al ayuntamiento de Millbrook.

Emma abre la boca.

La cierra.

La vuelve a abrir.

—Espera. ¿Me estás diciendo que tienes que irte a vivir con él?

—Sí.

—¿Durante un año?

—Sí.

—¿Con su bebé creciendo dentro de ti?

—Sí.

—Dios mío.

—Sí.

Emma se pasa una mano por la cara. Luego se ríe. Es una risa baja e incrédula que hace que se le arrugue un poco la nariz.

—Es de locos.

—No. Maya. Esto es perfecto.

La miro como si se hubiera vuelto loca.

—¿Perdona?

—Es perfecto. ¿No lo ves? Tienes que decirle lo del bebé en algún momento. Y ahora vas a estar viviendo con él. Vas a tener un año entero para… no sé. Para que pase algo entre vosotros.

—Emma.

—Para que se dé cuenta de que estás ahí. De que siempre has estado ahí.

Las palabras me golpean en el pecho con más fuerza de la esperada.

—No funciona así.

—¿Por qué no?

—Porque llevo años estando ahí y no me ha visto nunca. Porque cuando se entere de lo del bebé va a sentirse obligado. Va a pensar que tiene que estar conmigo por responsabilidad, no porque me quiera.

—¿Y si ya te quiere?

La pregunta me deja sin aire.

—No me quiere.

—¿Estás segura?

—Completamente. Soy la hermana pequeña de su mejor amigo. Nada más.

Emma me mira con una expresión que significa que no se cree ni una palabra de lo que acabo de decir. Pero no discute. Solo suspira y sacude la cabeza.

—¿Y qué vas a hacer?

—Pues ir. No puedo permitir que se quede sin el rancho. Tengo que pedirle a Marcus un año de excedencia.

—Ah.

—Sí. Ah.

—¿Por eso estabas aquí esperando fuera de su despacho?

—Sí. Pero ha salido antes de que pudiera entrar.

Emma me mira un momento más. Luego endereza los hombros como si hubiera tomado una decisión.

—Voy a entrar contigo.

—¿Qué?

—Que voy a entrar contigo. Para asegurarme de que te da la excedencia.

—Emma, no hace falta…

—Claro que hace falta. Mi marido es… complicado con estas cosas. Pero conmigo ahí va a ser más difícil que diga que no.

No sé qué decir a eso. No sé si agradecérselo o decirle que no es necesario o echarme a llorar aquí mismo porque una mujer que apenas conozco está dispuesta a hacer esto por mí.

—Gracias —consigo susurrar.

—De nada. Ahora respira hondo y vamos a entrar antes de que vuelva y se encierre en su despacho hasta las diez de la noche.

Marcus aparece al final del pasillo en ese momento exacto. Sigue con el móvil en la oreja, pero cuando nos ve a las dos frente a su puerta, frunce el ceño.

Se acerca con esas zancadas largas que tiene. Termina la llamada. Se guarda el móvil en el bolsillo del traje negro que lleva y le da un beso a su mujer tan intenso que por unos instantes siento que estoy presenciando algo privado.

Luego la suelta y habla como si no hubiera sucedido nada.

—Emma. Maya. —Nos mira a las dos—. ¿Pasa algo?

—Maya necesita hablar contigo —dice Emma antes de que yo pueda abrir la boca—. ¿Tienes un momento?

—Claro. Pasad.

Abre la puerta de su despacho y nos hace un gesto para que entremos primero.

El aire huele a cuero y a ese perfume caro que usa Marcus. Las ventanas ocupan toda la pared del fondo con vistas a Manhattan. Rascacielos recortándose contra el cielo que empieza a oscurecer.

Emma se sienta en una de las sillas de cuero frente al escritorio de Marcus y me señala la otra con un gesto.

Obedezco porque no sé qué otra cosa hacer.

Marcus rodea el escritorio y se sienta en su silla. Nos mira a las dos con esa expresión que tiene que no revela nada. La cicatriz que le cruza desde la sien derecha hasta la mandíbula se le marca más bajo la luz de la lámpara del escritorio.

—¿Qué necesitas, Maya?

Respiro hondo. Una vez. Dos.

Las palabras no quieren salir.

Emma me da un golpecito suave en el brazo con el codo. Es un gesto pequeño, pero me da el empujón que necesito.

—Necesito un año de excedencia.

Marcus no dice nada durante un momento. Me mira con esos ojos oscuros que no revelan nada.

—¿Un año?

—Sí.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Ruth Brennan, la abuela de Matt, el mejor amigo de mi hermano… la mujer a cuyo funeral fui hace unas semanas… ha dejado una propiedad en su testamento. Un rancho en Montana.

—Vale.

—Me ha dejado la mitad. A mí. Y hay una condición para que pueda hacer lo que quiera con esa parte.

—¿Qué tipo de condición?

—Tengo que vivir allí durante un año. Con Matt. Si no lo hago, la propiedad entera pasa al ayuntamiento.

Marcus se recuesta en su silla. Cruza los brazos sobre el pecho. Ese gesto que hace cuando está procesando información.

—Eso es… inusual.

—Lo sé.

—¿Y quieres ir?

La pregunta me pilla desprevenida.

—Yo… no sé si quiero. Pero tengo que hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque si no voy, Matt pierde su casa. Su rancho. Todo lo que le queda de su familia.

—Y eso te importa.

No es una pregunta. Es una afirmación.

—Sí. Me importa.

Marcus me mira durante un momento más. Luego se gira hacia Emma.

—¿Tú sabías esto?

—Acabo de enterarme —responde ella con esa calma que tiene—. Pero creo que debería ir.

—¿Ah, sí?

—Sí. Es importante para ella. Y a veces hay cosas más importantes que el trabajo.

Marcus arquea una ceja.

—Viniendo de ti eso es irónico.

—Viniendo de mí eso es experiencia.

El silencio que cae entre ellos es de esos que tienen capas. De esos que significan cosas que yo no entiendo porque no conozco su historia.

Marcus suspira. Se frota la cara con una mano. Cuando vuelve a mirarme hay algo en sus ojos que no había antes.

—Has sido una de mis mejores empleadas desde que entraste aquí, Maya. Trabajas más horas que nadie. Nunca te quejas. Nunca llegas tarde. Tus informes son impecables.

—Gracias.

—No quiero perderte durante un año.

El estómago se me cae al suelo.

—Lo entiendo...

—Pero —me interrumpe—. Mi mujer tiene razón. Hay cosas más importantes que el trabajo.

Me quedo mirándolo sin poder procesar lo que acabo de oír.

—¿Qué?

—Tienes tu año de excedencia. Con una condición.

Claro. Siempre hay una condición.

—¿Cuál?

—Quiero que sigas accesible por email. No todo el tiempo. Solo si surge algo urgente que solo tú puedas resolver. ¿Puedes hacer eso?

—Sí. Claro. Por supuesto.

—Bien. Entonces está decidido.

Emma sonríe. Es una sonrisa pequeña pero genuina.

—Gracias —le dice a Marcus.

—De nada.

Luego me mira a mí.

—¿Cuándo te vas?

—Supongo que cuanto antes mejor. Para organizarme.

—¿Puedes esperar dos semanas? Para terminar los proyectos que tienes pendientes. Para dejar todo en orden. Y luego te vas.

Es tan razonable que las lágrimas me suben por la garganta antes de que pueda detenerlas.

—Gracias, Marcus. No sé cómo agradecértelo.

—No tienes que agradecerme nada. Haz lo que tengas que hacer. Y vuelve cuando puedas.

Me levanto de la silla con las piernas temblando. Emma hace lo mismo.

Salimos del despacho juntas. La puerta se cierra detrás de nosotras con un clic suave.

El pasillo sigue vacío. Las luces halógenas siguen zumbando. El aire acondicionado sigue congelándome la nuca.

Pero algo ha cambiado.

Algo enorme e irreversible.

Voy a irme a Montana.

Voy a vivir con Matt durante un año.

Con su bebé creciendo dentro de mí.

Sin que él lo sepa.

—¿Estás bien? —pregunta Emma.

—No lo sé.

—Es normal.

—¿Lo es?

—Sí. Acabas de tomar una decisión que va a cambiar tu vida entera. Es normal estar aterrada.

Aterrada es poco.

Estoy completamente paralizada de miedo.

Pero también hay algo más. Algo pequeño y brillante que no me atrevo a nombrar porque si lo hago y luego desaparece no voy a poder soportarlo.

Esperanza.

—Gracias —le digo a Emma—. Por entrar conmigo. Por… todo.

—De nada. Y Maya…

—¿Sí?

—Va a salir bien. No sé cómo. Pero va a salir bien.

Ojalá pudiera creerla.

Emma entra de nuevo al despacho de su marido y yo me quedo ahí un momento más. Mirando la puerta cerrada del despacho de

Marcus. Procesando lo que acaba de pasar.

Tengo dos semanas.

Catorce días para dejar mi vida en Nueva York en orden.

Catorce días para prepararme para volver a Montana.

Catorce días para encontrar la forma de decirle a Matt que estoy embarazada.

O catorce días para decidir durante cuánto tiempo voy a seguir ocultándoselo.

Saco el móvil del bolsillo. Busco su nombre en los contactos. El dedo me tiembla sobre el botón de llamar.

Pulso antes de poder arrepentirme.

Suena una vez.

Dos.

Tres.

—¿Maya?

Su voz me atraviesa entera. Grave. Áspera. Como si acabara de entrar de trabajar fuera.

—Voy —digo antes de que pueda pensarlo mejor—. Voy a ir a Montana.

Se hace el silencio al otro lado de la línea.

—¿En serio?

—En serio. Tengo que terminar algunas cosas aquí primero. Pero en dos semanas puedo estar allí.

—Maya. No sabes lo que significa esto para mí.

Sí lo sé.

Significa que voy a pasar un año entero viviendo con el hombre del que llevo enamorada toda mi vida.

Significa que voy a tener que mirarlo a los ojos cada día sabiendo que llevo a su hijo dentro.

Significa que voy a tener que encontrar la forma de decírselo sin que todo se vaya al infierno.

—De nada —susurro.

—Te debo una enorme.

—Nos vemos en dos semanas —digo.

—Nos vemos en dos semanas.

Cuelgo antes de que pueda decir algo más. Antes de que la voz se me quiebre. Antes de que se dé cuenta de que estoy a punto de llorar.

Me apoyo en la pared y cierro los ojos.

¿Cómo de difícil puede ser ocultarle a un hombre que estás embarazada de él?

CAPÍTULO 19

MATT

La camioneta de Aiden levanta polvo al final del camino.

Me quedo en el porche con los brazos cruzados y la mandíbula tensa intentando que parezca que esto no me importa tanto como me importa.

Que Maya vuelva a Montana.

Que vaya a vivir aquí. Conmigo. Durante un año.

Que vaya a despertarse todas las mañanas bajo mi mismo techo y yo vaya a tener que fingir que eso no significa nada.

La camioneta se para frente a la casa. El motor se apaga.

La puerta del conductor se abre y Aiden baja primero. Me saluda con la mano. Sonríe.

Y yo intento devolverle la sonrisa, pero tengo todos los músculos del cuerpo en tensión.

Porque la puerta del copiloto se está abriendo.

Y Maya está bajando.

Y el mundo entero se reduce a ella.

Joder.

Está diferente.

No sé qué es exactamente, pero hay algo. Algo que hace que no pueda apartar la vista de ella aunque sé que debería. Aunque Aiden está a tres metros y si se da cuenta de que estoy mirando a su hermana así me va a romper la cara.

Y me lo voy a merecer.

Porque no la estoy mirando como a la hermana de mi mejor amigo.

La estoy mirando como a una mujer.

Como a la única mujer que me ha importado de verdad en toda mi vida.

Lleva vaqueros oscuros que se le ciñen a las piernas de una forma que debería estar prohibida. Y una camisa blanca. De manga larga. Holgada, pero ajustada en el pecho de una manera que hace que se me seque la boca.

Porque tiene más tetas que la última vez.

No sé si ha ganado peso o si es la camisa o si simplemente no me había fijado bien antes. Pero ahí están. Redondas y llenas bajo la tela blanca. Y yo tengo que obligarme a subir la mirada antes de que Aiden se dé cuenta de dónde estoy mirando.

El pelo le cae por los hombros. Castaño con reflejos que brillan bajo el sol de Montana. Más largo que la última vez. Las pecas más marcadas. La piel luminosa.

Y algo más.

Algo en su cara. En cómo se mueve. En la forma en que me mira desde el otro lado de la camioneta.

Está más guapa.

Está preciosa.

Y yo estoy completamente jodido.

—Hola, Matt.

Su voz me llega clara a pesar de la distancia. Cálida. Familiar. Con ese tono que siempre ha tenido y que hace que se me tense algo en el pecho.

Bajo los escalones del porche.

—Hola.

Genial. Solo soy capaz de decir monosílabos. Como si fuera un adolescente.

Maya rodea la camioneta. Camina hacia mí con pasos que no son tan seguros como deberían. Como si no estuviera segura de cómo actuar. De si debería acercarse más o quedarse donde está.

Yo tampoco lo sé.

No sé qué hacer con las manos. Con la distancia entre nosotros. Con esta necesidad que tengo de cerrar esa distancia y abrazarla y no soltarla nunca.

Se para a un metro de mí.

Suficientemente cerca como para oler su perfume. Esa mezcla de gardenias y algo dulce.

Suficientemente cerca como para ver esas motas doradas en sus ojos.

Suficientemente cerca como para que tenga que meter las manos en los bolsillos para no hacer algo estúpido.

—Has venido —digo, y suena más brusco de lo que pretendía.

—Te dije que vendría.

El silencio se alarga entre nosotros. Incómodo. Tenso.

Aiden abre la puerta trasera de la camioneta y saca dos maletas.

—¿Dónde las quieres?

Me acerco antes de que Maya pueda decir nada.

—Yo las cojo.

—No hace falta, Matt.

—Sí hace falta.

Se las quito de las manos a Aiden antes de que pueda protestar. Pesan bastante. Seguro que están llenas de ropa. Seguramente libros. Todas las cosas que necesita para pasar un año entero aquí.

Un año entero en mi casa.

Durmiendo en la habitación de enfrente.

Compartiendo espacio conmigo.

La sangre me baja directa a la polla solo de pensarlo.

Genial.

Justo lo que necesitaba.

—Yo puedo con mis maletas —dice Maya.

—No.

—Matt.

—Maya. Déjalo.

Mi tono no admite réplica. Y debe notarlo porque no dice nada más. Solo me mira con esa expresión que tiene cuando no está segura de si enfadarse conmigo o no.

—Yo me tengo que ir —dice Aiden—. Tengo turno en veinte minutos.

Dejo las maletas en el suelo un momento.

—Gracias por traerla.

—No hay problema. —Mira a Maya—. ¿Vas a estar bien?

—Voy a estar bien.

—¿Segura?

—Aiden. Para. Estoy bien.

Mi mejor amigo la mira un momento más. Luego me mira a mí. Hay algo en sus ojos. Algo que no sé identificar pero que hace que se me tense la espalda.

—Cuídala.

—Siempre.

Aiden asiente. Se sube a la camioneta. Arranca. Se va.

Y entonces nos quedamos Maya y yo.

Solos.

En mi rancho.

Con un año entero por delante.

Cojo las maletas otra vez.

—Ven. Te voy a enseñar tu habitación.

La guío hacia el interior de casa. Subo los escalones del porche. Abro la puerta.

El salón sigue igual que siempre, pero de repente se siente diferente. Más bonito. Como si la presencia de Maya iluminase todo con su luz.

—Puedes elegir la habitación que quieras, pero he pensado que querrías esta —le digo mientras subimos las escaleras—. Aunque hay tres libres.

—Vale.

—Esta es la que tiene mejores vistas.

Me paro frente a la puerta al final del pasillo. La que está justo enfrente de la mía.

Y sí. He pensado en eso.

En que va a estar durmiendo justo enfrente. En que voy a poder oír si se levanta por la noche. En que solo va a haber una pared y tres metros de pasillo entre nosotros.

No ha sido la mejor idea que he tenido nunca.

Pero aquí estamos.

Abro la puerta.

He pasado la última semana preparando esta habitación. Los muebles viejos de Ruth están en el desván. He comprado muebles

nuevos. Blancos. Limpios. Una cama grande con un cabecero de madera pintada. Una cómoda. Un escritorio junto a la ventana. Una butaca en la esquina.

Y he puesto plantas.

Por todas partes.

En la ventana. En la cómoda. En el escritorio. Colgando del techo.

He llamado a tres viveros diferentes preguntando qué compraba la gente para regalar. Qué quedaba bonito. Qué no se moría con facilidad.

He comprado helechos. Potos. Algo con hojas rosas que me costó una fortuna.

Las cajas que ha mandado por correo están apiladas junto a la cómoda. Cuatro cajas grandes llenas de sus cosas.

Maya entra despacio.

Se queda ahí de pie en medio de la habitación sin decir nada. Solo mirando. Con la espalda recta. Los hombros tensos.

Dejo las maletas junto a la puerta.

—Si no te gusta puedes cambiar lo que quieras. O elegir otra habitación.

—¿Has comprado plantas?

Su voz suena rara. Como si tuviera algo atascado en la garganta.

—Sí.

—¿Para mí?

—Vi que tenías muchas en tu piso de Nueva York. En Instagram. Pensé que... no sé. Que quizá las echarías de menos.

Maya se gira a mirarme.

Tiene los ojos brillantes.

Y yo no sé qué hacer con eso. Con la forma en que me está mirando. Como si acabara de hacer algo importante cuando lo único que he hecho es comprar unas plantas. Lo único que deseo es que esté a gusto aquí. Conmigo. Que quiera quedarse para siempre.

—Matt.

—No es para tanto.

—Sí lo es.

Cruza la habitación antes de que pueda terminar la frase.

Y se lanza a mi cuello.

Me abraza.

Fuerte.

Con los brazos rodeándome y la cara presionada contra mi pecho y todo su cuerpo pegado al mío de una forma que hace que se me dispare el pulso.

Le devuelvo el abrazo sin pensar.

Porque no puedo no hacerlo.

Porque la tengo aquí. Entre mis brazos. Después de meses sin tocarla. Después de años queriendo esto exactamente.

Huele tan bien que tengo que cerrar los ojos.

Su cuerpo es cálido contra el mío. Suave en todos los lugares correctos. Las tetas presionadas contra mi pecho de una forma que me está volviendo loco.

—Gracias —susurra contra mi camisa—. Por las plantas. Por los muebles. Por todo.

—No tienes que darlas.

—Sí tengo.

Sus brazos siguen alrededor de mi cuello. Los míos alrededor de su cintura.

Y entonces lo siento.

Ese calor bajándome por el estómago. Esa tensión en los vaqueros que me avisa de que mi cuerpo está reaccionando exactamente como no debería.

Me estoy poniendo duro.

Joder.

La aparto.

Rápido. Quizá demasiado rápido.

Las manos de Maya caen a sus lados. Me mira con confusión.

—¿Estás bien?

—Sí. Tengo que… tengo cosas que hacer. En el establo. Los caballos.

—¿Ahora?

—Sí. Ahora.

—Matt.

—Ponte cómoda. Deshaz las maletas. Haz lo que necesites. Cuando vuelva podemos preparar la cena si quieres.

Salgo de la habitación antes de que pueda ver el bulto en mis vaqueros.

Antes de que se dé cuenta de lo que me hace.

Cierro la puerta detrás de mí y me quedo ahí apoyado contra la madera con la mandíbula apretada y los puños cerrados.

Respiro.

Intento respirar.

Pero lo único que puedo oler es su perfume en mi camisa.

Lo único que puedo sentir es su cuerpo contra el mío.

Lo único que puedo pensar es en lo suave que estaba. En cómo se sentirían sus tetas sin la camisa. En cómo sonaría mi nombre en sus labios si la besara. Si la tumbara en esa cama que acabo de comprar. Si le quitara los vaqueros despacio y…

—Joder.

Me paso una mano por la cara.

Esto es un desastre.

¿Cómo voy a hacer para que no se dé cuenta?

Un año.

Trescientos sesenta y cinco días con Maya durmiendo a tres metros de distancia.

Con Maya en mi cocina todas las mañanas. En mi sofá por las noches. En mi casa llenando cada espacio con su presencia.

Y yo voy a tener que fingir que no me importa.

Que no llevo años enamorado de ella.

Que no me muero por tocarla de una forma que no tiene nada de fraternal.

Bajo las escaleras a toda prisa.

Salgo de casa. El aire frío me golpea la cara pero no me calma.

Nada me va a ayudar.

Porque Maya está aquí.

Y yo estoy completamente jodido.

MAYA

La puerta se cierra detrás de Matt con un clic suave que resuena en el silencio.

Me quedo ahí de pie en medio de la habitación sin moverme. Intentando procesar lo que acaba de pasar.

Cómo se ha apartado de golpe cuando lo estaba abrazando. Como si quemara. Como si no pudiera soportar tenerme cerca ni un segundo más.

Me paso una mano por la cara y me obligo a respirar.

No pasa nada.

Es normal.

Soy la hermana de su mejor amigo. Por supuesto que se ha apartado. Por supuesto que ha salido corriendo con cualquier excusa. Probablemente le he incomodado lanzándome así a su cuello.

Miro a mi alrededor intentando concentrarme en otra cosa que no sea el rechazo que acaba de darme.

La habitación es preciosa.

Los muebles blancos brillan bajo la luz que entra por la ventana. La cama es enorme, con ese cabecero de madera pintada que parece sacado de una revista. El escritorio junto a la ventana tiene vistas al valle. A las montañas. A ese cielo enorme de Montana que no se parece a ningún otro.

Y las plantas.

Están por todas partes.

En la ventana hay tres helechos de distintos tamaños. En la cómoda, dos potos que cuelgan hacia los lados con hojas verdes y brillantes. En el escritorio, algo que parece una calathea con esas hojas rayadas que siempre he querido tener. Y colgando del techo, en macetas blancas de cerámica, más plantas que no reconozco pero que son preciosas.

Matt ha hecho esto.

Ha comprado muebles nuevos. Ha llenado la habitación de plantas. Ha preparado todo para que me sienta como en casa.

Y luego ha salido corriendo como si no pudiera soportar estar cerca de mí.

Se me cierra algo en la garganta que no tiene nada que ver con las náuseas.

Me acerco a la cama despacio. Paso los dedos por la colcha blanca que es suave bajo mi palma. Me siento en el borde. Luego me tumbo boca arriba con los ojos fijos en el techo.

El colchón es cómodo. Más de lo que esperaba. Se hunde ligeramente bajo mi peso pero no demasiado.

Me llevo las manos a la tripa. A ese lugar donde todavía no se nota nada, pero donde sé que está creciendo algo diminuto y perfecto.

Cierro los ojos.

—Tu padre me va a volver loca —susurro en voz baja al silencio de la habitación—. No sé si es peor que se muestre tan bueno conmigo o que pase de mí.

El bebé no contesta. Por supuesto que no. Pero me gusta pensar que me escucha de todas formas.

—Ha comprado plantas —continúo, y la voz me sale más rota de lo que pretendía—. Plantas preciosas. Y muebles nuevos. Y ha preparado esta habitación como si… como si le importara.

Me callo porque si sigo hablando voy a ponerme a llorar.

Y no puedo llorar.

No ahora.

No cuando acabo de llegar.

No cuando tengo trescientos sesenta y cinco días por delante viviendo bajo el mismo techo que él.

Abro los ojos y miro el techo blanco con las manos todavía sobre mi tripa.

Un año.

Un año para encontrar la forma de decirle que estoy embarazada.

Un año para intentar que me vea como algo más que a la hermana de su mejor amigo.

Un año para no volverme completamente loca en el proceso.

—Vamos a poder hacerlo —le digo al bebé—. Tú y yo. Vamos a encontrar la forma.

Aunque no tengo ni idea de cómo.

CAPÍTULO 20

MAYA

Una semana.

Llevo una semana viviendo en el rancho con Matt y todavía no he ido al médico del pueblo.

Una semana en la que he sido demasiado consciente de su presencia constante. Del sonido de sus botas contra el suelo de madera cuando baja las escaleras. De cómo huele el café que prepara antes del amanecer. Del timbre grave de su voz cuando me dice buenos días cada mañana como si fuera lo más normal del mundo.

Una semana fingiendo que esto es sostenible.

Que vivir bajo el mismo techo que el hombre del que estoy embarazada sin que él lo sepa es algo que puedo hacer sin volverme loca.

El problema es que se me están acabando las vitaminas prenatales.

Me quedan dos semanas. Pero voy a necesitar una receta nueva antes de que se me terminen. Y eso significa ir al médico. Y en Millbrook solo hay un médico. El doctor Morrison. Que me conoce desde que nací. Que conoce a Matt. Que conoce a toda mi familia.

Y que probablemente va a hacer el tipo de preguntas que no puedo permitirme que haga en voz alta donde cualquiera pueda oírlas.

Pero no tengo otra opción.

Necesito esas vitaminas. Necesito que alguien me programe la siguiente ecografía aquí en Montana porque no voy a poder volver a Nueva York cada mes. Necesito que el médico del pueblo se haga

cargo del seguimiento, aunque eso signifique arriesgarme a que alguien se entere.

El otro problema es que no tengo coche.

Y ahí es donde entra Matt.

Por más que quiera seguir evitándolo, tengo que hablar con él.

Bajo las escaleras con el estómago hecho un nudo. Son las ocho de la mañana de un martes. Matt debería estar en el establo a estas horas. Normalmente a las ocho ya lleva dos horas trabajando con los caballos.

Pero cuando entro en la cocina está ahí.

Apoyado en la encimera con una taza de café en la mano. Enfundado en unos vaqueros desgastados. Con una camiseta gris de manga larga que se le ajusta en los hombros de una forma que hace que tenga que apartar la vista. Tiene el pelo revuelto como si se hubiera pasado la mano por él demasiadas veces.

Levanta la vista cuando entro.

—Buenos días.

—Buenos días.

Voy directa a la cafetera porque necesito hacer algo con las manos. Me sirvo una taza. Le echo leche. Azúcar. Remuevo despacio intentando que no se note que estoy nerviosa.

Que estoy a punto de pedirle algo que puede hacer que mi secreto explote.

Me giro con la taza entre las manos.

—Necesito bajar al pueblo.

—¿Para qué?

La pregunta es casual. Simple. Pero hace que se me acelere el pulso de todas formas.

—Tengo que comprar cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

—Cosas mías. Nada importante.

Matt me mira durante un momento. Esos ojos azules clarísimos se quedan clavados en los míos de una forma que hace que se me olvide respirar.

—¿Me puedes dejar el coche?

—Siempre que lo necesites. Pero hoy te llevo yo.

Las palabras me caen encima como un cubo de agua fría. No. No, no, no. Necesito ir sola.

—No hace falta que me lleves.

—Tengo que bajar de todas formas. Necesito comprar cosas en la ferretería para arreglar la valla del norte.

Por supuesto.

Por supuesto que tiene que bajar al pueblo justo hoy.

—No quiero que te desvíes por mí.

—No es un desvío. En el pueblo todo está a cinco minutos.

—Matt…

—Maya. Te llevo y punto.

Su tono no admite réplica. Ese tono que hace que algo se me tense en la boca del estómago.

—Vale.

—¿Cuándo quieres ir?

—¿Te viene bien en una hora?

—Perfecto. Termino con los caballos y salimos.

Sale de la cocina antes de que pueda decir nada más. El sonido de sus botas se aleja hasta que la puerta trasera se cierra con un golpe suave.

Me quedo ahí de pie con la taza de café calentándome las manos y el pánico subiéndome por la garganta.

Esto va a ser un desastre.

La camioneta de Matt huele a cuero viejo y al ambientador de pino que cuelga del retrovisor. Me abrocho el cinturón intentando no pensar en todas las formas en las que esto puede salir mal.

Matt arranca. El motor ruge. Salimos del camino de tierra hacia la carretera principal que lleva al pueblo.

No hablamos durante el trayecto.

Matt tiene las manos en el volante. La mandíbula tensa. Los ojos fijos en la carretera. Yo voy con la vista perdida por la ventanilla viendo pasar los campos verdes. Las montañas al fondo. Ese cielo enorme de Montana que siempre me ha encantado.

Veinte minutos después llegamos a Millbrook.

El pueblo está más animado de lo que esperaba. Hay un montón de gente caminando por la calle principal. Camionetas aparcadas en diagonal frente a las tiendas. El sonido de una puerta cerrándose en algún sitio. Voces. Risas.

Matt aparca frente a la ferretería Harrison.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—No lo sé. ¿Una hora?

—Vale. Nos vemos aquí en una hora.

—Perfecto.

Bajo de la camioneta antes de que pueda hacer más preguntas. Antes de que se le ocurra preguntarme exactamente a dónde voy.

Cierro la puerta y camino calle arriba intentando parecer casual. Como si no estuviera a punto de ir al médico a hablar de mi embarazo en un pueblo donde todo el mundo conoce a todo el mundo.

La consulta del doctor Morrison está dos manzanas más arriba. Es un edificio blanco de dos plantas con un letrero que dice **DR. MORRISON - MEDICINA GENERAL** en letras azules descoloridas por el sol.

Camino despacio. Demasiado despacio. Como si mis piernas supieran que esto es mala idea y estuvieran intentando sabotearme.

—¡Maya Cooper!

Se me para el corazón.

Me giro despacio intentando sonreír.

La señora Peterson está en la puerta del supermercado con dos bolsas de la compra colgando de los brazos. Lleva el mismo peinado que llevaba cuando yo tenía doce años. El mismo pintalabios rosa. La misma sonrisa enorme.

—Hola, señora Peterson.

—¡Dios mío, niña! ¡Qué mayor estás! ¿Cuándo has vuelto?

—Hace una semana.

—¿Y durante cuánto tiempo te quedas?

—Un tiempo largo.

—¡Qué alegría! Este pueblo necesita sangre joven. ¿Vas a algún sitio importante?

Dios, qué cotilla es la gente en el pueblo.

—No. Solo… estoy dando un paseo.

—Ah, qué bien. Pues no te entretengo más. Tienes que venir a casa cualquier día. Haré mi tarta de manzana.

—Me encantaría.

—Pues ya está. Te espero. ¡Hasta luego, cariño!

Se va antes de que pueda contestar. Y yo me quedo ahí de pie con el corazón latiéndome demasiado rápido.

Respiro.

Una vez.

Dos.

Tres.

Sigo caminando.

Dios. Me da la sensación de que me van a descubrir en cualquier momento.

La consulta del doctor Morrison aparece al final de la calle. Subo los tres escalones del porche. Abro la puerta de cristal después de haber mirado a todos los lados un montón de veces para asegurarme de que nadie se ha dado cuenta.

Dentro huele a desinfectante y a ese aire de clínica que es igual en todas partes. La sala de espera tiene sillas de plástico azul contra las paredes. Revistas viejas en una mesita. Un dispensador de agua en la esquina.

La recepcionista levanta la vista cuando entro. Es joven. No la conozco. Tiene el pelo rubio recogido en una coleta. Gafas de pasta negra.

—Buenos días. ¿Tiene cita?

—No. Pero necesito ver al doctor Morrison si es posible. Es importante.

—¿Su nombre?

—Maya Cooper.

Teclea algo en el ordenador.

—El doctor puede recibirla en quince minutos. ¿Le viene bien?

—Perfecto. Gracias.

—Siéntese, por favor. La llamaremos.

Me siento en una de las sillas junto a la ventana. Cojo una revista de la mesita sin mirar siquiera cuál es. La abro en una página al azar. Hay un artículo sobre jardinería. No leo ni una palabra. Solo miro las fotos de flores intentando calmar el pulso que se me ha disparado.

Los minutos pasan arrastrándose.

Cinco.

Ocho.

Doce.

—¿Maya Cooper?

Levanto la vista. Una enfermera con el pelo cano está en la puerta que da al pasillo de las consultas.

—Sí.

—Acompáñeme, por favor.

Me levanto. Dejo la revista en la mesita. Sigo a la enfermera por un pasillo estrecho que huele más fuerte a desinfectante. Pasamos dos puertas cerradas antes de que se pare frente a la tercera.

—Aquí es. El doctor vendrá enseguida.

—Gracias.

Entro. La puerta se cierra detrás de mí con un clic suave.

La habitación es pequeña. Solo hay una camilla con papel blanco. Una silla giratoria. Un escritorio con un ordenador viejo. Pósteres en las paredes sobre nutrición y ejercicio.

Me siento en la camilla a esperar. El papel cruje bajo mi peso.

La puerta se abre tres minutos después.

El doctor Morrison entra con esa sonrisa enorme que siempre tiene. Pelo gris. Gafas redondas. Lleva un jersey de lana marrón a pesar de que estamos en primavera.

—¡Maya Cooper! —dice, y su voz llena toda la habitación—. ¡Cuánto tiempo sin verte!

—Hola, doctor Morrison.

—¡Mírate! ¡Estás preciosa! —Se sienta en la silla frente a mí—. ¿Cuándo has vuelto al pueblo?

—Hace una semana.

—¿Y te vas a quedar con nosotros?

—Sí, durante un año. Por lo del testamento de Ruth.

—Ah, sí. Es verdad. Algo he oído por ahí. Qué pena lo de Ruth. Era una gran mujer. —Sacude la cabeza—. Bueno, ¿qué te trae por aquí?

Respiro hondo.

Tengo que decirlo.

No puedo esperar más.

—Estoy embarazada.

El doctor Morrison se queda muy quieto durante un segundo.

Luego se le ilumina la cara entera.

—¡Eso es maravilloso! —prácticamente grita—. ¡Un bebé! ¡Va a haber un bebé en Millbrook!

—Doctor Morrison, por favor… —Bajo la voz todo lo que puedo—. Necesito que sea discreto.

—Por supuesto, por supuesto. —Pero sigue sonriendo de oreja a oreja—. ¿De cuántos meses estás?

—De cuatro.

—¿Cuatro? ¿Y has tenido seguimiento?

—Sí. En Nueva York. Tengo toda la documentación en casa. Y también me estoy quedando sin las vitaminas prenatales.

—Perfecto. ¿Me puedes traer toda la documentación que tengas en la próxima visita?

—Sí. Claro.

—Bien. Vamos a hacerte el seguimiento desde aquí entonces. —Empieza a teclear en el ordenador—. Te voy a programar la próxima ecografía para dentro de tres semanas. Y te voy a dar una receta para las vitaminas prenatales.

—Gracias.

—¿El padre ha venido contigo?

La pregunta me atraviesa.

—No.

—¿No?

—Es… complicado. Y prefiero que nadie sepa nada.

El doctor Morrison me mira durante un momento en completo silencio. Luego asiente despacio.

—Entiendo. No te preocupes. Esto se queda entre nosotros. Secreto profesional. Maya…

—¿Sí?

—Me alegro muchísimo de tu embarazo. De verdad. Este pueblo necesita vida nueva.

Imprime algo y me lo tiende. Una hoja con la receta y otra con la fecha de la próxima cita.

—Gracias, doctor.

—De nada, cariño. Y cuídate. Come bien. Descansa. Y si necesitas cualquier cosa, lo que sea, me llamas.

Salgo de la consulta cinco minutos después con los papeles en la mano y el corazón todavía acelerado.

Ha ido bien.

Mejor de lo que esperaba.

El doctor Morrison va a ser discreto. Tengo la receta. Tengo la cita para la ecografía.

Todo está bajo control.

Doblo los papeles y me los guardo en el bolsillo del abrigo mientras bajo las escaleras del porche.

Y entonces choco contra algo sólido.

Contra alguien.

Pierdo el equilibrio completamente. Los papeles se me resbalan de entre los dedos y caen al suelo con un susurro suave.

Dos manos enormes me cogen de la cintura antes de que me caiga.

Firmes. Cálidas. Quemándome a través de la tela del abrigo.

Levanto la vista.

Matt.

Por supuesto.

Por supuesto que es Matt.

El destino me odia.

El corazón se me dispara de una forma que no tiene nada que ver con el susto.

—¿Estás bien? —pregunta, y su voz suena más grave de lo normal.

—Sí. Yo… sí.

Sigo con sus manos en mi cintura. Él sigue sosteniéndome como si pensara que me voy a caer si me suelta.

Y durante un segundo ninguno de los dos se mueve.

Luego Matt me suelta de golpe. Da un paso atrás. Mete las manos en los bolsillos como si no supiera qué hacer con ellas.

—Perdón. No quería… si te he molestado…

—No. No me has molestado.

El silencio que cae entre nosotros es denso. Incómodo.

—¿Qué haces aquí? —consigo preguntar, aunque la voz me sale demasiado aguda.

—La señora Thompson me ha dicho que te ha visto entrar.

Mierda.

Por supuesto que la señora Thompson me ha visto. Por supuesto que se lo ha dicho a Matt. Por supuesto que no puedo hacer nada en este pueblo sin que todo el mundo se entere.

Matt me mira de arriba abajo. Esos ojos azules buscando señales de algo que no sé si quiero que encuentre.

—¿Estás enferma?

—No.

—¿Entonces qué haces en el médico?

—Es solo… una revisión rutinaria. Nada importante.

Matt frunce el ceño. No parece convencido.

—¿Una revisión rutinaria?

—Sí. Ya sabes. Cosas que hay que hacer de vez en cuando.

Me mira durante unos segundos más. Puedo ver su cerebro trabajando. Procesando. Intentando decidir si insistir o dejarlo estar.

Y yo rezo.

Rezo cada oración que me sé para que no insista. Para que el doctor Morrison no salga ahora mismo por esa puerta y se le escape algo. Para que Matt no se dé cuenta de que le estoy mintiendo.

Matt abre la boca. Va a decir algo.

Y entonces mira hacia abajo.

Se agacha.

Y recoge algo del suelo.

No.

No, no, no.

La receta.

La puta receta que se me ha caído cuando me he chocado con él.

El tiempo se ralentiza mientras Matt se incorpora con el papel en la mano. Mientras sus ojos bajan hacia lo que está escrito ahí.

Me lanzo hacia delante y se la arranco de las manos antes de que pueda leerla.

—Son cosas de chicas.

Las palabras me salen demasiado rápidas. Demasiado bruscas.

Matt me mira con las cejas arqueadas.

—¿Cosas de chicas?

—Sí. Cosas. De. Chicas.

Lo meto todo en el bolsillo del abrigo. La receta. La cita de la ecografía. Todo.

—Ya nos podemos ir —digo, y empiezo a caminar hacia donde está aparcada la camioneta sin esperar a que me siga.

—Maya…

—En serio. Ya he terminado. Podemos irnos.

Camino rápido. Casi corriendo. Como si alguien me estuviera persiguiendo.

Matt me alcanza con esas zancadas largas que tiene.

—¿Estás segura de que estás bien?

—Completamente.

—Porque si hay algo que quieras contarme.

—No hay nada. Todo está bien. Solo quiero irme a casa.

Llegamos a la camioneta. Me subo antes de que Matt pueda abrir la puerta por mí. Me abrocho el cinturón con manos que tiemblan más de lo que me gustaría.

Matt se sube por el otro lado. Me mira durante un momento más. Como si estuviera esperando a que le diga la verdad.

Pero no lo hago.

No puedo.

Arranca. Salimos del pueblo.

Y yo me quedo ahí sentada con los papeles quemándome en el bolsillo y una única certeza atravesándome entera.

Este secreto va a salir a la luz más pronto que tarde.

Y el universo claramente me odia.

CAPÍTULO 21

MATT

Subo las escaleras de dos en dos buscando a Maya.

Necesito decirle que tengo que salir. Que uno de los compradores de caballos ha llamado y quiere pasarse esta tarde a ver los potros. Que voy a estar ocupado un par de horas y que si necesita algo que me llame.

Cosas normales.

Rutinarias.

Excepto que nada es normal desde que Maya vive aquí.

Todo se siente demasiado cercano a lo que sería tener una mujer y la idea me gusta mucho más de lo que debería.

Llego al pasillo de arriba. La puerta de su habitación está entreabierta. Una rendija de luz se cuela por el hueco.

—¿Maya?

No contesta.

Me acerco. Levanto la mano para llamar.

Y entonces la veo.

Está de espaldas a la puerta. De pie junto a la cama. Con una toalla blanca envuelta alrededor del cuerpo que le llega a medio muslo.

Y nada más.

Se me seca la boca de golpe.

El pelo le cae mojado por la espalda dejando marcas húmedas en la toalla. Tiene una botella de crema en una mano. Con la otra se está frotando el brazo. Despacio. Con movimientos largos y circulares que van desde la muñeca hasta el hombro.

Debería irme.

Lo sé.

Debería dar media vuelta y bajar las escaleras y esperar a que se vista para hablar con ella como una persona normal haría.

Pero no me muevo.

No puedo moverme.

Porque Maya se está echando crema en el otro brazo ahora. Los dedos deslizándose por la piel que todavía tiene gotitas de agua. La toalla ajustándose peligrosamente baja en el pecho cada vez que levanta el brazo.

La sangre me baja directa a la polla.

Esto es una malísima idea.

Una idea terrible.

Pero sigo ahí. Mirando. Como el cabrón que soy.

Maya deja la botella en la mesilla. Gira el cuello hacia un lado. Coge más crema. Se la pone en la palma de la mano.

Y luego se la empieza a extender por el cuello.

Despacio.

Tan jodidamente despacio que parece a propósito.

Los dedos suben desde la clavícula hasta detrás de la oreja. Luego bajan por el otro lado. Tiene la cabeza inclinada. El cuello expuesto. La toalla resbalando un centímetro más hacia abajo.

Y yo estoy completamente paralizado.

Porque de repente me vienen un montón de imágenes que parecen demasiado vívidas.

Maya en mi cama. Tumbada sobre mis sábanas con el pelo extendido en la almohada. Sin la toalla. Sin nada. Solo esa piel que acaba de untarse de crema brillando bajo la luz. Y yo encima de ella. Cerniéndome sobre ella con las manos en sus caderas y la boca en ese cuello que no dejo de mirar.

Besándola ahí donde se está tocando ahora. Justo debajo de la oreja. Bajando hasta la clavícula. Mordiendo. Chupando. Dejando marcas que le duren días.

La imagen es tan nítida que casi puedo sentir su piel bajo mis labios. Casi puedo oír cómo suena mi nombre cuando gime. Casi puedo…

—Joder.

La palabra se me escapa antes de poder detenerla.

Doy un paso hacia atrás.

Tropiezo con mis propios pies.

Maya se gira de golpe.

Y me ve.

Ahí de pie. En su puerta. Mirándola como un puto pervertido.

Los ojos se le abren tanto que puedo ver el blanco alrededor del verde. La boca se le abre. La mano que tenía en el cuello se queda congelada a medio camino.

—Matt.

No le dejo decir nada más.

Salgo de ahí como si me estuviera persiguiendo la muerte. Bajo las escaleras tan rápido que casi me caigo. Cruzo el salón sin mirar atrás. Salgo de casa.

El aire frío de la tarde me golpea la cara, pero no me tranquiliza.

Nada va a ayudar.

Porque acabo de espiar a Maya mientras se echaba crema después de la ducha. He estado ahí observándola como un mirón. Imaginándome cosas que no tengo ningún derecho a imaginarme.

Y ella me ha pillado.

Me ha visto ahí con la polla tan dura que probablemente se ha notado desde el otro lado de la habitación.

—Joder, joder, joder.

Me paso las manos por la cara. Me tiro del pelo. Intento hacer que el mundo tenga sentido otra vez, pero no funciona.

Maya va a bajar en cualquier momento. Va a decirme que soy un cabrón. Que no tengo ningún derecho a mirarla así. Que se larga de aquí y que el ayuntamiento puede quedarse con el rancho porque ella no va a vivir un año entero con alguien que la espía.

Y va a tener razón.

En todo.

Porque soy exactamente eso. Un mirón. Un pervertido. El peor amigo que Aiden podría tener.

Camino hacia el establo sin rumbo fijo. Solo necesito alejarme de la casa. Necesito aire. Necesito espacio. Necesito que mi polla entienda que Maya no es para mí y que tiene que calmarse de una vez.

Pero sigo viendo su cuello. Sigo sintiendo cómo sería besarla ahí. Sigo imaginándome cómo sonaría si le quitara esa toalla y la tumbara en mi cama y…

—Para.

Me obligo a parar. A respirar. A pensar en cualquier otra cosa que no sea en Maya desnuda.

Pero no funciona.

Nada funciona.

Porque llevo años pensando en ella de esta forma. Años fantaseando con cosas que nunca van a pasar. Años mintiéndome a mí mismo diciéndome que puedo controlarlo.

Y hoy acabo de demostrar que no puedo.

Que soy tan débil que no puedo ni pasar por delante de su habitación sin quedarme ahí mirándola como un adolescente que no ha visto a una mujer en su vida.

Me apoyo contra la pared del establo con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados.

¿Cómo voy a mirarla a la cara después de esto?

¿Cómo voy a vivir con ella durante un año entero si no soy capaz de controlar la atracción que siento por ella?

No tengo respuesta para ninguna de esas preguntas.

Y eso me está matando.

MAYA

Me quedo congelada en medio de la habitación con la mano todavía en el cuello y el corazón latiéndome tan fuerte que me duele.

Matt estaba ahí.

En mi puerta.

Mirándome.

Y la forma en que me miraba…

Madre de Dios.

La forma en que me miraba no tenía nada que ver con cómo miras a la hermana de tu mejor amigo.

Me miraba como si estuviera muerto de hambre. Como si yo fuera lo único que pudiera saciarlo. Con esos ojos azules tan oscuros que

casi parecían negros. Con la mandíbula tensa. Con el pecho subiendo y bajando demasiado rápido.

Y cuando ha dado ese paso hacia atrás…

Cuando se ha girado de golpe y ha salido de aquí como si le quemara el suelo bajo los pies…

He visto cómo se llevaba una mano a la entrepierna. Como si necesitara… como si tuviera que…

Oh.

Oh.

Me siento en el borde de la cama porque las piernas no me sostienen.

Matt estaba duro.

Matt me estaba mirando y se ha puesto duro y ha tenido que salir corriendo para que no me diera cuenta.

Excepto que me he dado cuenta.

Me he dado cuenta de todo.

Y ahora estoy aquí sentada con la toalla todavía alrededor del cuerpo y el cerebro funcionando a mil por hora porque esto cambia todo.

Matt puede haberme rechazado antes.

Pero su cuerpo acaba de decir algo completamente diferente.

Su cuerpo me ha visto como a una mujer.

Como a alguien deseable.

Como a alguien que quiere.

Me llevo una mano a la boca intentando procesar esto.

¿Y si…?

¿Y si Matt sí siente algo por mí?

¿Y si todos estos años no ha sido que no le gustara, sino que no se permitía sentirlo?

¿Y si el problema no es que no me vea, sino que me ve demasiado y eso le aterroriza?

La idea se me instala en el pecho como algo cálido y brillante.

Una posibilidad.

Una oportunidad.

Una forma de que esto no sea la tragedia que pensaba que iba a ser.

Me levanto de la cama. Voy hasta el armario. Saco ropa limpia.

Y mientras me visto voy formando un plan en la cabeza.

Si el cuerpo de Matt reacciona a mi aunque él no quiera…

Si lo único que le impide actuar es su propia cabeza…

Entonces quizá lo que tengo que hacer es tentarlo. Empujarlo. Hacer que le cueste tanto resistirse que no le quede otra opción que admitir lo que siente.

Es arriesgado.

Completamente arriesgado.

Porque si me equivoco voy a hacer el ridículo más grande de mi vida. Voy a pasar un año entero viviendo con un hombre que va a saber que intenté seducirlo y que me rechazó.

Pero si tengo razón…

Si tengo razón esto puede cambiarlo todo.

Me miro en el espejo. Tengo el pelo todavía mojado cayéndome por los hombros. Las mejillas sonrojadas. Los ojos brillantes.

Estoy embarazada de Matt.

Su hijo está creciendo dentro de mí.

Y acaba de demostrarme que no soy invisible para él.

Que cuando me mira su cuerpo responde de una forma que no puede controlar.

Sonrío a mi reflejo.

Vale.

Vale, Matt.

Si quieres jugar a esto vamos a jugar.

Pero te aviso: voy a ganar.

Porque tengo un año entero para demostrarte que me deseas. Para hacerte sentir que puede haber algo entre nosotros. Para conseguir que me veas no solo como a la hermana de tu mejor amigo sino como a la madre de tu hijo.

Como a tu mujer.

Y no voy a parar hasta conseguirlo.

CAPÍTULO 22

MAYA

Me miro en el espejo del baño con el corazón latiéndome tan fuerte que casi me duele.

La camisa de Matt me llega hasta medio muslo. Es gris, de franela suave, y huele a él. Al detergente que usa y a algo más debajo que es solo suyo. Se la he cogido hace una hora del cesto de la ropa limpia de la zona de lavado que tenemos en el rancho.

No llevo nada debajo excepto unas bragas.

Ni un sujetador. Ni unos pantalones. Solo la camisa y una valentía que no sé de dónde he sacado.

Esto es una locura.

Una completa y absoluta locura.

Pero no puedo quitarme de la cabeza cómo me ha mirado esta tarde. Esa intensidad en sus ojos. Esa tensión en su mandíbula. Esa forma en que ha tenido que salir corriendo porque su cuerpo había reaccionado de una forma que no podía controlar.

Matt me desea.

Puede que no quiera desearme. Puede que se odie a sí mismo por ello. Pero su cuerpo no miente.

Y voy a demostrarle que yo deseo lo mismo.

Respiro hondo.

Una vez.

Dos.

Tres.

Salgo del baño antes de poder arrepentirme.

El pasillo está oscuro. Solo se ve luz al final de las escaleras. Matt debe estar abajo todavía. Lleva toda la tarde evitándome. No ha entrado en casa hasta hace media hora.

Y ahora yo voy a bajar a buscarlo.

Con su camisa puesta y sin nada debajo.

Es a la vez la locura más grande que he hecho en mi vida y la cosa más valiente.

Las escaleras crujen bajo mis pies descalzos. Cada paso que doy hace que se me acelere más el pulso. Cada metro que bajo hace que sea más consciente de lo que estoy haciendo.

De lo que estoy a punto de hacer.

Llego al salón. La luz viene de la cocina. Puedo oír el sonido de un grifo abierto. De un vaso golpeando contra la encimera.

Matt está ahí.

Y yo estoy a punto de entrar con su camisa puesta y con un plan que puede salir completamente mal.

Pero ya no puedo echarme atrás.

Entro en la cocina intentando que los pasos me salgan seguros, aunque las piernas me tiemblan.

Matt está de espaldas a mí. Apoyado en la encimera con un vaso de agua en la mano. Lleva vaqueros y una camiseta blanca que se le ajusta en los hombros. Tiene el pelo revuelto como siempre.

—Hola —digo.

Matt se gira tan rápido que el agua se le derrama un poco por la mano.

Y se queda completamente quieto.

Sus ojos bajan desde mi cara hasta la camisa. Hasta mis piernas desnudas. Luego vuelven a subir. Despacio. Demasiado despacio.

Puedo ver el momento exacto en el que se da cuenta de lo que llevo puesto.

De que no llevo nada más.

La mandíbula se le tensa. Los nudillos se le ponen blancos alrededor del vaso. Y algo oscuro cruza por sus ojos que hace que se me dispare el corazón.

—¿Qué…? —Su voz sale ronca. Tiene que aclararse la garganta antes de continuar—. ¿Qué haces?

—No podía dormir.

—Maya.

—Tenía frío. Espero que no te importe que te haya cogido la camisa.

Matt no dice nada. Solo me mira. Como si no pudiera apartar la vista, aunque quisiera.

Y yo sé que debería sentir vergüenza. Que debería darme media vuelta y volver arriba antes de hacer el ridículo más grande de mi vida.

Pero no lo hago.

En lugar de eso doy un paso hacia él.

Matt se tensa como si lo hubiera golpeado.

—Para.

—¿Por qué?

—Maya. Por favor.

Doy otro paso. Más cerca ahora. Lo suficientemente cerca como para ver cómo se le dilatan las pupilas. Como para oír cómo se le acelera la respiración.

—¿Te importa? —pregunto, señalando la camisa—. ¿Que te la haya cogido?

—No. Pero…

—¿Pero?

—Tienes que alejarte de mí.

El rechazo me golpea con menos fuerza de la esperada. Porque puedo ver lo que le está costando decirlo. Puedo ver la tensión en cada músculo de su cuerpo. La forma en que sus manos se cierran en puños a los lados.

—¿Por qué? —susurro.

—Porque no soy de fiar cuando estás cerca.

El aire desaparece de mis pulmones.

—¿Qué?

—Por si no te has dado cuenta antes. No soy de fiar.

Matt me sostiene la mirada. Esos ojos azules se clavan en los míos con una intensidad que me atraviesa entera.

Y yo no sé qué hacer con eso. Con la honestidad brutal de esas palabras. Con el hecho de que acaba de admitir lo que he sospechado.

Doy otro paso.

Matt retrocede hasta que su espalda golpea contra la encimera. No tiene a dónde ir. No puede escapar.

—Maya.

—Me he dado cuenta —susurro—. Esta tarde. Me he dado cuenta perfectamente.

Algo pasa por su cara. Algo que parece vergüenza y deseo mezclados de una forma que hace que se me encoja el estómago.

—Perdón. No debería… no tengo ningún derecho a…

—No te disculpes.

—Claro que tengo que disculparme. Eres la hermana de mi mejor amigo y yo.

—¿Y tú qué?

Matt no contesta. Solo me mira con una expresión que dice que está librando una batalla interna que está a punto de perder.

Y yo decido empujarlo.

Me acerco más. Tanto que puedo sentir el calor que irradia su cuerpo. Tanto que si levantara la mano podría tocarlo.

Los ojos de Matt bajan hacia mi boca. Luego más abajo. Hacia donde la camisa se abre en el cuello dejando ver más piel de la que debería.

Y puedo ver exactamente lo que le está haciendo esto.

Puedo verlo en la tensión de su mandíbula. En la forma en que respira. En el bulto que se le está marcando en los vaqueros y que no puede ocultar.

—Deberías volver arriba —dice, pero su voz suena rota.

—No quiero.

—Maya…

—¿Qué pasa si no quiero alejarme de ti?

Matt cierra los ojos como si le doliera oírme decir eso.

—No sabes lo que estás diciendo.

—Sí lo sé.

—No. No lo sabes. Porque si lo supieras estarías corriendo en dirección contraria.

Las palabras deberían asustarme. Deberían hacer que me echara atrás. Pero lo único que hacen es darme más valor.

Me acerco todavía más.

Los ojos de Matt se abren de golpe.

—¿Qué haces?

—Lo que quiero hacer.

—No…

Pero no termina la frase porque me pongo justo delante de él antes de que pueda detenerme.

A Matt se le escapa un sonido estrangulado de placer. Gutural. Primitivo. Que hace que se me dispare el pulso.

Sus manos vuelan a mis caderas. Grandes. Firmes. Quemándome a través de la tela de la camisa.

—No sabes lo que estás haciendo, Maya —susurra, y su voz suena como si le estuviera costando cada palabra.

Me inclino hacia delante. Presiono mi pecho contra el suyo. Siento cómo se tensa debajo de mí. Cómo jadea audiblemente.

Me pongo de puntillas y me acerco a su oído.

—Estoy haciendo justo lo que quiero hacer.

Matt tiembla. Literalmente tiembla debajo de mí. Sus dedos se clavan en mis caderas con tanta fuerza que sé que mañana voy a tener marcas.

Y no me importa.

Quiero sus marcas en mi piel. Quiero la prueba de que esto está pasando. De que no soy la única que siente esto.

—Maya. —Mi nombre sale como una súplica. Como una advertencia.

Me aparto solo lo suficiente para poder mirarlo a los ojos.

Están casi negros. Las pupilas tan dilatadas que apenas veo el azul. La respiración entrecortada. La mandíbula tan tensa que parece que va a romperse.

Y debajo de mí puedo sentir exactamente lo que le estoy haciendo. Está duro. Caliente. Presionando contra mí de una forma que hace que se me corte la respiración.

—Dime que me vaya y lo haré —susurro.

Matt no dice nada durante un momento que parece eterno.

Sus ojos buscan los míos. Como si estuviera buscando algo. Como si estuviera intentando decidir si esto es real o si es una alucinación que su cerebro ha creado.

—No puedo —dice por fin, y su voz suena derrotada—. No puedo decirte que te vayas cuando es lo único que he querido durante años.

El mundo se detiene.

—¿Qué?

—Llevo años queriendo esto. Queriendo tenerte así. Cerca. Tan cerca que pueda…

No termina la frase. Pero no hace falta.

Porque puedo ver la verdad en sus ojos. En la forma en que me está mirando. En cómo sus manos se han movido de mis caderas a mi espalda baja. En cómo me está atrayendo más hacia él, aunque sabe que no debería.

Me inclino hacia delante de nuevo. Más despacio esta vez. Dándole tiempo para que me detenga si quiere.

No lo hace.

Nuestras bocas están a centímetros de distancia. Puedo sentir su aliento contra mis labios. Cálido. Entrecortado.

—Matt…

El timbre suena.

Los dos nos quedamos helados.

El sonido resuena por toda la casa. Fuerte. Insistente. Completamente inoportuno.

Matt maldice entre dientes. Una palabra baja y cruda que hace que algo se me tense en el estómago.

—No te muevas —dice.

Pero yo ya me estoy alejando de él. Dándole espacio. Intentando que mi cerebro procese lo que acaba de pasar.

Lo que casi ha pasado.

Matt se pasa una mano por la cara. Respira hondo. Intenta recomponerse.

Pero puedo ver que le está costando. Puedo ver la tensión en cada línea de su cuerpo. La forma en que tiene que ajustarse los vaqueros porque todavía está duro. La forma en que no puede mirarme a los ojos.

El timbre vuelve a sonar.

—Tengo que… —Señala vagamente hacia la puerta.

—Ve.

Matt asiente. Da un paso hacia el salón. Se para. Se gira a mirarme.

Se va antes de que pueda decir nada. Lo oigo cruzar el salón. Sus pasos firmes contra el suelo de madera. La maldición que suelta cuando el timbre suena por tercera vez.

Y yo me quedo ahí de pie en medio de la cocina con su camisa puesta y las piernas temblando y una única certeza atravesándome entera.

Matt me desea.

Y yo acabo de demostrarle que el sentimiento es completamente mutuo.

MATT

Cruzo el salón con la mandíbula apretada y la polla tan dura que me duele caminar.

El timbre vuelve a sonar y tengo que obligarme a no arrancarlo de la pared.

¿Quién demonios viene a estas horas?

Son las diez de la noche. En Millbrook a las diez de la noche todo el mundo está en su casa. Nadie llama a las puertas. Nadie molesta.

Excepto esta noche.

La noche en la que Maya ha bajado con mi camisa puesta y sin nada debajo y se ha pegado a mi cuerpo y me ha susurrado al oído que estaba haciendo exactamente lo que quería hacer.

Joder.

Joder.

Tengo que ajustarme los vaqueros otra vez porque si abro la puerta así quien sea que esté ahí se va a dar cuenta de inmediato de lo que estaba pasando.

De lo cerca que he estado de cruzar una línea que no debería cruzar.

Llego a la puerta. Respiro hondo. Intento que mi cerebro funcione con algo más que la sangre que tengo toda concentrada en la polla.

No funciona muy bien.

Pongo la mano en el pomo.

Y justo antes de abrir pienso: menos mal que nos han interrumpido.

Porque cinco segundos más y habría perdido el control completamente.

Cinco segundos más y habría hecho exactamente lo que llevo años queriendo hacer.

La habría besado. La habría levantado en brazos. La habría llevado a mi habitación y la habría follado como llevo soñando durante años. Y no la habría dejado salir hasta que los dos estuviéramos demasiado agotados para movernos.

Y eso no puede pasar.

Maya no puede querer que un hombre como yo la toque. No puede.

Excepto que parecía que sí quería.

Parecía que quería exactamente eso.

El timbre vuelve a sonar.

Abro la puerta.

CAPÍTULO 23

MATT

Abro la puerta preparado para mandar al infierno a quien sea que nos esté molestando a estas horas.

Y me encuentro con el alcalde Thompson en mi porche.

Y con Aiden justo detrás de él.

Se me cae el estómago al suelo.

—Buenas noches, Matt —dice el alcalde con esa sonrisa que usa cuando está en un asunto oficial—. Siento molestar tan tarde.

Son las diez de la noche y hace un minuto tenía a Maya sobre mí en la cocina.

Hace un minuto estaba a punto de besarla.

Y ahora mi mejor amigo está en mi porche mirándome.

—No pasa nada —consigo decir, aunque la voz me sale más tensa de lo que me gustaría—. ¿Qué necesitáis?

—Vengo de forma oficial —explica Thompson—. Para verificar que se están cumpliendo los términos del testamento de Ruth. Tengo que asegurarme de que tanto tú como la señorita Cooper estáis residiendo en la propiedad como establece la cláusula.

Por supuesto.

Por supuesto que viene a verificarlo justo esta noche.

Justo cuando todavía tengo la polla dura, el olor de Maya en la piel y el cerebro funcionando a medio gas.

—Ya le he dicho que estáis viviendo juntos —dice Aiden, y hay algo en su tono que me pone alerta—. Pero insiste en comprobarlo personalmente.

—Son las reglas, sheriff —responde el alcalde sin inmutarse—. El testamento es muy específico. Debo verificar que ambos residen aquí. Que comparten espacios. Que conviven de verdad.

Me paso una mano por la cara intentando que mi cerebro funcione.

Intentando pensar en algo que no sea en Maya en la cocina. Maya contra mi cuerpo. Maya susurrándome al oído.

—Maya está aquí —consigo decir—. Arriba. Probablemente ya esté dormida —miento, y rezo para que se haya ido al cuarto.

—¿Matt?

La voz de Maya viene desde detrás de mí.

Se me para el corazón.

No.

No, no, no.

Me giro despacio.

Y ahí está.

De pie a tres metros de distancia. En medio del salón.

Con mi camisa puesta.

Solo mi camisa.

Con las piernas completamente desnudas desde medio muslo hasta los pies descalzos. El pelo suelto cayéndole por los hombros. Los ojos entrecerrados como si estuviese preocupada por quién puede ser. La tela gris de la camisa ajustándose en sitios donde no debería estar ajustándose delante de nadie.

Y Aiden y el alcalde pueden verla.

Aiden está viendo a su hermana así.

—¿Qué demonios? —La voz de mi mejor amigo suena cortante. Peligrosa.

Me muevo antes de pensar.

Doy un paso hacia atrás. Uno que me pone directamente entre Maya y la puerta. Entre ella y Aiden.

Y les cierro la puerta en las narices.

Un portazo que resuena por toda la casa y que probablemente van a oír en todo el pueblo.

Me da igual.

Me giro hacia Maya.

Sigue ahí. En medio del salón. Mirándome con los ojos muy abiertos y la boca entreabierta.

Y la camisa…

La puta camisa que deja ver demasiado. Que se le abre en el cuello. Que le llega justo hasta donde empieza a volverme loco.

—Sube —digo, y me sale más brusco de lo que pretendía—. Ahora.

—Matt, yo no sabía que…

—Sube a cambiarte. No quiero que nadie te vea así.

Las palabras salen antes de que pueda filtrarlas.

Y en cuanto las digo me doy cuenta de cómo suenan.

Posesivas.

Territoriales.

Como si tuviera algún derecho sobre ella.

Como si Maya fuera mía y no pudiera soportar que otro hombre la viera vestida solo con mi ropa.

El silencio que cae entre nosotros es tan denso que casi puedo tocarlo.

Maya me mira sin decir nada. Solo me mira. Con esos ojos verde avellana muy abiertos y algo en su expresión que hace que se me tense todo el cuerpo.

Sorpresa.

Y algo más.

Algo que parece satisfacción.

Como si mi reacción le dijera exactamente lo que necesitaba saber.

Mierda.

—Yo… —Su voz sale como un susurro—. Vale.

Se da la vuelta. Sube las escaleras despacio. Cada paso deliberado. Como si no tuviera prisa.

Llega arriba. Desaparece en su habitación.

La puerta se cierra con un clic suave.

Y yo me quedo ahí de pie en medio del salón con el corazón latiéndome demasiado rápido y la certeza de que acabo de cagarla.

Porque Aiden ha visto a su hermana con mi camisa.

Y yo he reaccionado como un hombre que tiene algo que ocultar.

Como un hombre que no puede soportar que otros la vean.

Como un hombre para el que Maya es algo más que la hermana de su mejor amigo.

Golpean la puerta.

Más fuerte esta vez.

—¡Matt! —La voz de Aiden suena furiosa—. Abre la puerta. Ahora.

Respiro hondo.

Una vez.

Dos.

Intento que el pulso se me calme.

No funciona.

Abro.

Aiden está ahí con una expresión que no le he visto nunca. Tiene la mandíbula apretada. Los ojos oscuros. Los puños cerrados a los lados como si estuviera intentando no golpearme.

El alcalde está detrás de él con las cejas arqueadas hasta la frente y una expresión de quien acaba de presenciar algo muy interesante.

—¿Se puede saber qué coño acaba de pasar? —pregunta Aiden, y su voz suena contenida. Peligrosa.

—Maya no sabía que estabais aquí.

—Eso me ha quedado claro. Lo que no me ha quedado claro es por qué mi hermana está paseándose por tu casa con solo una camisa puesta.

—No se estaba paseando. Ha bajado a ver quién era.

—Con tu ropa.

—Con una camisa que habrá cogido del cesto de la ropa limpia. No significa nada.

—¿No significa nada?

—No.

Aiden me mira durante un momento largo. Demasiado largo. Como si estuviera buscando algo en mi cara. Como si estuviera intentando decidir si creerme o no.

—Caballeros —interrumpe el alcalde—. Estamos aquí en una visita oficial. No en asuntos personales.

—Me da igual. Esto es un asunto personal —responde Aiden sin apartar la vista de mí.

—Sheriff Cooper. Por favor.

Aiden aprieta la mandíbula, pero no dice nada más.

El alcalde se aclara la garganta.

—¿Podemos entrar? Solo necesito verificar que la señorita Cooper reside aquí y luego nos iremos.

No quiero dejarlos entrar.

Cada fibra de mi cuerpo me está diciendo que cierre la puerta y que no deje que Aiden entre mientras Maya está arriba vistiéndose.

Pero no tengo otra opción.

—Claro.

Me aparto.

Los dos entran. Aiden pasa a mi lado y puedo sentir la tensión radiando de él. Se coloca en el salón con los brazos cruzados. En posición de guardia. Como si estuviera vigilando.

Como si estuviera aquí no solo como sheriff sino como hermano.

El alcalde saca una libreta del bolsillo de su chaqueta. Empieza a tomar notas mientras mira alrededor. Evaluando la casa. Buscando señales de que Maya realmente vive aquí.

—¿Cuánto tiempo lleva la señorita Cooper residiendo en la propiedad? —pregunta.

—Un par de semanas.

—¿Y duerme aquí todas las noches?

—Sí.

—¿En qué habitación?

—La del final del pasillo. La que tiene mejores vistas.

Thompson anota algo.

—¿Y tú duermes…?

—En la habitación de enfrente.

—Entiendo. ¿Comparten espacios comunes? ¿Cocina? ¿Salón?

—Sí. Ambas.

—¿Hacen las comidas juntos?

—Sí. Desayunamos juntos todas las mañanas. Cenamos juntos por las noches.

—Bien. ¿Y realizan otras actividades conjuntas?

La pregunta me descoloca un momento.

—¿Qué tipo de actividades?

—El testamento establece que deben convivir de verdad. No solo compartir techo sino vida. ¿Hacen cosas juntos más allá de las comidas?

—Hablamos. Vemos películas algunas noches. Ella ayuda con cosas del rancho cuando puede.

—Perfecto.

El alcalde escribe más anotaciones.

Y durante todo este tiempo Aiden no ha dicho ni una palabra. Solo me mira. Con esa intensidad que tiene cuando está procesando algo. Cuando está juntando piezas en su cabeza.

Piezas que probablemente no va a gustarle cómo encajan.

Cuando se escuchan pasos en las escaleras, los tres nos giramos al mismo tiempo.

Maya baja despacio. Se ha cambiado. Lleva un pijama ahora. Pantalones de franela grises. Camiseta blanca de manga larga. El pelo recogido en una coleta baja. Los pies todavía descalzos.

Completamente cubierta.

Completamente apropiada.

Y sigo sin poder apartar la vista de ella.

—Señorita Cooper —dice el alcalde cuando Maya llega al final de las escaleras—. Buenas noches. Siento molestarla a estas horas.

—No pasa nada, señor Thompson. —Su voz sale tranquila. Más tranquila de lo que debería considerando lo que acaba de pasar—. Entiendo que ha venido porque tiene que verificar el testamento.

—Exacto. Solo necesito confirmar algunos detalles. ¿Está cómoda viviendo aquí?

—Sí. Muy cómoda.

—¿La casa tiene todo lo que necesita?

—Sí. Matt ha preparado todo muy bien.

No me mira cuando lo dice, pero puedo sentir el peso de sus palabras. La forma en que está eligiendo cada una con cuidado.

—Perfecto. ¿Y tiene previsto quedarse el año completo como establece el testamento?

—Sí.

—¿Sin interrupciones?

—Sin interrupciones.

—Excelente.

El alcalde cierra su libreta. Se la guarda en el bolsillo de la chaqueta.

—Todo parece estar en orden. Haremos visitas periódicas durante el próximo año. Sin previo aviso. Para asegurarnos de que se sigue cumpliendo la cláusula.

—Lo entendemos —consigo decir.

—Bien. —Se gira hacia la puerta—. Ah, Matt. Antes de irme, he oído que este fin de semana vas a hacer la exhibición anual de caballos.

La exhibición.

Estoy tan distraído con Maya en el rancho que no le estoy dedicando el tiempo suficiente y me siento fatal por ello.

—Sí. Es el sábado.

—Excelente. Unos amigos inversores están interesados en ver lo que tienes. Espero que no te importe que venga.

—Por supuesto que no. Estás invitado.

—Perfecto. Nos vemos entonces.

El alcalde sale por la puerta. Se despide con un gesto de la mano y baja los escalones del porche hacia su coche.

Aiden no se mueve.

Se queda ahí de pie mirándome con esa expresión que conozco demasiado bien.

La expresión que dice que sabe que hay algo que no le estoy contando.

Y que va a averiguar qué es.

—Aiden. —empieza Maya, dando un paso hacia él.

—Tú y yo tenemos que hablar —le interrumpe sin mirarla. Sin apartar esos ojos de los míos—. Pero no va a ser esta noche.

—No hay nada de qué hablar.

—Claro que lo hay.

—Aiden.

—Pero como ha dicho el alcalde, estoy aquí en una visita oficial. Así que me voy. —Se gira hacia la puerta. Se para en el umbral. Me mira por encima del hombro—. Pero vamos a hablar. Pronto.

Sale antes de que pueda contestar. La puerta se cierra detrás de él. No con un portazo. Sino con un clic controlado que de alguna forma es peor.

Me quedo ahí de pie en medio del salón sin saber qué hacer.

Maya sigue a mi lado. Puedo sentir su mirada en mi espalda. Puedo sentir las palabras que quiere decir acumulándose en el silencio.

—Matt.

—Tengo que irme a dormir.

Las palabras me salen cortantes. Más frías de lo que pretendía.

—Pero tenemos que hablar de…

—No hay nada de qué hablar.

—Claro que lo hay. Lo que me has dicho antes…

—No significa nada.

—Matt.

—Buenas noches, Maya.

Subo las escaleras sin mirarla. Paso por su lado sin detenerme. Sin permitirme mirarla porque si lo hago voy a hacer algo estúpido.

Como pedirle perdón por hablarle así.

Como admitir que cada palabra que he dicho es verdad.

Que no quiero que nadie la vea así porque no puedo soportar la idea de que otro hombre la mire de la forma en que yo la miro.

Llego a mi habitación. Cierro la puerta.

Y me quedo ahí apoyado contra la madera con los ojos cerrados y la mandíbula apretada.

Esto tiene que parar.

No puedo seguir perdiendo el control cada vez que Maya está cerca.

No puedo seguir queriendo cosas que no puedo tener.

No puedo seguir siendo el tipo de hombre que mira a la hermana de su mejor amigo como si le perteneciera.

Tengo que controlarme.

Ya es hora de que empiece a hacerlo.

Aunque me cueste todo lo que tengo.

CAPÍTULO 24

MAYA

Han pasado tres días desde la noche de la camisa.

Tres días en los que Matt me ha estado evitando como si tuviera la peste.

Se levanta antes del amanecer. Desayuna solo. Se pasa el día entero en el establo o en los campos con los caballos. Cena tan tarde que para cuando termina yo ya me he ido a dormir. O eso cree él.

Porque la verdad es que me quedo despierta escuchando sus pasos en las escaleras. El crujido de la madera bajo sus botas. El sonido de la puerta de su habitación cerrándose.

Y luego me quedo ahí tumbada en la oscuridad preguntándome si me lo he inventado todo.

Si esa noche en la cocina fue real.

Si de verdad me dijo que llevaba años deseándome.

Si de verdad estuvimos a punto de besarnos antes de que el timbre lo arruinara todo.

Porque ahora actúa como si no hubiera pasado nada. Como si yo fuera invisible. Como si aquellos minutos en los que me tuvo contra su cuerpo hubieran sido un sueño.

Y estoy empezando a volverme loca.

Por eso bajo las escaleras a las seis y media de la mañana. Demasiado temprano para cualquier persona normal. Pero Matt no es una persona normal. Matt es un hombre que se esconde de mí levantándose cuando todavía está oscuro.

Y yo estoy harta de que se esconda.

Entro en la cocina justo cuando se está sirviendo café en un termo.

Se queda helado cuando me ve.

Como si fuera lo último que esperaba encontrarse esta mañana.

—Buenos días —digo.

—Buenos días.

No me mira. Solo cierra el termo con más fuerza de la necesaria. Lo mete en su mochila. Coge las llaves de la encimera.

—Tengo que irme.

—Voy a ayudarte con la exhibición.

Las palabras salen claras. Directas. Sin espacio para la réplica.

Matt se queda con la mano en el pomo de la puerta. La espalda se le tensa bajo la camisa de franela.

—No hace falta.

—No te he preguntado si hace falta. Te he dicho que voy a hacerlo.

Se gira despacio. Me mira por primera vez en tres días. De verdad. Con esos ojos azules clavados en los míos.

—Maya. No es una buena idea.

—Estoy muerta de aburrimiento. Necesito hacer algo que no sea pasearme por esta casa como un fantasma. Y tú necesitas ayuda para la exhibición del sábado.

—Puedo yo solo.

—Lo sé. Pero no vas a hacerlo.

Matt me mira durante un momento largo. Puedo ver la batalla que está librando. La forma en que quiere decir que no. La forma en que sabe que no puede.

—Es mucho trabajo —dice por fin.

—Perfecto.

—Trabajo sucio. Pesado. Nada glamuroso.

—¿Te parezco alguien que busca glamur?

Se le escapa algo que casi parece una sonrisa. Pero la aplasta antes de que pueda formarse del todo.

—Vale —dice—. Pero si te cansas me lo dices.

—No me voy a cansar.

—Maya.

—Matt. Déjalo. Voy a ayudarte y punto.

No dice nada más. Solo se da la vuelta y sale por la puerta.

Y yo lo sigo antes de que pueda cambiar de opinión.

Resulta que Matt no mentía sobre el trabajo.

Llevo cinco horas limpiando estanterías que probablemente no se han tocado en una década. Organizando arreos y sillas de montar que estaban amontonados sin ningún criterio. Haciendo inventario de todo el equipo que van a necesitar para la exhibición.

Y dirigiendo a Jake y a Tom mientras limpian los boxes.

Porque resulta que se me da bien esto de organizar. Estos años trabajando para Marcus Walker me han enseñado a coordinar equipos sin que se den cuenta de que los estoy coordinando.

Matt aparece cada hora. Comprueba cómo va todo. Me mira como si no pudiera creer que siga aquí. Y luego se va antes de que pueda decir más de tres palabras.

Es agotador.

Más que el trabajo físico. Más que el polvo que tengo metido hasta en los pulmones.

Esta forma en que me evita como si quemara.

Son casi las cinco de la tarde cuando lo oigo entrar en el establo otra vez. Sus botas hacen ese sonido inconfundible contra el cemento.

Estoy en uno de los boxes del fondo limpiando la estantería donde guardan las medicinas de los caballos. Hay tanto polvo que he tenido que atarme un pañuelo en la cabeza.

—¿Maya?

Su voz suena cerca.

—Estoy aquí.

Los pasos cada vez se escuchan más cerca. Luego Matt aparece en la puerta del box.

Me ve. Y se queda completamente quieto.

Durante un segundo entero no dice nada. Solo me mira con una expresión que no sé identificar.

—¿Qué? —pregunto.

—Tienes polvo.

—¿Dónde?

—En todas partes.

Me llevo una mano a la cara. Los dedos se me quedan grises.

—Genial. Justo la imagen que quería proyectar.

—No te muevas.

Matt se acerca. Da dos pasos que cierran la distancia entre nosotros. Tres que lo ponen justo delante de mí.

Y luego levanta la mano.

Despacio.

Como si me estuviera dando tiempo para apartarme.

No me aparto.

Sus dedos rozan mi mejilla. Suaves. Cálidos. Quitándome el polvo con un cuidado que hace que se me olvide respirar.

No dice nada. Solo me limpia. Primero una mejilla. Luego la otra. Su pulgar pasa por mi nariz. Por mi frente.

Y no puedo dejar de mirarle.

—Matt… —Su nombre sale como un susurro.

Su mano se detiene. Con la palma contra mi mejilla. Con el pulgar justo en la comisura de mi boca.

Y entonces sus ojos bajan.

Hacia mis labios.

El aire desaparece entre nosotros. Completamente. Como si alguien hubiera aspirado todo el oxígeno del box.

—Joder —susurra, y su voz suena rota.

No sé quién se mueve primero.

Si soy yo la que me pongo de puntillas o si es él quien se inclina.

Solo sé que de repente su boca está en la mía.

Y todo desaparece.

El establo. El polvo. Los tres días de silencio. Todo se evapora y lo único que queda es esto.

Sus labios contra los míos. Cálidos. Firmes. Moviéndose de una forma que hace que se me doblen las rodillas.

No es un beso suave. No es delicado. Es todo lo contrario.

Es desesperación pura.

Como si llevara años conteniendo esto y ya no pudiera más. Como si el simple hecho de tocarme hubiera roto todas sus defensas

de golpe.

Sus manos vuelan a mi cintura. Me atraen hacia él. Me presionan contra su pecho con tanta fuerza que puedo sentir cada músculo. Cada latido de su corazón.

Y yo le rodeo el cuello con los brazos. Me aferro a él como si fuera lo único sólido en el mundo.

Su lengua roza mi labio inferior. Una vez. Dos. Pidiendo permiso que le doy sin pensar.

Abro la boca y Matt gime.

Es un sonido bajo. Gutural. Que me atraviesa entera y hace que se me tensen cosas que no sabía que podían tensarse.

El beso se profundiza. Su lengua encuentra la mía y de repente estamos devorándonos. No hay otra palabra para esto. Es hambre. Es necesidad. Es años de querer algo que parecía imposible.

Sus manos suben por mi espalda. Grandes. Calientes. Quemándome a través de la tela de la camiseta. Bajando otra vez hasta mis caderas. Subiendo. Como si no pudiera decidir dónde tocarme primero. Como si quisiera tocarme en todas partes a la vez.

Y yo no puedo pensar.

No puedo hacer nada más allá de sentir.

Sentir cómo sabe. A café y a algo más oscuro debajo. Sentir cómo me toca. Con esa mezcla de reverencia y desesperación que hace que se me derritan todos los huesos. Sentir cómo me necesita. Como si yo fuera el aire que necesita para respirar.

—Maya —Mi nombre sale como un gemido contra mis labios.

Y ese sonido. Ese sonido hace que se me olvide todo lo demás.

Matt gruñe. Me levanta del suelo sin esfuerzo. Me sienta en la estantería que acabo de limpiar. Se coloca entre mis piernas sin separar su boca de la mía ni un segundo.

Y ahora estoy a su altura. Ahora puedo besarlo sin tener que estirarme. Ahora puedo rodearle la cintura con las piernas y atraerlo más hacia mí.

Lo hago.

Matt jadea contra mi boca cuando siente mis piernas alrededor de él. Cuando me presiono contra esa dureza que no puede ocultar.

—Joder, Maya —dice, y su voz suena destrozada—. No sabes cuánto tiempo…

—Muéstramelo —susurro contra sus labios.

Y Matt pierde el control completamente.

Me besa como si el mundo fuera a acabarse. Como si esto fuera lo último que va a hacer en su vida y quisiera que contara. Sus manos se clavan en mis caderas con tanta fuerza que sé que mañana voy a tener marcas.

Y me da igual.

Quiero sus marcas. Quiero llevar la prueba de esto en la piel.

Una de sus manos sube hasta mi pelo. Tira. No con fuerza. Solo lo suficiente para echarme la cabeza hacia atrás. Para dejar mi cuello expuesto.

Y entonces su boca baja.

Besa esa línea desde mi mandíbula hasta la clavícula. Cada beso es caliente. Húmedo. Hace que se me escape un sonido que no reconozco.

—Llevo años queriendo hacer esto —murmura contra mi piel—. Años imaginando cómo sabrías.

—¿Y? —consigo preguntar, aunque apenas me sale la voz.

—Sabes mejor. Joder. Mucho mejor de lo que imaginaba.

Me muerde. Justo donde el cuello se une al hombro. Succiona. Y yo tengo que morderme el labio para no gritar.

—Matt.

Vuelve a mi boca. Me besa con una intensidad que me está volviendo loca. Con una necesidad que hace que yo también pierda el control.

Mis manos se meten debajo de su camiseta. Siento esos músculos que se tensan bajo mi toque. Esa piel que está caliente y ligeramente húmeda de sudor. Ese vello que baja por su estómago y que desaparece bajo la cinturilla de sus vaqueros.

Matt gruñe cuando mis dedos rozan esa línea. Se aprieta más contra mí. Y puedo sentir exactamente lo que le estoy haciendo. Está duro. Caliente. Presionando contra mí de una forma que hace que se me corte la respiración.

—¿Matt?

La voz de Jake llega desde algún lugar lejano.

Los dos nos quedamos completamente helados.

Matt se aparta de golpe. Como si quemara. Como si de repente se hubiera dado cuenta de lo que estamos haciendo.

Da un paso atrás. Dos. Hasta que hay un metro de distancia entre nosotros.

Y puedo ver el momento exacto en el que la realidad lo golpea.

—Mierda —susurra, pasándose las manos por la cara.

—Matt…

—No debería haber. Perdón. Yo…

—¿Matt? ¿Estás ahí?

Jake suena más cerca ahora.

—Sí —responde Matt, y su voz sale demasiado alta. Demasiado tensa—. Voy ahora.

Me mira una última vez. Y hay tanto en esa mirada. Tanto que no sé ni por dónde empezar a desenredarlo.

Pánico. Deseo. Algo que parece terror mezclado con anhelo.

Y entonces sale del box sin decir nada más.

Lo oigo hablando con Jake. Sus voces alejándose hacia la entrada del establo. El sonido de la puerta al cerrarse.

Y yo me quedo ahí. Sentada en la estantería. Con los labios hinchados. Con el corazón latiéndome tan fuerte que me duele. Y la certeza de que todo acaba de cambiar.

Matt me ha besado.

Como si fuera lo único que ha querido en toda su vida.

Y luego ha salido corriendo en cuanto alguien nos ha interrumpido.

Como si fuera el peor error que ha cometido nunca.

CAPÍTULO 25

MAYA

Matt lleva dos días evitándome.

Otra vez.

Como si el beso nunca hubiera pasado. Como si no me hubiera tenido entre sus brazos en el establo besándome como si llevara años soñando con hacerlo.

Como si yo fuera un fantasma.

Se levanta antes que yo. Desayuna solo. Pasa el día entero preparando la exhibición. Cena cuando yo ya me he ido a dormir.

Y yo lo dejo.

Hasta hoy.

Porque hoy es sábado. Hoy es la exhibición. Y hoy no va a poder esconderse de mí.

El rancho está lleno de gente desde las nueve de la mañana. Hay camionetas aparcadas por todas partes. Familias enteras del pueblo que han venido a ver los caballos. Compradores de otros condados. Incluso he visto un par de coches con matrícula de Wyoming.

Matt está en su elemento.

Lo veo desde el porche donde estoy sirviendo limonada a todo el que pasa. Está en el centro del picadero con Romeo, uno de los potros de dos años que ha estado entrenando durante meses. El caballo es precioso. Todo músculo y energía contenida. Castaño oscuro con una mancha blanca en la frente.

Matt lo monta con esa facilidad que tiene. Como si él y el caballo fueran una sola entidad. Lo hace trotar. Galopar. Hacer giros cerrados que arrancan aplausos de la gente que está mirando.

Y yo no puedo apartar la vista de él.

De cómo se mueve. De cómo controla al animal con apenas un toque de las riendas. De esa confianza absoluta que tiene cuando está con los caballos.

Es devastador.

—Impresionante, ¿verdad?

Me giro. La señora Peterson está a mi lado con un vaso de limonada en la mano y esa sonrisa de abuela que siempre tiene.

—Mucho.

—Ruth estaría muy orgullosa de él. De lo que ha conseguido con el rancho.

Las palabras me aprietan algo en el pecho.

—Lo estaría.

—Y tú también deberías estarlo. He visto cómo has estado organizándolo todo esta semana. El pueblo entero habla de ello.

Me arde la cara.

—Solo he ayudado un poco.

—Has hecho mucho más que ayudar un poco, cielo. —Me da un golpecito cariñoso en el brazo—. Matt tiene mucha suerte de tenerte aquí.

Se va antes de que pueda contestar. Y yo me quedo ahí de pie con sus palabras resonándome en la cabeza.

Sigo sirviendo limonada. Sonriendo a la gente que conozco desde niña. Contestando preguntas sobre Nueva York. Sobre cuánto tiempo me voy a quedar. Sobre si he echado de menos Montana.

Y mientras lo hago no dejo de buscar a Matt con la mirada.

Está con un grupo de compradores ahora. Señalando a uno de los caballos en el corral. Explicando su linaje. Sus características. Por qué es perfecto para competición.

Es bueno en esto.

Muy bueno.

Vende tres caballos en dos horas. A precios que hacen que la gente murmure entre sí. Que hacen que el alcalde Thompson lo mire con esa expresión de orgullo que pone cuando algo del pueblo sale bien.

Son casi las tres de la tarde cuando empiezo a sentirme rara.

No es nada concreto al principio. Solo una sensación extraña. Como si el suelo no estuviera del todo firme bajo mis pies.

Me apoyo en la barandilla del porche. Respiro hondo.

El mareo llega sin avisar.

Una ola que me sube desde el estómago hasta la cabeza. Que hace que todo se incline ligeramente hacia un lado.

Me agarro más fuerte a la barandilla.

Respiro otra vez.

El mareo no se pasa.

Empeora.

El ruido de la gente se vuelve más lejano. Como si alguien hubiera puesto todo bajo el agua. Las voces pierden definición. Se convierten en un murmullo sordo que no consigo procesar.

Y hace calor.

Demasiado calor.

Como si el sol se hubiera acercado diez metros de golpe.

—¿Estás bien, cariño?

La voz de una vecina me llega desde muy lejos.

Intento contestar. Abro la boca.

Pero las palabras no salen.

Y entonces el mundo se inclina del todo.

Las piernas me fallan.

Y caigo.

Lo siguiente que siento son brazos.

Enormes. Firmes. Rodeándome antes de que pueda golpearme contra el suelo.

—¡Maya!

La voz de Matt suena aterrada.

Me sostiene contra su pecho. Puedo sentir su corazón latiendo contra mi oído. Demasiado rápido. Demasiado fuerte.

—Maya, joder, mírame.

Intento abrir los ojos. Me pesan como si tuvieran piedras encima.

Lo consigo. Apenas. Una rendija.

La cara de Matt está a centímetros de la mía. Pálida. Con esos ojos azules abiertos de par en par y llenos de algo que nunca le he visto.

Terror.

—Ya te tengo —dice, y su voz tiembla—. Ya te tengo. No te va a pasar nada.

Me levanta del suelo sin esfuerzo. Como si no pesara nada. Y empieza a caminar hacia la casa con pasos largos y rápidos.

—¡Aiden! —grita—. ¡Aiden, joder, ven aquí!

Puedo oír voces. Murmullos. Pasos corriendo detrás de nosotros.

Pero todo sigue sonando lejano. Como si estuviera bajo el agua.

Matt entra en casa. Cruza el salón. Me deja en el sofá con tanto cuidado que parece que piensa que puedo romperme.

—¿Qué ha pasado? —La voz de Aiden suena cerca.

—Se ha desmayado. Estaba en el porche y de repente…

—¿Has llamado al médico?

—No he tenido tiempo, joder. Ve a buscarlo. Está en el establo. Lo he visto hace diez minutos.

—Voy.

Escucho pasos alejándose. La puerta cerrándose.

Y entonces solo estamos Matt y yo.

Él sigue arrodillado a mi lado. Con una mano en mi cara. Con el pulgar acariciándome la mejilla.

—Estoy bien —consigo susurrar.

—No estás bien. Te has desmayado.

—Solo ha sido un mareo. Pasa.

—No pasa, Maya. La gente normal no se desmaya sin razón.

—Estoy bien. De verdad. Solo necesito agua.

—Ahora vas a beber toda el agua del mundo. Pero primero va a verte el médico.

No tengo fuerzas para discutir. Para decirle que no hace falta. Que sé exactamente por qué me he desmayado y que no es nada grave.

La puerta se abre de golpe.

Aiden entra primero. El doctor Morrison detrás de él.

—Maya —dice el doctor, acercándose al sofá—. ¿Qué ha pasado?

—Solo me he mareado un poco.

—Se ha desmayado —corrige Matt—. Completamente. He tenido que cogerla antes de que se diera con la cabeza contra el suelo.

El doctor Morrison se arrodilla al otro lado del sofá. Saca un tensiómetro de su maletín.

—Vamos a ver.

Me coloca el manguito alrededor del brazo. Lo infla. El silencio en el salón es absoluto. Solo se oye el aire escapando del tensiómetro y mi propia respiración que todavía no se me ha calmado del todo.

Matt no ha apartado la mano de mi cara. Sigue ahí. Con el pulgar moviéndose en pequeños círculos sobre mi pómulo. Como si no fuera consciente de lo que está haciendo.

El doctor Morrison mira el tensiómetro.

—Tienes la tensión un poco baja. Pero dentro de lo normal considerando…

Se calla. Me mira.

Y yo sé exactamente lo que va a decir.

No.

Por favor, no.

—Considerando el embarazo.

El mundo se detiene.

Matt se queda completamente inmóvil. Con su mano paralizada en mi mejilla. Con los ojos clavados en el doctor Morrison como si acabara de hablar en otro idioma.

Aiden está igual. De pie junto al sofá con los brazos caídos a los lados y la boca entreabierta.

Y el doctor Morrison sigue hablando como si acabara de decir la cosa más normal del mundo.

—Los mareos son habituales en el segundo trimestre. Especialmente si has estado mucho tiempo de pie o si hace calor. —Me quita el tensiómetro—. ¿Has bebido suficiente agua hoy?

—No… no lo sé.

—Pues ese es el problema. Con este calor necesitas beber el doble. Y comer algo con azúcar también ayuda.

No puedo apartar la vista de Matt.

De cómo me está mirando.

Como si acabara de verme por primera vez.

Como si no supiera quién soy.

—¿Embarazada? —La voz de Aiden sale estrangulada—. ¿Estás embarazada?

No puedo contestarle. No puedo hacer que las palabras salgan.

Solo puedo mirar a Matt.

A esos ojos azules que de repente están llenos de algo que no sé identificar.

Y el doctor Morrison sigue ahí. Sacando cosas de su maletín. Actuando como si esto fuera una consulta normal.

Como si no acabara de hacer explotar mi vida entera.

CAPÍTULO 26

MAYA

El silencio que cae en el salón después de las palabras del doctor Morrison es tan absoluto que puedo oír el tic-tac del reloj de pared que Ruth puso ahí hace años.

Considerando el embarazo.

Tres palabras.

Tres palabras que acaban de hacer explotar todo.

Matt se ha apartado de mí. Está de pie junto al sofá con los brazos colgando a los lados. Completamente inmóvil. Como si alguien le hubiera dado un golpe en la cabeza y todavía estuviera intentando procesar qué ha pasado.

Me está mirando.

Pero no es la forma en que me ha estado mirando toda la semana. No es la forma en que me miró cuando me besó en el establo hace dos días.

Es diferente.

Como si estuviera viendo a una desconocida.

Como si acabara de darse cuenta de algo que cambia todo.

Aiden está igual. De pie al otro lado del sofá. Con la boca entreabierta. Los ojos muy abiertos. La mandíbula tensa.

Ninguno de los dos dice nada.

Y el silencio se alarga.

Y se alarga.

Y se alarga.

El doctor Morrison se aclara la garganta.

—Voy a por mi otro maletín al coche. Necesito hacerte una auscultación rápida, Maya. —Me mira con esos ojos amables—. Vuelvo enseguida.

Sale de casa.

La puerta se cierra con un clic suave.

Y entonces el silencio es aún peor.

Las lágrimas me caen por la cara antes de que pueda detenerlas.

No hago ningún sonido. Solo lloro. En silencio. Mirando a Matt. Intentando leer en su expresión qué está pensando.

Si está horrorizado. Si está asqueado. Si está pensando en cómo salir de aquí lo más rápido posible.

Matt sigue sin moverse. Sin hablar.

Solo me mira con esos ojos azules que de repente están llenos de algo que no sé identificar.

¿Shock? ¿Pánico? ¿Rechazo?

No lo sé.

Y eso me aterra más que todo lo demás.

—Maya —La voz de Aiden sale tensa. Contenida.

No puedo mirarlo. No puedo apartar la vista de Matt.

—¿Lo sabe el padre? —pregunta mi hermano.

Niego con la cabeza.

El movimiento es pequeño. Apenas perceptible.

—¿Estás saliendo con alguien?

Vuelvo a negar.

—¿Por qué no me has dicho nada?

—Porque… —Se me quiebra la voz y tengo que parar—. Porque no sabía cómo hacerlo.

—¿Cuándo has ido al médico?

—Hace unas semanas. Cuando bajé al pueblo.

—¿Y por qué no me pediste que te acompañara?

—Porque no quería que nadie lo supiera todavía.

Las lágrimas siguen cayendo. No puedo detenerlas. Ni siquiera lo intento ya.

Aiden se pasa una mano por la cara. Respira hondo. Como si estuviera intentando no explotar.

—¿Quién es? —pregunta por fin, y su voz suena peligrosa—. ¿Quién es el padre?

No puedo contestar. Las palabras se me atascan en la garganta.

Porque si se lo digo todo va a explotar. Si le digo que es Matt, su mejor amigo, el hombre en el que confía más que en nadie…

—¿Es alguien de Nueva York? —insiste Aiden.

Niego otra vez.

—¿De aquí?

No digo nada.

Y mi silencio es respuesta suficiente.

—¿Quién? —La voz de Aiden se vuelve más dura—. Dime quién es, Maya.

—No importa.

—Claro que importa. Es el padre de tu hijo. Claro que jodidamente importa.

—Aiden.

—Voy a matar a ese cabrón. —Empieza a caminar de un lado a otro del salón con los puños cerrados—. Juro por Dios que voy a matarlo. ¿Cómo puede alguien ser tan hijo de puta de dejarte embarazada y lavarse las manos? ¿Es que no tiene ni una pizca de decencia?

Las palabras me golpean en el pecho.

—Eso no es lo que ha pasado.

—¿Ah, no? Pues cuéntame cómo es. Porque desde aquí lo que veo es que estás embarazada y sola. Que el padre no está aquí. Que ni siquiera lo sabe.

—Es complicado.

—No es complicado. Es de ser un cabrón sin vergüenza.

Aiden sigue maldiciendo. Paseándose por el salón como si quisiera romper algo con las manos.

Y durante todo este tiempo Matt no ha dicho ni una palabra.

Sigue ahí de pie junto al sofá. Sin moverse. Sin apartar esos ojos de mí.

Mirándome como si estuviera intentando encajar piezas que no le cuadran.

—Me da igual quién sea ese cabrón —dice Aiden, deteniéndose frente al sofá—. Porque te voy a cuidar yo. Tú y el bebé no vais a necesitar a nadie más.

—Aiden, soy mayorcita.

—No me importa. Eres mi hermana. Y ese bebé es mi sobrino. Y os voy a cuidar a los dos aunque tenga que…

—Yo quiero ser el padre del niño.

La voz de Matt corta el aire como un cuchillo.

Los dos nos giramos a mirarlo al mismo tiempo.

Matt está ahí de pie con los puños cerrados a los lados y la mandíbula tan tensa que parece que va a romperse. Pero sus ojos, sus ojos están clavados en mí con una intensidad que me atraviesa entera.

—¿Qué? —Aiden lo mira como si se hubiera vuelto loco.

—Que yo quiero hacerme cargo. Maya va a estar perfectamente atendida.

—Matt.

—Me da igual quién sea el padre. —Su voz sale más fuerte ahora. Más firme—. Cualquier cosa de Maya es mía. Y la quiero. A ella y al bebé.

El corazón se me dispara de una forma que debería ser peligrosa.

Cualquier cosa de Maya es mía.

—¿Has perdido la cabeza? —Aiden lo mira como si no lo reconociera—. No puedes hacerte cargo del hijo de otro.

—Claro que puedo.

—Matt.

—He sido un cobarde toda mi vida. No voy a seguir siéndolo.

—¿De qué demonios estás hablando?

Los dos empiezan a discutir. Las voces superponiéndose. Aiden diciendo que Matt está loco. Matt diciendo que nunca ha estado más cuerdo en su vida.

Y yo no puedo soportarlo ni un segundo más.

—¡No va a tener que hacerse cargo del bebé de otro porque Matt es el padre!

Las palabras salen como un grito.

Los dos se callan de golpe.

Se giran a mirarme al mismo tiempo.

El silencio que cae ahora es tan denso que casi me ahoga.

—¿Qué? —susurra Aiden.

—Matt es el padre del bebé.

Más silencio.

El tipo de silencio que pesa. Que se siente en la piel. Que hace que el aire se vuelva irrespirable.

Y entonces Aiden explota.

—¿Te has acostado con mi hermana? —Su voz suena como un trueno—. ¿La has dejado embarazada y no me has dicho nada?

Matt sigue sin decir nada. Solo me mira. Con esos ojos azules muy abiertos y llenos de algo que parece shock puro.

—Aiden, cálmate —consigo decir, aunque la voz me tiembla—. Matt no lo sabía.

—¿Cómo que no lo sabía?

—No lo recuerda. La noche del funeral de Ruth. Matt estaba borracho. Y yo… yo estaba ahí. Y pasó. Pero él no lo recuerda. No sabía nada del embarazo hasta ahora.

Aiden me mira como si acabara de decir algo en otro idioma.

—¿Me estás diciendo que te acostaste con él cuando estaba borracho?

—Sí.

—¿Te aprovechaste de que estaba destrozado por Ruth?

Las palabras me golpean como una bofetada.

—No fue así.

—¿Ah, no? Pues explícame cómo fue, Maya. Explícame cómo coño te acuestas con alguien que está tan borracho que ni siquiera lo recuerda.

—Yo… —Se me cierra la garganta—. No quería… yo solo…

—¡Explícamelo!

—¡Basta! —Las palabras me salen con más fuerza de la que esperaba—. Basta ya. Sí. Me acosté con Matt cuando estaba borracho. Sí. Debería haberle dicho que no. Sí. He sido una egoísta. Pero no voy a quedarme aquí escuchándote gritar. Así que o te calmas o te largas.

Aiden abre la boca. La cierra. Vuelve a abrirla.

—Maya.

—Vete. Por favor. Matt y yo tenemos que hablar. Solos.

—Ni de coña voy a dejaros solos después de esto.

—Aiden. —Esta vez mi voz sale más suave. Pero firme—. Por favor. Somos adultos. Podemos resolver esto sin que estés aquí vigilando.

Mi hermano me mira durante un momento largo. Puedo ver la batalla que está librando. El hermano mayor que quiere protegerme contra el hombre que sabe que ya no soy una niña.

Que sabe que esto es algo que tengo que resolver sola.

Se gira hacia Matt.

—Como se te ocurra hacerle daño a mi hermana te voy a matar.

Matt lo mira sin pestañear. Sin apartar esos ojos de los suyos.

—Si le hago daño te permitiré que me mates.

Las palabras salen tranquilas. Seguras. Como un voto.

Aiden asiente una vez. Rápido. Como si esas palabras fueran suficientes.

Luego se va.

La puerta se cierra detrás de él.

Y entonces solo quedamos Matt y yo.

Solos.

En el silencio que ha dejado mi hermano.

Con una verdad entre nosotros que ya no puede deshacerse.

Matt sigue sin moverse. Sigue de pie en medio del salón. Mirándome con esos ojos azules que de repente parecen estar viendo demasiado.

Y yo no sé qué decir. No sé cómo empezar esta conversación. No sé cómo explicarle algo que no tiene explicación.

Así que no digo nada.

Solo espero.

A que hable.

A que reaccione.

A que este momento termine de una vez porque no puedo soportarlo ni un segundo más.

CAPÍTULO 27

MAYA

Matt y yo nos quedamos mirándonos en el silencio que ha dejado mi hermano.

Él sigue de pie en medio del salón. A dos metros de distancia. Con los brazos colgando a los lados y esos ojos azules clavados en los míos.

No dice nada.

No se mueve.

Solo me mira.

Y el silencio pesa tanto que me cuesta respirar.

Intento leer algo en su expresión. Cualquier cosa que me diga qué está pensando. Si está horrorizado. Si está buscando la forma de salir de aquí. Si está arrepintiéndose de haber dicho que quería hacerse cargo del bebé.

Pero su cara no revela nada.

Solo ese shock que le ha dejado los ojos demasiado abiertos y la mandíbula tensa.

Las lágrimas me caen por la cara sin que pueda detenerlas.

No hago ningún sonido. Solo lloro. En silencio. Mirando a Matt. Esperando.

A que diga algo.

A que reaccione.

A que este momento termine de una vez porque no puedo soportarlo ni un segundo más.

La puerta se abre.

El doctor Morrison entra con su maletín negro en la mano. Nos mira a los dos. A mí en el sofá llorando. A Matt de pie en medio del salón como una estatua.

Se aclara la garganta.

—Bien —dice, y su voz rompe el silencio de golpe—. Vamos a asegurarnos de que todo está en orden.

Se acerca al sofá. Se arrodilla a mi lado otra vez. Abre el maletín.

—¿Te duele algo, Maya?

—No.

—¿Tienes mareos todavía?

—No. Ya han pasado.

—Bien. Túmbate un poco. Voy a auscultarte.

Me tumbo despacio. El sofá es suave bajo mi espalda.

Matt sigue ahí. Sin moverse. Mirándome con esos ojos que no apartan la vista de mí ni un segundo.

El doctor Morrison me levanta la camiseta hasta justo debajo del pecho. El aire frío me golpea la piel del estómago.

Y puedo sentir la mirada de Matt. Cómo baja hasta mi tripa. Hasta ese lugar donde todavía no se nota mucho pero donde está creciendo algo diminuto. Y precioso. Y nuestro.

El doctor Morrison saca un estetoscopio. Se lo coloca en los oídos. Presiona el disco metálico contra mi tripa.

Está helado.

Me estremezco.

—Perdona —dice—. Ya sé que está frío.

Va moviendo el estetoscopio por mi estómago. Escuchando. Buscando ese sonido que solo él puede oír.

Matt da un paso hacia nosotros. Otro. Como si no pudiera evitarlo. Como si algo lo estuviera atrayendo.

—Ahí está —murmura el doctor con una sonrisa—. Fuerte y claro.

—¿Qué? —La voz de Matt sale ronca.

—El latido del bebé. Ciento cuarenta latidos por minuto. —Guarda el estetoscopio—. Está perfectamente sano.

Matt se queda sin aliento.

Puedo verlo. Puedo ver el momento exacto en el que esas palabras lo golpean. En el que se hace real. En el que deja de ser algo abstracto para convertirse en algo tangible.

Un bebé.

Con un corazón que late.

Que está vivo.

Que es real.

El doctor Morrison me baja la camiseta con cuidado.

—Todo está perfectamente bien, Maya. El bebé está sano. La tensión es normal ahora. El desmayo ha sido solo por el calor y por estar demasiado tiempo de pie. Pero tienes que cuidarte más. Beber agua. Descansar. Comer bien.

—Lo haré.

—Bien. —Se pone de pie—. Os voy a dejar. Pero si necesitas cualquier cosa me llamas. A la hora que sea. —Me mira—. Y cuando vengas a la próxima consulta traes al padre contigo. Necesito hablar con los dos sobre el parto.

Asiento sin poder hablar.

El doctor Morrison coge su maletín.

La puerta se cierra detrás de él con un clic suave.

Y entonces volvemos a estar solos.

Matt y yo.

Con la verdad flotando entre nosotros.

Me bajo la camiseta del todo. Me incorporo despacio en el sofá. Matt sigue de pie. A un metro de distancia.

Y el silencio que cae ahora es diferente al anterior.

Más pesado. Más denso. Lleno de cosas sin decir que se acumulan en el aire entre nosotros.

Matt me mira durante lo que parece una eternidad.

Y yo lo miro a él. Intentando leer algo en su cara. Buscando alguna señal de lo que está pensando.

De lo que está sintiendo.

Pero no hay nada. Solo ese shock que le ha vaciado los ojos de todo excepto incomprensión.

—Matt… —empiezo, porque alguien tiene que romper este silencio—. Yo, lo siento.

—¿Es verdad?

Su voz me corta como un cuchillo.

Parpadeo. Confundida.

—Sí, estoy embarazada.

—No.

Da un paso hacia mí.

La palabra sale tajante. Firme.

—Lo que quiero saber es… —Se calla. Traga saliva. Como si las palabras le costaran un esfuerzo físico—. ¿El niño que está creciendo en tu interior es mío?

El corazón se me para.

Literalmente se me para un segundo completo antes de volver a latir tan fuerte que me duele.

—Sí.

La palabra sale como un susurro.

Matt se queda completamente quieto.

No parpadea. No respira. No hace nada durante tres segundos completos que parecen durar una vida entera.

Y luego cruza el salón.

Da dos zancadas largas que cierran la distancia entre nosotros.

Y se deja caer de rodillas delante del sofá.

Sus manos vuelan a mi cintura. Me agarran como si necesitara anclarme. Como si tuviera miedo de que desaparezca si me suelta.

—Repítelo —dice, y su voz suena rota—. Necesito oírtelo decir otra vez.

—El bebé es tuyo.

Matt cierra los ojos con tanta fuerza que se le marcan arrugas en las comisuras.

—Joder.

La palabra sale como una exhalación. Como si llevara minutos conteniendo el aliento y por fin pudiera soltarlo.

Y entonces me abraza.

Sus brazos me rodean completamente. Su cara se presiona contra mi estómago. Contra ese lugar donde está creciendo nuestro hijo.

No dice nada durante un momento largo.

Solo me abraza.

Y yo puedo sentirlo. Puedo sentir cómo tiembla. Puedo sentir su respiración entrecortada contra mi camiseta. Puedo sentir el peso de este momento aplastándolo.

Llevo las manos a su pelo. Paso los dedos por él despacio. Intentando calmarlo. Intentando decirle sin palabras que todo va a

estar bien.

—Me has dado el mejor regalo de mi vida.

Las palabras salen amortiguadas contra mi camiseta. Pero puedo sentir el peso de cada una.

Se me parte algo en el pecho.

—Matt.

—Esto. —Sus brazos me aprietan más fuerte—. Este bebé. Tú. Es todo lo que siempre he soñado y nunca pensé que podría tener.

Levanta la cara para mirarme y tiene los ojos rojos. Brillantes. Llenos de lágrimas que no han caído todavía pero que están ahí.

Y verlo así. Ver a Matt, el hombre más contenido que conozco, a punto de llorar delante de mí, hace que se me escape un sollozo.

—Te quiero —dice, y su voz tiembla—. Joder, Maya. Te quiero tanto que me duele. Llevo años queriéndote y mintiéndome a mí mismo diciéndome que no podía tenerte.

No puedo hablar. No puedo hacer que las palabras salgan.

Solo puedo mirarlo.

A este hombre que acaba de decirme que me quiere.

Que me ha querido durante años.

Sus manos suben hasta mi cara. Me sostienen como si fuera algo frágil. Como si tuviera miedo de que me rompa si aprieta demasiado.

—¿Cómo puedo no acordarme? —continúa, y hay dolor real en su voz—. ¿Cómo puedo no acordarme de haber estado dentro de ti cuando es todo lo que he querido desde que eras demasiado joven para que me lo permitiera?

El pulgar me roza el labio inferior. Despacio. Con una reverencia que me hace temblar.

—Me he pasado toda la vida conteniéndome —dice—. Diciéndome que eras la hermana de mi mejor amigo. Que eras demasiado joven. Que te merecías algo mejor que un rancho en medio de Montana. Que te merecías el mundo entero y yo no podía dártelo.

—Matt…

—Pero ya se ha acabado. —Sus ojos buscan los míos con una intensidad que me quema—. No voy a seguir siendo un cobarde. Si tú me lo permites voy a estar a tu lado para siempre. Voy a cuidar

de ti. De este bebé. Voy a darte todo lo que necesites y todo lo que no sepas que necesitas todavía.

Baja la cara. Presiona la frente contra mi estómago. Sus manos se extienden sobre mi tripa, grandes y cálidas, cubriendo todo ese espacio donde nuestro bebé está creciendo.

—Hola, pequeño —susurra contra mi camiseta, y la ternura en su voz hace que se me escape otro sollozo—. Soy tu padre. Y voy a quererte tanto que no vas a saber qué hacer con todo ese amor.

No puedo soportarlo más.

Llevo las manos a su pelo. Paso los dedos por él. Por ese pelo que siempre he querido tocar de esta forma.

—Te amo —digo, y mi voz sale rota pero firme—. Te amo, Matt. Te quiero desde que sé lo que es el amor.

Matt levanta la vista tan rápido que casi me da vértigo.

Sus ojos buscan los míos. Llenos de algo que parece esperanza mezclada con incredulidad.

—¿Qué?

—Te quiero desde siempre.

—Maya…

—Y he intentado dejar de hacerlo. Juro que he intentado superarlo. Por eso me fui a Nueva York. Por eso llevo años sin volver. Porque estar cerca de ti y que no me mirases como yo te miro a ti me estaba matando por dentro.

Matt sube las manos por mi cuerpo sin soltarme. Por mis caderas. Por mi cintura. Suben hasta mi cara para sostenerla entre sus palmas.

—Joder. —Su voz sale ahogada—. Joder, Maya. ¿Sabes cuánto tiempo llevo queriendo oírte decir eso?

—¿El qué?

—Que me amas. Que no soy solo yo el idiota que está completamente perdido por ti.

Me besa antes de que pueda contestar.

Y este beso no se parece a ninguno de los anteriores.

No es desesperación. No es hambre contenida.

Es reverencia.

Sus labios se mueven contra los míos con una ternura que hace que se me derritan todos los huesos. Con un cuidado que no sabía que existía. Como si yo fuera algo sagrado que acaba de encontrar después de años buscando en la oscuridad.

Como si fuera su respuesta a todo.

—Te amo —murmura contra mi boca—. Llevo años amándote. Años mintiéndome diciéndome que era imposible. Que tú merecías algo mejor. Alguien mejor.

Me besa otra vez. En los labios. Después en la mejilla húmeda por las lágrimas. En la frente.

—Pero se acabó mentirme. Se acabó huir. Se acabó fingir que no siento lo que siento.

Sus manos bajan hasta mi estómago otra vez. Se quedan ahí. Grandes. Cálidas. Protegiéndome. Protegiéndonos.

—Quiero criar a este bebé contigo —dice, mirándome a los ojos con una intensidad que me atraviesa entera—. Quiero despertarme cada mañana contigo a mi lado. Quiero ver tu tripa crecer. Quiero estar ahí cuando nazca. Quiero ser el primero en cogerlo. Quiero cambiar pañales a las tres de la mañana y mecerlo cuando llore y enseñarle a montar a caballo cuando sea mayor.

Se le quiebra la voz en la última palabra.

—Quiero todo, Maya. Todo lo que estés dispuesta a darme.

Se me cierra la garganta de una forma que no me deja hablar.

Solo puedo mirarlo. A este hombre que acaba de prometerme el mundo entero.

—Yo también quiero todo eso —consigo susurrar—. Llevo años queriéndolo.

Matt me mira como si acabara de darle algo invaluable.

Como si acabara de entregarle su vida entera y él no supiera qué hacer con semejante regalo.

Y entonces sonríe.

Es una sonrisa pequeña. Temblorosa. Pero es real.

Y es la cosa más hermosa que he visto en mi vida.

—Hazme el amor —digo.

Las palabras me salen sin pensar. Sin filtrar.

Pero es lo que quiero. Quiero volver a sentirlo dentro de mí. Quiero volver a sentir esa conexión entre nosotros.

Matt se queda sin aliento.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—Pero acabas de desmayarte. El doctor ha dicho…

—El doctor ha dicho que estoy bien. Que solo necesito descansar.

—Maya.

—Por favor. —Le pongo las manos en la cara. En esa mandíbula que llevo años queriendo tocar así—. Necesito que me toques. Necesito saber que esto es real. Que no me lo estoy inventando. Que de verdad me quieres.

Matt cierra los ojos. Respira hondo. Una vez. Dos.

Como si estuviera intentando controlarse. Como si estuviera librando alguna batalla interna que está a punto de perder.

Cuando los abre otra vez hay algo diferente en ellos.

Algo oscuro. Hambriento. Decidido.

—Vale —dice—. Pero lo vamos a hacer bien. En mi cama. Despacio. Cuidándote como mereces que te cuiden.

Me levanta del sofá antes de que pueda procesar lo que acaba de decir.

Me sostiene contra su pecho con un brazo bajo mis rodillas y el otro en mi espalda. Como si no pesara nada. Como si pudiera llevarme así hasta el fin del mundo.

—Matt. Puedo caminar.

—Calla.

Me besa. Una vez. Lento. Profundo. Como si fuera una promesa de lo que viene.

Luego me lleva hacia las escaleras.

Y mientras subimos, con mi cabeza apoyada en su hombro y su corazón latiendo contra mi oído, lo único que puedo pensar es en que esto es real.

Que Matt me ama.

Que vamos a criar a este bebé juntos.

Que todo lo que he soñado durante años está a punto de hacerse realidad.

CAPÍTULO 28

MAYA

La habitación de Matt huele a él.

A cuero y a aire limpio y a algo más debajo que es solo suyo.

Me deja en la cama con tanto cuidado que parece que piensa que puedo romperme. El colchón se hunde bajo mi peso. Las sábanas son suaves. Frescas.

Matt se queda de pie junto a la cama. Mirándome. Con esos ojos azules recorriéndome de arriba abajo como si estuviera memorizando cada detalle.

Y entonces se quita la camiseta.

Despacio.

Demasiado despacio.

La tela sube por su estómago. Por ese pecho ancho que he visto mil veces desde lejos pero nunca así. Nunca sabiendo que voy a poder tocarlo durante todo el tiempo que quiera.

La tira al suelo.

Y yo no puedo apartar la vista.

Es incluso más perfecto de lo que recordaba de aquella noche borrosa. Hombros anchos. Músculos que vienen de años de trabajo duro. Ese vello que baja por su estómago y desaparece bajo la cinturilla de los vaqueros.

Matt se desabrocha el cinturón sin dejar de mirarme. El sonido de la hebilla suena fuerte en el silencio de la habitación. Baja la cremallera. Se quita los vaqueros junto con los bóxers de un solo movimiento.

Y entonces está completamente desnudo delante de mí.

Se me seca la boca de golpe.

Ya está duro. Completamente duro. Solo de mirarme.

—Tú también —dice, y su voz suena más grave de lo normal—. Quítatelo todo.

Me tiemblan las manos cuando me agarro el borde de la camiseta. La subo despacio. Por el estómago. Por el pecho. Por la cabeza.

La dejo caer al suelo junto a la cama.

Matt se queda sin aliento cuando me ve.

El sujetador es simple. Blanco. Nada especial. Pero la forma en que me está mirando hace que me sienta como si llevara algo de Victoria's Secret.

—Joder —susurra.

Me bajo los pantalones. Las bragas. Todo.

Y entonces estoy desnuda también.

Completamente expuesta bajo su mirada.

Matt no se mueve durante un momento que parece eterno. Solo me mira. Recorriéndome con esos ojos que me queman donde tocan.

—Eres preciosa —dice por fin—. Tan jodidamente preciosa que me duele mirarte.

Se arrodilla en la cama. El colchón se hunde bajo su peso. Se coloca sobre mí sin presionar todavía. Solo cerniéndose. Con los brazos a ambos lados de mi cabeza para sostenerse.

—Voy a ir despacio —dice, bajando hasta que su boca roza mi oído—. Voy a tocarte por todas partes. Voy a besarte hasta que no puedas pensar en nada más. Y luego, cuando estés lista, voy a estar dentro de ti.

El calor me sube por el cuello hasta las mejillas.

—Dios mío.

—Pero primero… —Baja más. Sus labios rozan mi clavícula—. Primero necesito saborearte.

Su boca baja por mi pecho. Se detiene en uno de mis pezones. Lo lame. Una vez. Dos. Luego lo envuelve con sus labios y succiona.

El placer que me atraviesa es tan fuerte que tengo que morderme el labio para no gritar.

Matt trabaja con su lengua y sus dientes de una forma que me está volviendo loca. Cada succión hace que se me tense todo el

cuerpo. Cada mordisco suave hace que gima su nombre.

Y cuando pasa al otro pecho, cuando sus dedos encuentran el que acaba de abandonar y lo pellizcan suavemente, me aferro a sus hombros porque si no lo hago voy a desmoronarme.

—Matt… por favor…

—¿Por favor qué?

—Tócame.

—Te estoy tocando.

—Ya sabes dónde lo necesito.

Matt levanta la cabeza. Me mira con esos ojos azules que de repente están tan oscuros que casi parecen negros.

—¿Aquí? —Su mano baja por mi estómago. Despacio. Demasiado despacio.

—Sí.

—¿O aquí? —Sus dedos rozan el interior de mi muslo.

—Matt…

—Dilo. Di dónde me necesitas.

—Entre mis piernas. Por favor.

Matt sonríe. Es una sonrisa oscura que hace que se me dispare el pulso.

—Como mi chica me lo pide tan bien, lo haré.

Su mano se desliza entre mis piernas.

Y ambos nos quedamos sin aliento.

—Joder, Maya. Estás empapada.

—Es tu culpa.

—Dios. —Desliza un dedo dentro de mí—. Me encanta.

Añade otro dedo. Empieza a moverlos. Dentro. Fuera. Frotando un punto que hace que vea estrellas.

No voy a durar nada. Llevo meses sin que me toque. Semanas soñando con esto. Con él.

—Matt. Voy a…

—Déjate ir.

Presiona el pulgar contra mi clítoris y el orgasmo me golpea con tanta fuerza que tengo que taparme la boca con la mano.

Todo mi cuerpo se tensa. Se arquea. Se deshace bajo sus dedos mientras Matt me mira como si estuviera presenciando algo sagrado.

Cuando puedo volver a respirar, llevo mis manos a su cara. Lo atraigo hacia mí.

—Necesito que estés dentro de mí.

—Todavía no.

—Matt…

—He dicho que iba a ir despacio. Y voy a cumplirlo.

Baja por mi cuerpo. Besando cada centímetro de piel que encuentra. Mi cuello. Mi clavícula. El valle entre mis pechos. Mi estómago.

Se detiene ahí. En mi tripa. Donde nuestro bebé está creciendo.

Presiona los labios contra mi piel. Suave. Reverente.

—Hola otra vez, pequeño —susurra—. Tu madre es la mujer más increíble del mundo. Y voy a pasar el resto de mi vida demostrándoselo.

Las lágrimas me caen otra vez. No puedo evitarlo.

Matt las ve. Sube de inmediato.

—¿Te he hecho daño?

—No. Es que… nunca pensé que me fueras a decir algo tan bonito.

—Pues acostúmbrate. Porque voy a decírtelo todos los días.

Me besa. Lento. Profundo. Hasta que no puedo pensar en nada más que en él.

Y entonces se coloca entre mis piernas.

MATT

Estoy a punto de entrar en el interior de Maya.

Dentro de la mujer que llevo amando años.

Dentro de la madre de mi hijo.

Y tengo tanto miedo de cagarla que las manos me tiemblan.

—Matt —dice, y su voz me saca de mi cabeza—. Mírame.

Levanto la vista. Sus ojos verde avellana están clavados en los míos. Cálidos. Confiados.

—Estoy bien. El bebé está bien. No vas a hacernos daño.

¿Cómo sabe exactamente lo que estoy pensando?

Me coloco en su entrada. Empujo despacio. Tan despacio que puedo sentir cada centímetro de ella envolviéndome.

Es demasiado. Es perfecto. Es todo lo que he querido siempre.

Y esta vez voy a recordarlo.

Cada. Maldito. Segundo.

Cuando estoy completamente dentro, los dos nos quedamos quietos. Respirando. Ajustándonos.

—Joder —susurro—. Eres perfecta.

—Muévete.

—Todavía no.

—Matt…

—Deja que te sienta. Solo un momento más.

Me quedo ahí. Dentro de ella. Sintiéndola. La forma en que me envuelve. El calor. La presión perfecta.

Y ese pequeño bulto entre nosotros que todavía no se nota casi pero que sé que está ahí.

Nuestro bebé.

La emoción me trepa por la garganta de una forma que no puedo controlar.

—Te amo —digo, porque necesito que lo sepa. Porque necesito decirlo en voz alta mientras estoy dentro de ella—. Te amo tanto, Maya.

—Yo también te amo.

Y entonces empiezo a moverme.

Despacio al principio. Con embestidas largas y profundas que la hacen gemir mi nombre de una forma que me está volviendo loco.

—Más rápido —pide.

—No. Voy a ir a mi ritmo. Y mi ritmo es asegurarme de que cada centímetro de tu cuerpo sepa que eres mía.

Le cojo las piernas. Cambio el ángulo.

Maya grita de placer.

—¿Ahí?

—Sí. Dios. Sí.

Sigo moviéndome. Más profundo ahora. Tocándola en lugares que la hacen temblar entera.

—Mírame —ordeno.

Sus ojos se abren. Verdes avellana brillantes de lágrimas y de placer y de algo más que hace que se me apriete el pecho.

—Quiero que me mires mientras te follo. Quiero que veas quién es el que te está haciendo sentir así.

—Matt.

—Dilo.

—Tú. Eres tú.

—¿Quién?

—Tú, Matt. Solo tú.

El placer me sube por la columna. Caliente. Urgente.

Pero necesito más.

Necesito que Maya pierda el control. Necesito verla deshacerse debajo de mí sabiendo que soy yo el que la está llevando hasta ahí.

Bajo una mano entre nosotros. Encuentro su clítoris. Presiono.

Maya se arquea tanto que casi se sale de la cama.

—¡Joder!

—Eso es, preciosa. Córrete para mí.

—Matt… no puedo… es demasiado…

—Claro que puedes.

Sigo moviéndome. Más rápido ahora. Más duro. Con mi mano trabajando ese punto que la está volviendo loca.

—Vas a correrte en mi polla —digo contra su oído—. Vas a correrte gritando mi nombre. Y luego voy a llenarte tanto que vas a sentirme durante días.

—Dios. Matt. Por favor…

—Córrete.

Y lo hace.

Maya se corre con mi nombre en los labios. Con todo su cuerpo tensándose y temblando debajo del mío. Apretándome tan fuerte que casi me duele.

Y es lo más jodidamente hermoso que he visto en mi vida.

La sigo inmediatamente. El orgasmo me atraviesa con tanta fuerza que tengo que morderle el hombro para no gritar. Me corro dentro de ella pensando en que es mía. En que el bebé que lleva es mío. En que esta mujer es mía para siempre.

Me derrumbo sobre ella. Con cuidado de no aplastarla. De no presionar sobre su tripa.

Los dos nos quedamos ahí. Respirando. Intentando que el mundo vuelva a tener sentido.

—Te amo —digo contra su cuello—. Joder, Maya. Te amo tanto.

—Yo también te amo.

Sus dedos pasan por mi espalda. Despacio. Con caricias que me calman y me excitan al mismo tiempo.

Me aparto lo suficiente para mirarla. Tiene el pelo extendido sobre mi almohada. Las mejillas sonrojadas. Los labios hinchados de mis besos.

Es mía.

Completamente mía.

Y necesito estar con ella. Necesito no separarme de su lado. Necesito poder estar tranquilo con ella. Con nuestro bebé.

—No te muevas de aquí —digo.

—¿Qué?

—Quédate en mi cama. No te muevas. Voy a echar a todo el mundo del rancho y vuelvo.

—Matt, no puedes echar a la gente.

—Claro que puedo. Es mi rancho. Y lo único que quiero ahora mismo es quedarme aquí contigo. Y para eso necesito que el resto del mundo desaparezca.

Maya se ríe. Es una risa suave que hace que algo se me derrita en el pecho.

—Eres imposible.

—Soy tuyo. Que es diferente.

La beso una vez más. Lento. Profundo.

Luego me obligo a apartarme. A levantarme de la cama aunque es lo último que quiero hacer.

Me visto rápido. Me pongo unos vaqueros. Camiseta. Botas.

Maya me observa desde la cama. Con las sábanas cubriéndola hasta la cintura y ese pelo extendido sobre mi almohada de una forma que hace que quiera volver a meterme ahí y no salir nunca.

—Vuelvo en diez minutos —le prometo—. En quince como mucho.

—Matt, estás loco.

—No te muevas.

Bajo las escaleras de dos en dos. Cruzo el salón. Salgo de la casa.

Y lo único en lo que puedo pensar es en volver arriba.

A donde está Maya.

En mi cama.

Esperándome.

Tardo exactamente doce minutos en echar a todo el mundo.

Les digo que ha surgido una emergencia. Que Maya no se encuentra bien. Que necesito cerrar el rancho por hoy.

Jake me mira con las cejas arqueadas, pero no dice nada. Tom sonríe como si supiera exactamente lo que está pasando. El alcalde Thompson me da una palmada en el hombro y me dice que espera que todo esté en orden.

Y yo asiento a todo sin procesar realmente lo que me dicen.

Solo quiero que se vayan.

Las camionetas empiezan a salir por el camino de entrada. Una tras otra. Los últimos visitantes se despiden desde sus coches. Las familias del pueblo se van con sus niños corriendo delante.

Y cuando la última camioneta desaparece detrás de la curva, me quedo ahí de pie en medio del patio vacío.

Completamente solo.

Con un silencio que de repente es el más hermoso que he oído en mi vida.

Porque Maya está dentro.

En mi cama.

Esperándome.

Y lleva a mi hijo dentro de ella.

La realidad me golpea otra vez. Como lo ha estado haciendo desde que el doctor Morrison soltó esas palabras.

Considerando el embarazo.

Voy a ser padre.

Maya va a tener un bebé.

Mi bebé.

Tengo que apoyarme en el poste del porche porque las piernas me fallan.

Un bebé.

Con Maya.

Todo lo que siempre he querido sin atreverme a soñarlo está pasando.

Y me da tanto miedo cagarla que apenas puedo respirar.

Pero Maya está arriba. Esperando. Y no voy a hacerla esperar más.

Entro en casa. Cierro la puerta con llave. Subo las escaleras de dos en dos.

Llego a mi habitación y empujo la puerta.

Maya sigue ahí. En mi cama. Tal como la he dejado.

Pero se ha tapado más. La sábana le llega hasta el pecho ahora. Solo veo sus hombros. Su cuello. Ese pelo extendido sobre mi almohada.

—Hola —dice, y hay algo tímido en su voz que hace que se me apriete el pecho.

—Hola.

Cierro la puerta.

—¿Se han ido todos?

—Sí. Todos.

—¿Y el rancho?

—Cerrado por el resto del día.

Maya me mira con los ojos muy abiertos.

—Matt, no puedes simplemente cerrar el rancho.

—Claro que puedo. Y lo acabo de hacer.

Cruzo la habitación. Me quito la camiseta por el camino. Los vaqueros. Las botas.

Y cuando llego a la cama estoy desnudo otra vez.

Maya me mira. Su mirada baja por mi pecho. Por mi estómago. Más abajo.

Y puedo ver el momento exacto en el que se da cuenta de que estoy duro otra vez.

—¿Ya?

—No he dejado de estarlo desde que salí de aquí.

—Eso no puede ser sano —bromea, pero puedo ver la excitación en sus ojos.

—Probablemente no lo es. Pero me da igual.

Me meto en la cama. El colchón se hunde bajo mi peso. Me coloco sobre ella otra vez. Con los brazos a ambos lados de su cabeza.

Y esta vez no hay prisa. No hay desesperación. Solo necesidad.

Solo estamos ella y yo. Solos. Con todo el tiempo del mundo.

La beso despacio. Saboreándola. Memorizando cómo sabe. Cómo se siente debajo de mí.

Mis manos recorren su cuerpo con delicadeza. Sus brazos. Sus costados.

—Puedes tocarme con más fuerza —dice Maya, como si me leyera el pensamiento—. No voy a romperme.

—Lo sé. Pero necesito ir con cuidado.

—No necesitas ir con cuidado. Necesito sentirte. No quiero que te contengas.

Las palabras me llegan directas a la polla.

—Maya.

—Por favor, Matt. Deja de tratarme como si fuera de cristal.

Algo oscuro me cruza por dentro. Algo posesivo y primitivo que estoy intentando contener.

—¿Quieres que no vaya con cuidado?

—Quiero que seas tú. El Matt de verdad. No la versión que crees que necesito.

Joder.

La beso más duro esta vez. Con dientes. Con lengua. Con toda la necesidad que he estado conteniendo.

—Vale —digo contra su boca—. Pero me paras si es demasiado.

—No va a ser demasiado.

—Maya.

—Hazlo.

Y pierdo el control que me quedaba.

Me coloco entre sus piernas. La penetro de una sola embestida. Profunda. Completa.

Maya grita y yo tengo que detenerme. Quedarme quieto dentro de ella. Asegurarme de que está bien.

—¿Te he hecho daño?

—No. Dios, no. Muévete.

Empiezo despacio. Pero el ritmo se acelera rápido. Se vuelve más duro. Más profundo. Mis caderas golpeando contra las suyas con una fuerza que debería asustarme pero que solo parece volverla más loca.

—Eres mía —digo, y las palabras salen sin filtro—. Esta boca es mía. Este cuerpo es mío. Este bebé es mío.

—Sí.

—Dilo.

—Soy tuya.

—Otra vez.

—Soy tuya, Matt. Solo tuya.

Algo se rompe en mi interior. Algo que llevaba años conteniendo.

La embisto más fuerte. Más rápido. Una de mis manos encuentra su clítoris otra vez. Presiono. Froto. En círculos perfectos que la hacen gemir tan alto que estoy seguro de que se oye hasta en el pueblo.

—Vas a correrte otra vez —digo—. Vas a correrte gritando mi nombre mientras te follo.

—Matt... Dios... Matt...

—Eso es. Dime quién te está follando.

—Tú... solo tú...

—¿Y quién va a follarte el resto de tu vida?

—Tú... solo tú...

La siento tensarse. Apretarme. Y sé que está cerca.

Maya se corre gritando mi nombre. Con todo su cuerpo temblando y apretándome de una forma que me arrastra con ella.

Me corro pensando en que es mía. En que siempre ha sido mía. En que voy a despertar cada mañana del resto de mi vida con ella a mi lado.

Me derrumbo junto a ella. Sin presionarla. Con cuidado de no aplastarla.

—Joder —susurro.

—Sí.

Me giro hacia ella. La atraigo contra mi pecho. Ella viene al instante. Con la cabeza apoyada sobre mi corazón y una mano sobre

mi estómago.

—Te amo —digo contra su pelo.

—Me encanta oírtelo decir.

—Voy a decírtelo mil veces más antes de que se termine el día.

Maya se ríe. Es un sonido suave que me vibra contra el pecho.

La beso otra vez. Porque puedo. Porque es mía. Porque llevo años queriendo poder hacer esto sin tener que contenerme.

Y esta vez no voy a parar.

Esta vez voy a quedarme aquí. Con ella. Hasta que no quede ninguna duda de que es mía.

De que siempre ha sido mía.

De que nunca voy a dejarla ir.

CAPÍTULO 29

MAYA

La sala de espera de la clínica del doctor Morrison huele a desinfectante y a ese ambientador de lavanda que usan en todos los consultorios del mundo.

Estoy sentada en una de esas sillas de plástico azul que son incómodas sin importar cómo te coloques. Matt está a mi lado. Con una mano en mi rodilla. Apretando cada pocos segundos como si necesitara asegurarse de que sigo aquí.

No ha soltado mi mano desde que hemos salido del rancho hace media hora.

En el coche la tenía entrelazada con la suya sobre la palanca de cambios. Cuando hemos llegado me ha ayudado a bajar de la camioneta sin soltarme. Y ahora está aquí, con los dedos moviéndose en pequeños círculos sobre mi rodilla, con una energía nerviosa que irradia de él en oleadas.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Sí.

Pero su pierna no deja de moverse. Arriba y abajo. Ese rebote nervioso que hace que toda la fila de sillas vibre ligeramente.

—Matt.

—¿Qué?

—Vas a hacer un agujero en el suelo.

Se mira la pierna como si no se hubiera dado cuenta de que la estaba moviendo. La detiene. Dura exactamente cinco segundos antes de que vuelva a empezar.

—Estás nervioso.

—No estoy nervioso.

—Tu pierna dice lo contrario.

—Mi pierna está bien.

Me muerdo el labio para no sonreír. Porque es adorable. Matt Brennan, el hombre más controlado que conozco, está completamente descontrolado por una ecografía.

—Es solo que… —empieza, y se calla. Se pasa la mano libre por el pelo—. Es la primera vez que voy a verlo.

—Lo sé.

—De verdad. No como una idea abstracta sino… real. En una pantalla. Moviéndose.

Le aprieto la mano.

Matt me mira con esos ojos azules llenos de una vulnerabilidad que no le veo nunca.

—¿Maya Cooper?

Levanto la vista. La enfermera de pelo cano está en la puerta con una tablilla en la mano.

—Sí.

—El doctor está listo. Podéis pasar.

Matt se pone de pie de inmediato. Me tiende la mano. Se la cojo. Dejo que me ayude a levantarme, aunque no lo necesito.

Seguimos a la enfermera por el pasillo. Con nuestras manos entrelazadas. Sus dedos apretando los míos con una fuerza que casi me duele pero que no quiero que afloje.

La enfermera se para frente a una puerta al final del pasillo.

—Aquí es. Adelante.

Entramos. La habitación es pequeña. Hay una camilla con papel blanco. Una silla. Un monitor grande en la esquina con cables y una máquina que supongo que es el ecógrafo.

—Túmbate —dice Matt antes de que pueda hacerlo—. Con cuidado.

—Matt, puedo tumbarme sola.

—Lo sé. Pero voy a ayudarte de todas formas.

Me sostiene del brazo mientras me subo a la camilla. El papel cruje bajo mi peso. Me tumbo despacio y Matt no me suelta hasta que estoy completamente horizontal.

—¿Estás cómoda?

—Sí.

—¿Segura?

—Matt. Estoy bien.

—Vale.

Pero se queda ahí de pie junto a la camilla. Con una mano en mi hombro. Mirándome como si tuviera miedo de que desaparezca si aparta la vista.

La puerta se abre.

El doctor Morrison entra con esa sonrisa enorme que siempre tiene.

—¡Buenos días! Matt, me alegro de verte. Cuando Maya me dijo que eras el padre… en fin —Le tiende la mano—. Que me hace mucha ilusión. Han pasado años desde la última vez que te vi por la consulta.

—Doctor. —Matt estrecha su mano—. Gracias por recibirnos.

—Faltaría más. —Se sienta en el taburete junto al ecógrafo—. Bien, vamos a ver a ese bebé. ¿Estáis listos?

Miro a Matt. Él me mira a mí.

—Sí —decimos al mismo tiempo.

—Perfecto. —El doctor Morrison coge un bote de gel de la encimera—. Esto va a estar un poco frío, Maya.

Me levanta la camiseta hasta justo debajo del pecho. El gel está efectivamente frío cuando me lo extiende por la tripa. Me estremezco.

La mano de Matt aprieta mi hombro.

El doctor Morrison coge el transductor. Lo presiona contra mi estómago. Lo mueve. Buscando.

La pantalla se llena de formas grises y negras que no tienen sentido para mí.

Pero entonces el doctor Morrison se detiene.

—Ahí está.

—¿Dónde? —La voz de Matt sale tensa.

—Aquí. —El doctor señala un punto en la pantalla—. ¿Veis esa forma?

Me inclino un poco para ver mejor. Matt se acerca tanto que su cara está a centímetros de la pantalla.

Y entonces lo veo.

Una forma pequeña. Con una cabeza redonda. Brazos diminutos. Piernas que se mueven.

—Dios mío —susurro.

Matt no dice nada. Solo se queda ahí. Mirando la pantalla. Con los ojos tan abiertos que puedo ver el blanco alrededor del azul.

—Y aquí… —El doctor Morrison mueve el transductor—. Aquí está el corazón.

Un sonido llena la habitación. Rápido. Rítmico. Como el galope de un caballo diminuto.

—Le late a ciento cuarenta y cinco latidos por minuto —dice el doctor—. Está perfecto.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

Ese sonido. Ese sonido es el corazón de mi bebé. Del bebé de Matt. De nuestro hijo.

Giro la cabeza para mirarlo.

Matt tiene los ojos clavados en la pantalla. La mandíbula tensa. Los labios entreabiertos.

Y entonces veo que le tiembla la barbilla.

—Matt…

—Es tan pequeño —dice, y su voz suena ahogada—. Tan jodidamente pequeño.

—Lo sé.

—Pero está ahí. Con su corazón latiendo. Moviéndose. Es un milagro.

—Sí.

Matt lleva su mano libre a la pantalla. Como si pudiera tocar a través del cristal. Como si pudiera alcanzar al bebé que está dentro de mí.

—¿Queréis saber el sexo? —pregunta el doctor Morrison.

Los dos nos miramos al mismo tiempo.

—¿Tú quieres? —pregunto.

—Sí. —Matt aprieta mi mano—. Quiero saberlo todo sobre nuestro bebé.

Me giro hacia el doctor Morrison.

—Queremos saberlo.

—Perfecto. A ver —Mueve el transductor despacio. Buscando. Se detiene—. Aquí está. ¿Lo veis?

—¿Qué? —Matt se acerca tanto a la pantalla que casi la toca—. ¿Qué tenemos que ver?

El doctor Morrison sonríe.

—Que no le cuelga nada. Es una niña. Enhorabuena.

El mundo se detiene.

Una niña.

Vamos a tener una niña.

Me giro a mirarlo.

Y Matt está llorando.

No hace ningún sonido. Solo tiene lágrimas cayéndole por la cara. Brillantes. Silenciosas.

Mientras mira a la pantalla como si acabara de ver algo sagrado.

—Es una niña —susurra.

—Sí.

—Vamos a tener una hija.

La voz se le quiebra en la última palabra.

Se inclina hacia mí. Me besa la frente. Luego baja hasta la parte superior de mi tripa. Presiona los labios contra mi piel.

—Hola, pequeña —murmura—. Soy tu padre. Y ya eres lo más importante de mi vida.

Se me escapa un sollozo.

—Y aquí —El doctor Morrison mueve el transductor otra vez—. Mirad. ¿Veis esto? Son los deditos de los pies.

Matt levanta la cabeza tan rápido que casi se golpea con el monitor.

—¿Dónde?

—Aquí. Estas manchitas pequeñas.

Matt se acerca aún más. Tanto que está prácticamente pegado a la pantalla.

—Joder. Tiene dedos.

—Tiene todo, Matt. —El doctor Morrison sonríe—. Brazos, piernas, dedos. Incluso tiene pestañas ya, aunque no se ven en la ecografía.

—¿Pestañas?

—Pestañas.

Matt se gira a mirarme con los ojos brillantes.

—Tiene pestañas.

—Ya lo he oído.

—Nuestra hija tiene pestañas.

No puedo evitarlo. Me río. A pesar de las lágrimas. A pesar de todo.

Porque Matt está completamente derretido por unos deditos y unas pestañas que ni siquiera puede ver.

El doctor Morrison imprime las ecografías. Nos las tiende con esa sonrisa que tiene cuando sabe que acaba de hacer feliz a alguien.

—Enhorabuena a los dos. Todo está perfecto. El bebé está sano y creciendo como debe. La próxima cita es en cuatro semanas.

Salimos de la clínica diez minutos después.

Llevo el sobre manila en las manos. Matt camina a mi lado con una mano en mi espalda baja. Guiándome. Protegiéndome.

Llegamos a la camioneta. Me ayuda a subir. Rodea el vehículo. Se sienta en el asiento del conductor.

Y entonces coge el sobre de mis manos.

Lo abre. Saca las imágenes una por una.

—Mira esto —dice, señalando una de ellas—. Aquí se ve su perfil.

—Sí.

—Es preciosa.

—Todavía no tiene cara de verdad.

—Claro que tiene cara. Mira. Aquí está su nariz. Y su barbilla. Va a ser preciosa. Como su madre.

Se me derrite algo en el pecho.

Guarda las imágenes en el sobre con tanto cuidado que parece que pueden romperse. Arranca. Pero en lugar de parar en nuestra casa sigue conduciendo.

—¿A dónde vamos?

—A casa de tus tíos. Quiero enseñarles las ecografías.

El corazón se me llena de ilusión.

Llegamos a su rancho diez minutos después. La camioneta de Aiden está aparcada en el camino de entrada.

Matt aparca a su lado. Coge el sobre de las ecografías como si fuera lo más valioso que ha sostenido en su vida. Baja. Viene a mi

lado y me abre la puerta antes de que pueda hacerlo yo.

Me ofrece la mano.

La cojo.

Caminamos hacia la casa con las manos entrelazadas. Matt llama a la puerta.

Tía Ellen abre casi de inmediato. Y cuando nos ve se pone eufórica.

—¡Maya! ¡Matt! Pasad, pasad. —Nos abraza a los dos—. ¿Qué tal la ecografía?

—Bien —consigo decir—. Muy bien.

Matt levanta el sobre.

—Hemos traído las imágenes.

—¡Oh, dejadme verlas!

Entramos. Aiden está en el salón con el tío Robert. Los dos se levantan cuando nos ven.

Matt abre el sobre. Saca las imágenes. Las extiende sobre la mesa del comedor con ese cuidado reverente que tiene con todo lo relacionado con el bebé.

Tía Ellen se acerca de inmediato. Coge una. Luego otra.

—Oh, Dios mío. Mirad qué pequeño es.

—Es una niña —dice Matt, y el orgullo en su voz es tan evidente que hasta Aiden sonríe.

—¿Una niña? —Tía Ellen me mira con los ojos brillantes—. ¿Vais a tener una niña?

—Sí.

—¡Eso es maravilloso!

Tío Robert se acerca. Coge una de las imágenes. La mira con esa expresión seria que tiene con todo.

—Enhorabuena a los dos.

—Gracias —responde Matt.

Aiden se acerca por fin. Coge una ecografía. La estudia durante un momento.

—Va a ser preciosa —dice—. No me cabe la menor duda.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

Aiden me mira. Luego mira a Matt.

—Vais a ser muy buenos padres. Los dos.

Las palabras me golpean en el pecho con más fuerza de la esperada.

Porque es la primera vez que mi hermano dice algo así. La primera vez que reconoce que esto va a pasar. Que Matt y yo vamos a ser padres juntos.

Matt le tiende la mano.

Aiden la mira un momento. Luego la estrecha.

—Cuídala —dice—. A ella y a mi sobrina.

—Lo haré. Con mi vida si hace falta.

Aiden asiente. Como si esas palabras fueran suficientes.

Tía Ellen nos abraza a los dos otra vez. Con lágrimas cayéndole por las mejillas.

—Estoy tan feliz por vosotros.

—Gracias, tía Ellen.

—Tenéis que venir a cenar más a menudo. Ahora que vais a ser padres necesitáis alimentaros bien.

—Lo haremos —promete Matt.

Nos quedamos media hora más. Mirando las imágenes una y otra vez. Escuchando a tía Ellen hacer planes sobre la habitación del bebé. A tío Robert preguntarle a Matt por los caballos. A Aiden contar algo sobre el trabajo.

Y todo es tan normal. Tan cotidiano.

Como si esto fuera nuestra vida ahora.

Matt y yo. Juntos. Con un bebé en camino.

Con una familia que nos apoya.

Nos despedimos cuando el sol empieza a ponerse. Tía Ellen nos hace prometer que volveremos pronto. Aiden me abraza y me susurra al oído que me quiere.

Subimos a la camioneta. Matt arranca. Salimos del camino de entrada.

Y mientras la carretera se despliega delante de nosotros, con la mano de Matt en la mía y el sobre de ecografías en mi regazo, sé que todo va a estar bien.

Que vamos a estar bien.

Que no podría ser más feliz.

MATT

Maya se queda dormida en el trayecto de vuelta.

Con la cabeza apoyada contra la ventanilla. Los labios entreabiertos. Una mano sobre la tripa en un gesto que probablemente no es consciente pero que hace que algo se me apriete en el pecho cada vez que lo veo.

Conduzco despacio. Evitando los baches. Intentando que el camino sea lo más suave posible.

No quiero despertarla.

Ha estado cansada toda la semana. Se duerme cada noche a las nueve. Se despierta tres o cuatro veces para ir al baño.

El embarazo le está pasando factura.

Y yo me siento impotente porque no puedo hacer nada para ayudarla más allá de sostenerle el pelo cuando vomita y traerle galletas saladas a la cama antes de que se levante.

Aparco frente a casa con cuidado de no hacer mucho ruido. Apago el motor.

Maya sigue dormida.

Me bajo sin hacer ruido. Rodeo la camioneta. Abro su puerta con cuidado.

—Cariño —susurro—. Hemos llegado.

No se mueve.

Está completamente dormida. Con la respiración lenta y profunda.

No la voy a despertar.

Me inclino. Deslizo un brazo debajo de sus rodillas. El otro debajo de su espalda. La levanto del asiento con cuidado de no molestarla.

Se acurruca contra mi pecho de inmediato. Con la cara presionada contra mi camiseta. Con un suspiro pequeño que hace que se me derrita algo por dentro.

Cierro la puerta de la camioneta con el codo. Camino hacia casa. Subo los escalones del porche.

Entro. Cruzo el salón en la penumbra. Subo las escaleras intentando no hacer crujir la madera.

Llego a mi habitación. Nuestra habitación.

Porque Maya duerme aquí ahora. En mi cama. Cada noche. Con la cabeza en mi pecho y una mano sobre mi corazón.

La dejo sobre el colchón con tanto cuidado que apenas se hunde. Le quito los zapatos. Los calcetines. Le desabrocho los vaqueros y se los bajo por las piernas con movimientos lentos para no despertarla.

Se queda en camiseta y bragas. Así es como le gusta dormir últimamente. Dice que cualquier otra cosa le aprieta demasiado.

La tapo con la manta. Le aparto el pelo de la cara.

Y me quedo ahí un momento. Mirándola.

A esta mujer que lleva a mi hija dentro.

A esta mujer que amo más de lo que sabía que era posible amar a alguien.

Me inclino. Le beso la frente.

—Te amo —susurro.

Maya murmura algo ininteligible. Se gira de lado. Se acurruca más bajo la manta.

Luego me ducho. Me pongo el pantalón del pijama. Me meto en la cama a su lado.

Maya se mueve de inmediato. Busca mi calor incluso dormida. Se acurruca contra mi pecho. Con la cabeza bajo mi barbilla. Con una pierna entre las mías.

Le paso un brazo por la cintura. La atraigo más hacia mí.

Y mientras el silencio del rancho nos envuelve, con Maya respirando despacio contra mi pecho y mi mano sobre su tripa donde nuestra hija duerme también, sé que esto es todo lo que quiero.

Que esto es hogar.

Que esto es para siempre.

CAPÍTULO 30

MAYA

Estoy llegando al picadero cuando lo vuelvo a sentir.

Un aleteo. Pequeño. Como si alguien hubiera rozado la pared de mi estómago desde dentro.

Me quedo completamente quieta.

Con la mano en la tripa. Con el corazón acelerándose.

Espero.

Cinco segundos.

Diez.

Y entonces vuelve.

Más fuerte esta vez. Un golpecito claro que no puede ser otra cosa.

—Oh, Dios mío.

Las palabras me salen como un susurro.

La bebé se está moviendo.

Nuestra hija me está dando patadas.

Giro sobre mis talones buscando a Matt con la mirada. Está al otro lado del picadero con Jake y Tom. Los tres están mirando uno de los potros nuevos. Matt tiene los brazos cruzados sobre el pecho. En ese gesto que hace cuando está evaluando algo.

—¡Matt!

Mi voz sale más alta de lo que pretendía.

Los tres se giran al mismo tiempo.

Matt me ve. Y algo debe ver en mi cara porque está cruzando el picadero hacia mí antes de que pueda llamarlo otra vez.

—¿Qué pasa? —pregunta cuando llega a mi lado. Sus manos vuelan a mis brazos. A mi cara. Buscando señales de dolor—. ¿Estás bien? ¿Te duele algo?

—No. Estoy bien. Es solo que…

Otra patada.

Más fuerte.

Me llevo la mano a la tripa.

—Se está moviendo.

Matt se queda completamente quieto.

—¿Qué?

—La bebé. Se está moviendo. Puedo sentirla.

—¿Ahora?

—Ahora.

Matt mira mi tripa como si pudiera ver a través de la tela de su camisa que llevo puesta.

Porque me he vestido con lo primero que he encontrado. Una de sus camisas de franela. Mis bragas. Las botas de trabajo que he conseguido ponerme a duras penas porque la tripa ya me dificulta agacharme.

Y nada más.

Matt extiende la mano hacia mi estómago. Coloca la palma contra mi tripa. Grande. Cálida. Cubriendo todo ese espacio donde nuestra hija está creciendo.

Esperamos.

Cinco segundos.

Diez.

—No siento nada —dice, y hay decepción en su voz.

—Dale tiempo.

Seguimos ahí de pie. Matt con la mano en mi tripa. Yo con las mías sobre las suyas. Los dos esperando.

Y entonces pasa.

Un golpecito claro contra la palma de Matt.

Se queda sin aliento.

—¿Ha sido?

—Sí.

Otra patada. Más fuerte.

—Joder. —La voz le sale ahogada—. Joder, Maya. La estoy sintiendo.

—Lo sé.

—Está ahí dentro. Moviéndose. Es real.

—Sí.

Matt se arrodilla delante de mí sin apartar la mano de mi tripa. Presiona la oreja contra mi estómago como si pudiera escucharla.

—Hola, pequeña —murmura—. Soy yo. Tu padre. ¿Me estás saludando?

Otra patada. Justo donde tiene la oreja.

Matt se ríe. Es una risa baja y ahogada que suena mitad risa mitad sollozo.

—Me ha dado una patada en la oreja.

—Lo sé. Lo he sentido.

—Es la cosa más increíble que me ha pasado nunca.

Se queda ahí arrodillado. Con la cara presionada contra mi tripa. Con las manos rodeándome. Completamente ajeno al hecho de que Jake y Tom nos están mirando desde el otro lado del picadero.

—Matt… —susurro—. Hay gente.

—Me da igual.

—Están mirando.

—Que miren.

Pero se pone de pie de todas formas y se aleja unos pasos de mí. Y cuando lo hace hay algo diferente en sus ojos. Algo oscuro y posesivo que hace que se me dispare el pulso.

Mira hacia donde están Jake y Tom.

—El rancho está cerrado por hoy —anuncia, lo suficientemente alto como para que lo oigan—. Podéis iros.

Jake parpadea.

—¿Qué?

—Que os vayáis. Ahora.

—Pero todavía tenemos que…

—Me da igual. Os voy a pagar las horas completas. Pero quiero que os vayáis. Ya.

Tom sonríe como si supiera exactamente qué está pasando. Le da un codazo a Jake.

—Vamos.

—Pero.

—Jake. Que nos vamos.

Los dos se van hacia el establo. Recogen sus cosas. Suben a la camioneta de Tom. Salen del rancho levantando polvo por el camino.

Y entonces estamos solos.

Matt y yo. En medio del picadero. Bajo el sol de Montana.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunto.

—Porque no quiero que nadie te vea así.

—¿Así cómo?

—Con mi camisa. Con ese brillo en los ojos que solo es para mí.

Me da un vuelco el estómago.

—Matt.

—Eres mía. —Da un paso hacia mí—. Y no quiero que nadie más te mire de la forma en que yo te miro.

—No cuando llevas mi ropa.

Otro.

—No cuando llevas a mi hija dentro de ti.

Está justo delante de mí ahora. Tan cerca que puedo sentir su calor. Que puedo oler ese aroma a cuero y a hierba que siempre tiene.

—No cuando estás tan jodidamente preciosa que no puedo pensar con claridad.

Me coge en brazos antes de que pueda reaccionar.

—¿Qué haces?

—Llevarte a casa.

—Puedo caminar.

—Lo sé. Pero no voy a dejar que lo hagas.

—Matt, es ridículo…

—Me da igual.

Me besa. Duro. Rápido. Con toda esa posesividad que tiene en su interior.

Luego empieza a caminar hacia casa con pasos largos y decididos.

Llegamos. Sube los escalones del porche de dos en dos. Abre la puerta de una patada.

Y en lugar de subir las escaleras hacia el dormitorio, se dirige directamente al sofá.

Me deja ahí con más cuidado del que ha usado para traerme. El cuero es fresco contra mis piernas.

—Voy a tomarte aquí —dice—. Ahora.

—¿En el sofá?

—No voy a llegar a la habitación.

Se coloca sobre mí. Con una rodilla entre mis piernas y las manos a ambos lados de mi cabeza.

—Llevo todo el día pensando en ti. Y luego has venido corriendo a decirme que nuestra hija se está moviendo y…

No termina la frase.

Solo me besa.

Y este beso no es suave. No es tierno.

Es hambre pura.

Sus manos se meten bajo la camisa. Suben por mis costados. Encuentran mis pechos. Los aprietan con una firmeza que hace que gima contra su boca.

—Tan perfecta —murmura—. Tan jodidamente perfecta.

Me quita la camisa y los pantalones de un tirón. Las bragas las arranca literalmente. El sonido de la tela rasgándose llena el silencio.

—Matt. Eran mis favoritas.

—Te compraré otras.

Se baja los vaqueros lo justo. Libera su erección que ya está dura y lista.

No hay preliminares esta vez. No hay juegos.

Solo necesidad.

Se coloca entre mis piernas. Me penetra de una sola embestida.

Los dos gemimos al mismo tiempo.

—Joder —dice contra mi cuello—. Cada vez es mejor. ¿Cómo es posible?

No puedo contestar. No puedo hacer nada más allá de aferrarme a sus hombros mientras empieza a moverse.

Duro. Rápido. Sin contenerse.

El sofá cruje bajo nosotros con cada embestida. Sus caderas golpeando contra las mías. Su respiración entrecortada contra mi oído.

—Eres mía —dice—. Mía, Maya. Solo mía.

—Sí.

—Y voy a follarte cada día del resto de nuestra vida para asegurarme de que no lo olvidas.

—No voy a olvidarlo.

—Bien.

Una de sus manos se mete entre nosotros. Encuentra mi clítoris. Presiona.

Y me corro gritando su nombre.

Matt me sigue inmediatamente. Se corre dentro de mí con un gemido gutural que me vibra contra la piel.

—Te amo —dice contra mi cuello.

—Yo también te amo.

Matt levanta la cabeza. Me mira con esos ojos azules llenos de tanto amor que hace que se me apriete el pecho.

—No me imaginaba que podría ser tan feliz —dice, y su voz suena casi sorprendida—. Nunca pensé que podría merecer tener a alguien tan maravilloso como tú a mi lado.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Matt.

—Y cada día me despierto pensando que voy a cagarla. Que voy a hacer algo que te haga darte cuenta de que mereces algo mejor. Alguien mejor.

—No hay nadie mejor.

—Maya.

—Lo digo en serio. —Le pongo las manos en la cara—. Eres el mejor hombre que conozco. Y vamos a criar a esta niña juntos. Y vamos a ser felices. Los tres.

Matt me mira durante un momento largo.

Luego me besa.

Suave. Lento. Como una promesa.

—Para siempre —susurra contra mis labios.

—Para siempre.

Y mientras el sol entra por las ventanas del salón, con Matt a mi lado y nuestra hija moviéndose entre nosotros, sé que esto es real.

Que no es un sueño.

Que es mi vida.

Y es perfecta.

EPÍLOGO

AIDEN

La carretera está vacía a las cinco y media de la mañana.

Solo estoy yo. El asfalto. Y los pensamientos que no consigo apartar de mi cabeza por mucho que lo intente.

Maya y Matt.

Ayer los vi en el rancho. Con las ecografías extendidas sobre la mesa. Con la mano de Matt en la tripa de mi hermana. Con mi hermana riéndose de algo que él acababa de decir con una felicidad absoluta.

Y yo debería estar contento por ellos.

Lo estoy.

Pero también me duele de una forma que no sé cómo explicar.

Porque veo lo que tienen y sé que es exactamente lo que siempre he querido. Tener a alguien a quien amar de esa forma. Alguien por quien levantarme cada mañana con ganas. Alguien a quien cuidar y proteger y hacer feliz.

Una familia propia.

Y la única mujer a la que he querido darle todo eso se marchó hace diez años.

Annie Calloway.

Su nombre me golpea con fuerza en el pecho como un puñetazo cada vez que lo pienso. Con esos ojos color miel y una risa que hacía que todo lo demás dejara de importar.

La noche antes de irse le dije que me gustaba.

Como un puto cobarde.

Cuando lo que quería decirle es que la amaba. Que me moría por ella. Que me pasaría el resto de la vida demostrándole lo feliz que podía hacerla si me dejaba intentarlo.

Pero no lo hice.

La dejé ir con un «me gustas» que no significaba nada comparado con lo que sentía de verdad.

Y llevo diez años pagando el precio de esa decisión.

Debería haberla perseguido. Debería haberle dicho que no me importaba el tiempo o la distancia. Que encontraríamos la forma porque lo que sentía era demasiado grande como para dejarlo morir.

Pero tenía dieciocho años y era idiota.

Y ahora tengo veintiocho y sigo siéndolo porque sigo pensando en ella como si no hubieran pasado diez años.

Como si todavía tuviera alguna oportunidad.

El letrero de Millbrook aparece a mi derecha. Las letras blancas que necesitan una mano de pintura desde hace años.

«Bienvenido a Millbrook. Población: 2.847»

Dos mil ochocientas cuarenta y siete personas.

Y ninguna de ellas es Annie.

Giro hacia la calle principal. El pueblo está dormido todavía. Las tiendas cerradas. Las farolas encendidas. Solo la panadería tiene luz.

Aparco frente a la comisaría. Bajo del coche patrulla. Subo los escalones y abro.

Dentro huele a cerrado y a ese desinfectante que Tommy usa cada noche antes de irse. Enciendo las luces.

Llevo media hora en mi despacho revisando el informe del robo en la gasolinera cuando escucho la puerta principal abrirse.

Levanto la vista. Tommy, mi ayudante, debe haber venido a trabajar antes de lo que esperaba.

—¿Tommy?

No contesta.

Escucho pasos. Rápidos. Nerviosos. Como si alguien tuviera prisa.

Luego la puerta se cierra.

Silencio.

Frunzo el ceño. Dejo el informe sobre el escritorio. Me levanto.

—¿Tommy? ¿Eres tú?

Nada.

Salgo del despacho. El pasillo que lleva a la entrada principal está vacío. La luz del amanecer entra por las ventanas tiñendo todo de

naranja.

Y entonces lo oigo.

Un llanto.

Pequeño. Agudo. Desesperado.

Se me para el corazón.

Camino hacia la entrada. Cada paso hace que ese llanto se vuelva más fuerte. Más claro.

Doblo la esquina.

Y me quedo helado.

Hay una cesta sobre el mostrador de la entrada.

De mimbre. Antigua. Con una manta azul doblada encima.

Y el llanto viene de ahí.

—Joder.

Cruzo la distancia en tres zancadas. Aparto la manta.

Y ahí está.

Un bebé.

No puede tener más de tres meses. Quizá menos. Es tan pequeño que me da miedo tocarlo.

Está envuelto en una manta blanca. Con los puños cerrados junto a la cara. Los ojos apretados. La boca abierta en un llanto que me está partiendo el pecho.

—Dios mío.

Miro a mi alrededor esperando que aparezca el padre o la madre del niño, pero no hay nadie.

Solo estoy yo. Y este bebé que alguien ha dejado en mi comisaría.

Miro en la cesta. Debajo del bebé hay algo. Un papel doblado.

Lo saco con dedos que tiemblan.

La letra es temblorosa. De alguien que ha escrito esto deprisa.

Sheriff Aiden:

Por favor, cuídalo. Sé que lo harás bien. No puedo quedarme, pero sé que él estará seguro contigo. Confío en ti ya que siempre te preocupas por todos.

Gracias.

Eso es todo.

No hay ni una firma. Ni un nombre. Ni ninguna explicación.

Solo esas palabras que me dejan más anonadado que el bebé que sigue llorando en la cesta.

Confío en ti.

Alguien confía en mí lo suficiente como para dejarme a su hijo.

Y yo no tengo ni idea de qué hacer con él.

No puedo encargarme de un bebé.

Dejo la nota sobre el mostrador. Vuelvo a mirar al bebé.

Sigue llorando. Con una desesperación que hace que se me revuelva el estómago.

No puedo dejarlo ahí.

Lo cojo. Con mucho cuidado. Es tan jodidamente pequeño.

Lo sostengo contra mi pecho. Torpemente. Sin saber muy bien dónde poner las manos. Dónde apoyar su cabeza. Si lo estoy haciendo bien o si la estoy cagando.

—Ya está —murmuro—. Ya está. No pasa nada.

Pero sí pasa.

Pasa que tengo un bebé en brazos que alguien ha abandonado.

Pasa que ese alguien me conoce. Ha escrito mi nombre. Me ha pedido específicamente que lo cuide.

Pasa que este bebé me está mirando ahora con unos ojos azules enormes llenos de lágrimas y yo siento que se me está partiendo algo en el pecho.

Lo mezo un poco. Como he visto hacer a la gente. Arriba y abajo. Con movimientos suaves.

El llanto se calma. Solo un poco. Pero es algo.

—Eso es —susurro—. Tranquilo.

El bebé bosteza. Un bostezo diminuto que hace que se le arrugue toda la cara.

Y a pesar de la situación, se me escapa algo parecido a una sonrisa.

—Eres muy pequeño, ¿verdad?

El bebé no contesta. Pero deja de llorar del todo.

Vuelvo a mi despacho con él. Me siento en mi silla. Lo sostengo contra mi pecho porque soltarlo me parece una mala idea.

Saco el móvil con la mano libre. Busco el número de servicios sociales del condado. Marco.

Suena tres veces antes de que contesten.

—Servicios sociales del condado de Park. ¿En qué puedo ayudarle?

—Soy Aiden Cooper. Sheriff de Millbrook. Tengo una situación. Han abandonado un bebé en la comisaría.

—Entiendo. —La voz al otro lado se vuelve más seria—. ¿El bebé está bien?

—Sí. Parece sano. Pero necesito que alguien venga.

—Por supuesto. Vamos a mandar a una trabajadora social de inmediato. ¿Puede quedarse con el bebé hasta que llegue?

—Sí.

—¿Hay alguna identificación de los padres?

—No. Solo hay una nota. Pero no dice quiénes son los padres. Solo me piden que lo cuide.

—De acuerdo. La trabajadora social estará ahí en aproximadamente dos horas. Tome los datos que pueda. Y si el bebé necesita algo urgente me vuelve a llamar.

—Lo haré.

Cuelgo.

Dos horas.

Dos horas con este bebé antes de que vengan a llevárselo.

Y no sé por qué, pero esa idea no me gusta nada.

Miro al bebé que sigue en mis brazos. Ya no llora. Solo me observa con esos ojos pequeños y inocentes.

—No sé quién eres —le digo en voz baja—. Pero voy a averiguarlo. Y voy a cuidar de ti hasta entonces.

El bebé parpadea despacio.

Y algo en ese gesto tan simple hace que tome una decisión.

No voy a dejar que se lo lleven.

Quiero ser yo quien se encargue de él.

Sea quienes sean sus padres me lo han dejado a mí.

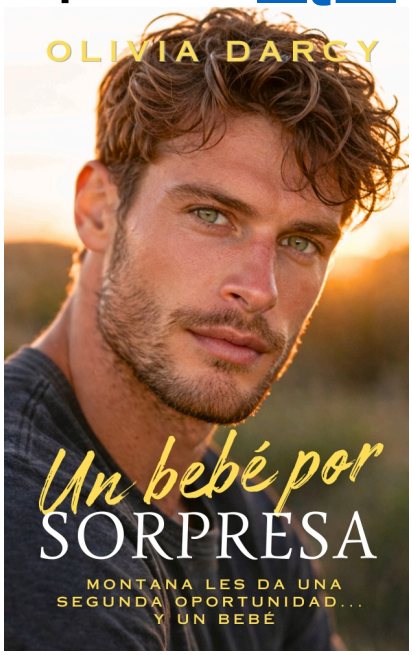
FIN

¡Gracias por leer esta novela!

Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla
dejando una reseña en Amazon.

Escaneando este código QR con tu móvil puedes acceder directamente a la valoración.

O pulsando AQUI



¿QUIERES CONOCER LA HISTORIA DE AIDEN?

¿Qué harías si un bebé abandonado te devolviera, diez años después, al hombre al que nunca conseguiste olvidar?

Annie Calloway lleva diez años sin volver a Millbrook. Sin ver a **Aiden Cooper**. Sin pensar en la conversación que dejaron a medias la noche antes de que se fuera. O eso se dice.

Hasta que aparece un bebé en la comisaría y el condado le manda allí.

Tenía pensado entrar, resolver el caso y marcharse. Lo que no tenía pensado era que Aiden, que ahora es el sheriff del pueblo, no fuese a dejar ir a ese bebé a ningún sitio. Ni a ella tampoco.

Ahora están los dos en el rancho con un recién nacido que los tiene sin dormir y completamente derretidos, diez años de cosas sin decir y una química que no ha tenido la decencia de desaparecer.

Annie está enfadada. El bebé es lo mejor que le ha pasado nunca. Y Aiden sonríe cada vez que los mira a los dos.

Nunca tuvieron la más mínima oportunidad de escapar.

CONSÍGUELO AQUÍ

SOBRE LA AUTORA

¡Hola! Me llamo Olivia Darcy y soy autora de novela románica con hombres posesivos y peligrosos que harían lo que fuese por la mujer de la que están enamorados. Me encanta escribir como sus duros corazones se derriten por ellas.

Mis historias están llenas de amor y giros inesperados, y siempre tienen un final feliz.

Me encanta saber cosas sobre mis lectores, así que no dudes en ponerte en contacto conmigo:

Página de autor de Amazon: www.amazon.es/Olivia-Darcy
Página web: https://oliviadarcyautora.com/